

UNA COMEDIA ROMÁNTICA DELICIOSAMENTE *perversa*

Cena de amigas



**CINCO AMIGAS
UN AMOR FURTIVO
UN ASESINATO
Y MUCHOS SECRETOS**

DANIEL DE LA PEÑA

CENA DE AMIGAS

CENA DE AMIGAS
DANIEL DE LA PEÑA

Instagram: danizescritor

Correo electrónico: daniz.com@gmail.com

© Daniel de la Peña

Copyright©Diseño de cubierta: Canva / Daniel de la Peña

Ilustración: Pixabay

Primera edición: Mayo 2020

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte ni registrada por un sistema de recuperación informático. Cualquier utilización sin autorización de la autor será considerada delito

AGRADECIMIENTOS

A Luis Ruiz, por todo tu apoyo. ¡Te quiero!

A mi familia y amigos. A Reyes, Yoli, Cris, Mapy, Gema, Isra, Kike... ¡Gracias!

A mis cuatro mosqueteras por ayudarme tanto:

Anabel García, ¡gracias por tu talento! ¡Te admiro!

Patricia Barrabés, me chiflan tus comentarios.

Marta Díez, ¡gracias por tu cariño!

Alicia Martín, ¡eres la mejor!

A Lorena Franco, por tus ánimos y profesionalidad.

A ti, que estás leyendo este libro. ¡Gracias!

PRÓLOGO

¿Podemos confiar en nuestros seres queridos? Creemos que nuestras parejas, familiares o amigas son personas que conocemos perfectamente y que se han ganado nuestra confianza con el paso del tiempo. Han estado a nuestro lado en los momentos duros, celebrando los triunfos, descolgado su teléfono móvil cuando necesitábamos desahogarnos, siendo confidentes de nuestros secretos más íntimos. Por suerte, siempre contamos con una vocecita en nuestra mente que nos aconseja no revelar todo lo que sabemos... Aunque a veces, dicha voz parece que se ha tomado varios días, meses o, incluso, el año entero de huelga. Yo era una mujer confiada, amiga de mis amigas, despreocupada... hasta que un día averigüé que una de ellas me había traicionado de la forma más vil y rastrea que se puede hacer. Supe el pecado, pero no el pecador...

Voy a haceros un *spoiler* de esos que quitan el hipo. Tracé un descabellado plan para descubrir cuál de mis supuestas amigas había abusado y pisoteado mi amor y confianza ciega hacia ella. Atreviéndose a robarme lo más amado para mí. La noche de mi cuarenta cumpleaños las invité a cenar a un lujoso restaurante, como era costumbre cada año. Todo sería igual que siempre, buena comida, vino a raudales, un ambiente agradable, risas, regalos... Nada fuera de lo normal, salvo un pequeño detalle, una invitada inesperada que me ayudaría a conocer cuál de todas ellas era la pedazo de hija de puta que se había atrevido a sabotear mi paz.

Lo que ignoraba es que aquella noche, cuando entré en aquel restaurante, lo único que me preocupaba era averiguar quién me había traicionado. Después de todo lo que pasó, solo quería saber si saldría de allí con vida.

EN LA PUERTA

Como todos los quince de agosto, desde hacía más de siete años, me dirigía con prisa al restaurante Triango. Iba a celebrar mi cena de cumpleaños con mis cuatro mejores amigas. ¡Qué pésima anfitriona era! ¡Todos los años llegaba tarde! Siempre las citaba a las nueve y nunca era puntual. En aquella ocasión tampoco lo fui. Miré la hora en la pantalla de mi teléfono móvil para comprobar que mi retraso excedía los diez minutos. Supuse que Diana y Nancy ya habían llegado gracias a su puntualidad británica y, sentadas a la mesa, estaban despotricando sobre mi falta de educación al no asistir a la hora acordada. Cerré los ojos e imaginé la que se me avecinaba. Primero, soltarían alguna indirecta para echarme en cara mi poca formalidad. «¿Te has quedado sin batería y no has visto la hora qué es?» esa parecía ser su frase predilecta. Después, animadas por el vino, derrocharían gracia y simpatía, olvidando mi descuido. Para finalizar, cantarían el dichoso *Cumpleaños feliz* y me colmarían de abrazos cuando pagara la cuenta de todas. Año tras año, pasaba lo mismo y cada vez era más divertido. Adoraba a mis amigas, gozábamos de una complicidad envidiable y nuestras quedadas eran míticas. La última vez, no recuerdo cómo, nos colamos en el Zoo a las tantas de la madrugada. Correteamos, borrachas como una cuba, por los callejones de las instalaciones, saludando a todo bicho viviente. Hasta que los guardias nos detuvieron y nos sancionaron por allanamiento, alterar el orden público y por gilipollas. Eso último no lo incluyeron en la denuncia, pero lo digo yo. ¡Nosotras sí que sabíamos cómo montar un buen sarao! Las cinco juntas dábamos más miedo que *Jack el destripador*, la letra de una canción de *reggaeton* y Hacienda juntos. Ni siquiera fui capaz de soltar una carcajada al recordar aquella anécdota. Caminaba nerviosa hacia nuestra cita. Sabía que ese año todo iba a ser diferente. Dudaba mucho que reinara el buen rollo, las risas y las bromas. No. Una de ellas me había traicionado. Y yo me había propuesto descubrir quién era esa arpía sin escrúpulos. Solo sabía que se hacía llamar «Julia» para que yo no la descubriera. ¡Ring, ring! El tono de llamada del teléfono me sacó de mis pensamientos envenenados. Descolgué sin comprobar quién era.

—¿Sí?

—Valen, ¿has llegado ya? —preguntó Tania. Solo ella me llamaba así.

—No han pasado ni quince minutos, ¿qué te hace pensar que estoy dentro? —bromeé—. No sería propio de mí aparecer tan temprano. Lo mío no es la puntualidad ¡Piensa en mi reputación!

Cuando estaba nerviosa soltaba más estupideces en una misma frase que un político corrupto aparentando ser inocente o que cualquier participante de *La isla de las tentaciones*. ¡Guau! Eso era mucho decir. Por suerte, Tania me detuvo.

—¡Para! Loca del coño. Estás histérica, ¿verdad?

—Un poco... —murmuré.

—Vale, relájate. Te espero en la puerta y entramos juntas —dijo entre risas.

Tania era mi mejor amiga y casi como una hermana. Todo el mundo daba por hecho que lo éramos por nuestro asombroso parecido físico. Las dos rubias, de metro setenta, ella un poco más alta que yo, delgadas y con la piel morena. Eso sí, Tania presumía de unos preciosos ojos verdes frente a los míos que eran marrones. Nos conocíamos desde el instituto y era la persona en la que más confiaba. De hecho, solo ella conocía mi plan. Me tranquilizaba contar con su ayuda para cazar a la traidora. Apresuré mis pasos al notar una presencia extraña siguiéndome. Más que una

certeza, sentí como si alguien estuviese observándome a lo lejos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo aquella calurosa noche de verano. Me detuve con brusquedad y giré, deseando que no hubiese nadie a mis espaldas. Respiré aliviada y solté una risa espontánea al encontrarme sola en la calle. «Estás demasiado nerviosa» dije para mis adentros. Crucé la esquina, a unos treinta metros de distancia, vi a mi querida amiga esperándome delante de la entrada del local. Estaba imponente con un vestido corto turquesa que se ajustaba a su moldeado cuerpo. Sonrió al verme.

—¡Felicidades! —me abrazó.

—Gracias, bombón. ¡Joder! Estás impresionante. —Levanté su mano para que girara sobre sí misma—. ¡Vas a ser el centro de atención!

—¡Tú qué me ves con buenos ojos! —exclamó humilde y nos abrazamos—. Creo que Nancy y Diana están dentro ...

Solté un suspiro. Aún no estaba preparada. Deseaba saber quién era la culpable, pero al mismo tiempo me daba pavor. Una vez que desvelara la traición no habría vuelta atrás; la amistad entre ella y yo sería nula. ¿Cómo iba a perdonarla? Me sentía tan humillada. Y, si era sincera, la posibilidad de perder la relación con cualquiera de ellas me dejaba sin aliento. Aunque, alguien capaz de hacer eso no era digna de ser llamada «amiga».

—Damos un paseo, por favor —imploré con los ojos vidriosos—. Necesito relajarme antes de montar todo el paripé que hemos organizado.

—¿Nos arriesgamos a retrasarnos más y que nos descuarticen a base de reproches? —ironizó Tania entre risas.

—Solo serán unos minutos y así rebajo la tensión que llevo acumulada.

Mientras sacudía mi cuerpo para intentar liberarme de la ansiedad, caminamos por la calle. Parecía un boxeador antes de entrar al ring, dispuesta a repartir leches como una loca.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me miró a los ojos—. Podemos dejarlo para otra ocasión. Es tu cumpleaños... olvida lo que sabes y pasamos una noche agradable. Ya habrá tiempo para tu ajuste de cuentas.

Sabía que lo decía con la mejor de las intenciones. No tenía por qué agriar una cena tan especial por no saber esperar, pero yo era así. Necesitaba saber la verdad ya.

—Desde hace dos días, que fue cuando descubrí el pastel, cuento las horas para enfrentarme a la tiparraca que ha osado clavarme un puñal por la espalda con su deslealtad —dije furiosa.

—Como quieras... ¡Rubias al poder! —Levantó un puño—. Por cierto, tú también estás guapísima. Ya sabes que encanta ese vestido.

A mí también me gustaba. Adoraba como me abrazaba para disimular mis cartucheras propias de la edad. Su color azul cielo me sentaba bien a la cara y los volantes de los brazos me daban un toque de glamur. Y lo necesitaba, estaba convencida de que aquella noche perdería la compostura en más de una ocasión.

—Seguro que te critican por llevarlo más de la cuenta... —Puso los ojos en blanco—. Detesto esa actitud de mujerona rica que nunca repite modelito en un evento social, pero después se compran las bragas en el *Primark*. Un día pillé a Nancy allí, rebuscando entre los tangas... Se quedó muerta cuando me vio.

—No seas mala —dije entre risas—. Ya sé que no te caen muy bien y que te juntas con ellas porque te obligo yo. Aunque, tienes que admitir que las cinco nos hemos corrido buenas juergas.

—¡Lo sé! Son majas... lo único que me molesta es que de vez en cuando me miran por encima del hombro para recordarme que no pertenezco a su clan.

—Eso es porque te tienen envidia. Eres una mujer fuerte, segura, independiente... —aseguré,

pasándole el brazo por la cintura.

—Barrendera... Yo no tengo vuestras mansiones, ni me mantiene un marido millonario. Vivo de alquiler en un piso de cincuenta metros cuadrados. Tampoco estoy casada, sin embargo, disfruto de una vida sexual estupenda —dijo, riendo.

—A mí no me mantiene nadie, ¡eh! —me defendí como una leona. Aunque sabía perfectamente que ese comentario no iba dirigido a mí—. Tania, eres mi mejor amiga y eso no lo cambia nadie. Si te miran por encima del hombro, peor para ellas porque al final cogerán tortícolis...

—¡Tienes razón! ¡A mí me da lo mismo! Cómo si me miran por el ojo del culo.

Estallamos en risas. Solo ella podía arrancarme una carcajada en los momentos más tensos. Le di un beso en la mejilla.

—Ya estoy lista, volvamos.

Rehicimos nuestros pasos para acudir a nuestra cita, a mi dichosa cena de cumpleaños. Entonces, alguien llamó a Tania. Tres treintañeras cruzaba la calle. La que estaba en el centro, una joven con el pelo rubio platino y corto, se adelantó con prisa para colocarse delante de nosotras. «No me jodas» susurró mi amiga.

—Tania, ¡cuánto tiempo! —exclamó risueña—. ¿Qué tal estás?

—¿Dafne? —tragó saliva—. Bien, bien... Voy con un poco de prisa.

—¡Qué novedad! —se acercó a ella y dijo en voz baja—. No tienes porqué estar a la defensiva... Ya no te guardo rencor.

¡Madre mía! ¿Qué me había perdido? ¿Quién era aquella chica? Mi curiosidad explotó, pero evité meterme en asuntos ajenos. Ya tenía bastante con mis problemas.

—Me alegra escuchar eso... —Tania le dedicó una sonrisa más falsa que las dietas milagro.

—Ya quedaremos y nos ponemos al día —rio divertida—. Ahora, me voy a cenar con mis amigas.

Dafne corrió para alcanzar al resto de su grupo, mientras Tania la seguía con la mirada y decía «No, no, no...». Hasta que la joven entró al mismo restaurante en el que íbamos a celebrar mi fiesta.

—¡Joder! ¡Qué mierda! —espetó—. No me lo puedo creer.

—¿Quién era? —pregunté desconcertada—. ¿Y por qué vuestra conversación parecía sacada de un capítulo de *Pequeñas Mentirosas*?

—Un día de estos te darás cuenta de que no soy tan perfecta como piensas —respondió sin contestar a mis preguntas y dejándome más desconcertada de lo que estaba—. Prefiero no hablar del tema que ya tenemos bastante con tu asuntillo a resolver. Solo te diré que yo, al igual que tú, también tengo mis enemigas íntimas. La diferencia es que yo sé quién es la mala del cuento y tú, por ahora, no tienes ni idea.

—Así me gusta, cariño. Que seas tan dramática al evitar darme una explicación... —suspiré.

—Te prometo que en cuanto pueda te cuento todo —dijo seria—. Serás la primera en saberlo... pero hoy no.

Fui comprensiva con mi amiga, ella siempre lo era conmigo. La confianza tenía que ser mutua. La cogí por el brazo y avanzamos decididas. Nos plantamos delante de la puerta de madera y cristal opaco del local, nos miramos y sonreímos nerviosas. «Tú puedes» me animé. Entramos al restaurante con la fuerza de un huracán. Un lugar muy barroco con excesiva decoración en sus paredes. Jarrones que sobresalían, cuadros con bodegones, candelabros, plantas y un sinfín de cosas que no pintaban nada, pero que paradójicamente quedaban de maravilla.

—Me mareo cada vez que entramos aquí —ironizó Tania.

—Ya sé que el sitio es un tanto peculiar...

—Agobiante, diría yo —matizó.

—La comida es espectacular —susurré.

—Menos mal. Si no pensaría que estás loca al traernos a este estrafalario garito con lo que te cobran...

El metre se nos acercó y nos saludó con amabilidad.

—Señorita Valentina, ¡es un gusto volver a contar en nuestro salón con una escritora tan hermosa como usted! —espetó sonriente.

—Muchas gracias, Ramiro. No seas tan zalamero. Ya sabes que el gusto es mío —le devolví el cumplido a mi viejo conocido.

—Lo que es un gusto para ella es que la llames señorita a sus cuarenta años —añadió Tania—. Los ha cumplido hoy.

Le di un manotazo a mi amiga por bocazas.

—¡Felicidades! Espero que disfrute de su cena —exclamó Ramiro—. Sus acompañantes la esperan en la mesa. Seguidme, os llevaré con ellas.

—Gracias. Eres muy amable.

—¿Nunca os habéis planteado reformar el local? No sé... quitar el granate de las paredes o todos los cachivaches que están pegados y hacerlo un poco más minimalista —soltó.

Me giré hacia ella y la fulminé con la mirada. Tania se encogió de hombros y soltó una risotada. Ramiro ignoró su comentario. Aceleró sus pasos. Sorteamos tres mesas hasta llegar a la nuestra. ¡Qué prisas! Parecía una competición deportiva. Era obvio que no le había sentado muy bien la impertinente observación de mi amiga. Saludé con la mano a una mujer que estaba a la derecha del local, apoyada en la barra. Le hice un gesto para que esperara a mi señal e hiciera su aparición en el momento oportuno. Tal y como habíamos acordado hacía unas horas.

—Señoritas, ha llegado la anfitriona —anunció el metre a las más puntuales y desapareció.

Diana y Nancy se miraron con aires de superioridad. Esa fue la prueba de lo mucho que me habían criticado, pero yo no era la única que me había retrasado. Nosotras acabábamos de llegar y Carlota aún no estaba presente. Sonrieron al vernos.

—¿Por qué no nos citas la próxima vez a las nueve y media? Quizás así llegues pronto —nos saludó Diana.

—¡Porque entonces aparecería a las diez! —respondió Tania por mí—. Chicas, no seáis aguafiestas. Antes de echarle la bronca a Valen, podíais felicitarla.

—Esta es una de las pocas veces que tienes razón —dijo Nancy riendo—. Solo era una broma. No os la toméis a pecho. Nos hemos ganado el derecho a vacilaros después de llevar casi veinte minutos esperando a que aparecierais.

¡Otra vez soltaban la misma pulla! Necesitaba emborracharlas para que se relajaran un poco.

—¡Camarera, nos traerá un par de botellas de vino lo antes posible! —supliqué a una empleada que pasaba por mi lado.

Ambas restaron importancia a sus comentarios y me felicitaron. Nos sentamos a la mesa dejando libre dos sillas. Ninguna reparó en que sobraba una. Junté las palmas de mis manos y sonreí al pensar en mi plan.

—¡Qué contenta estás, Tina! —observó Diana—. Yo sé de una que ha follado hoy.

—No... ¡Ya me gustaría! Me temo que desde hace meses solo tengo relaciones sexuales con mi *Satisfyer* —confesé, acomodándome en mi asiento—. Mi vida amorosa está de luto.

—No nos vengas con chorradas... Acabas de cumplir cuarenta años, ¡los mismos que tengo yo!

Y te aseguro que estoy más fogosa que nunca... —contó Nancy sin que nadie le preguntara.

—¿Dónde está Carlota? —pregunté para cambiar de tema. No quería que nuestra invitada sorpresa se perdiera toda esa información.

Escuché alboroto a mis espaldas. La gente protestaba y el bullicio comenzaba a ser notable.

—Date la vuelta y lo sabrás... —pronunció Diana anonadada.

Le hice caso ¡Joder! Carlota caminaba desorientada, torpe y empujando a todo el que se cruzara por su camino... ¡Estaba borracha! Nos saludó con efusividad al vernos a lo lejos y se abrió paso entre los comensales. Después de uno de los minutos más bochornosos que jamás habíamos pasado, se sentó a mi lado.

—¡Felicidadesssss, cariño! —me regaló un beso en cada mejilla y, también, su aliento a ron.

—¿Vas pedo? —le preguntó Nancy.

—Esa silla está ocupada. Ponte en la de enfrente —le pedí risueña.

Carlota se levantó, cruzó la mesa y se plantó en el asiento frontal. «Gracias» le susurré.

—¿Vienes de una fiesta? —quiso saber Tania—. Podrías llevarnos más tarde, parece que te lo has pasado en grande...

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de venir ciega al cumpleaños de Tina? —insistió Nancy, cruzando los brazos.

—No creo que a Valen...hip...tina... le importe... hip —se defendió.

—Si no vomitas, a mí me da lo mismo —aseguré.

Para mí fue ideal. Las borrachas nunca mienten, así que sería más sencillo saber si era ella la traidora. Carlota apoyó los codos sobre la mesa y las manos en su barbilla. Resopló apurada. No era ningún secreto que le gustaba empinar el codo, pero solía hacerlo después de comer y no antes.

—No voy tan... pedo... Solo he tomado unos cubatillasss porque necesito contarossss algo importante...

—¡Espera un momento! —la interrumpió Diana—. Has dicho que esa silla está reservada. Ya estamos todas, ¿no?

—¡Por supuesto! No digas tontadas, Diana. Siempre cenamos las cinco. Seguro que Tina le ha dicho a Carlota que se pusiera al otro lado porque apesta a alcohol. ¿Verdad? —añadió Nancy.

Me di la vuelta sobre mi silla y busqué a mi invitada inesperada. Pasados unos segundos, chocaron nuestras miradas. Le hice la señal que estaba esperando y avanzó hacia nuestra dirección. Volví a sentarme derecha, dibujé una amplia sonrisa en mi rostro y anuncié:

—¡Chicas, he preparado una sorpresa alucinante!

LA INTRUSA

Jimena Olivares, una reputada psicóloga de cuarenta y dos años, melena rubia ondulada, larguísimas piernas y un cuerpo de infarto, caminaba ¡No! Desfilaba hacia nuestra mesa. Ella era la pieza clave de mi astuto plan. Gracias a su experiencia como analista mental conseguiríamos descubrir quién era la bellaca que me había traicionado. Cuando me enteré del desliz, intenté averiguar por todos los medios con cuál de mis amigas se había acostado. Necesitaba saber quién había sido capaz de interponerse en mi vida y destruir mi mundo. O por lo menos, sacudirlo con la fuerza de un terremoto. Necesitaba el asesoramiento de alguien que conociera los entresijos del coco humano y pudiera descifrar los códigos para dar con la culpable. Con la tal «Julia». Busqué en internet las mejores psicólogas de la zona, llamé a la consulta de Jimena, le conté mi plan y le pareció sumamente divertido. «Acepto. Siempre me han atraído los retos» aseguó al otro lado de la línea. Al día siguiente, quedamos en una cafetería para perfilar todos los temas a tocar y trazamos las pautas a seguir. «Todo tiene que ser sorpresa para que pueda verlas en estado puro, sin filtros... sinceras. Por eso te voy a pedir que no me cuentes nada sobre ellas y pueda trabajar sin ninguna referencia ni influencia por tu parte» añadió. Me pareció fenomenal. Todo estaba listo. La noche siguiente, ella asistiría a mi cena de cumpleaños como invitada sorpresa. Y así fue. Se plantó delante de nuestra mesa y nos saludó.

—Chicas, os presento a Jimena Olivares—anuncié—. Siéntate a mi lado —le pedí.

Mis amigas la miraban perplejas. Estaba claro que las había sorprendido. No tenían ni idea de lo que pintaba aquella mujer en la cena.

—Buenas noches —saludó la psicóloga.

—¿Qué significa esta intrusión? —se adelantó a preguntar Diana.

—Es un regalo mío para vosotras —mentí divertida—. Siempre me regaláis cosas monísimas y yo soy una maleducada al venir con las manos vacías.

—Ya nos invitas a cenar... Además, así funcionan los cumpleaños. La anfitriona es la que recibe los regalos y no al revés... —apuntó Diana, aún más confusa.

—No me queda claro, chicasssss. Entonceesss, hip... ¿nosotrasss nos pagamosss la comida essta vez? —quiso saber Carlota.

—No. También invito yo —aclaré.

—Menos mal, ya te he comprado un regalo —Nancy respiró aliviada.

Abrió su bolso y sacó un sobre. Los ojos le brillaban de la emoción. Extendió la mano y me lo dio.

—Es una tarjeta regalo para que te compres lo que quieras en la tienda o en la web de *Tous* —reveló feliz.

Le agradecí su detalle y lo guardé. Pedí a las cuatro que me prestaran atención.

—Jimena es psicóloga y, buscando en internet cosas originales para hacer en grupo, vi que ella hace una especie de juego para que las amigas nos conozcamos más —expliqué.

—¿Aún mássss? —se sobresaltó Carlota que miraba con recelo a la nueva acompañante.

—Sí. Será divertido aprender cosas nuevas sobre nosotras gracias a sus preguntas y...

—Yo he venido a cenar y a pasar un rato agradable con mis amigas. No a que me psicoanalice Jacinta. Si quiero que me hagan terapia se lo pido a mi marido que también es psicólogo —

protestó Diana y me pasó otro sobre—. Es una tarjeta regalo de *Dior*.

Lo cogí y sentí un tremendo *gustirrinín*. ¡Ya sabía en qué la iba a gastar! En un colgante híper caro que había visto en internet de oro y cuero que costaba más de doscientos euros. Los regalos de Diana solían ser bastante generosos, así que intuí que poco tendría que añadir para hacerme con mi nueva joya.

—Me llamo Jimena y no voy a psicoanalizar a nadie. Solo es un juego divertido para unir lazos —aseguró.

—Lleváiss razón las dos. Lo sé porque soiss un par de mamarrachasss. Es evidente que esta velada es un tostón y necesita un poco de dinamissssmo —sentenció la más borracha de las seis.

—Me apunto —afirmó Tania. Así lo habíamos pactado antes.

—Pa... parece divertido, ¿no? Yo también juego —dijo Nancy poco convencida.

El plan estaba saliendo a pedir de boca. Solo faltaba que aceptara el hueso más duro de roer, pero con eso ya contábamos. Pasé la mano por encima de la de Diana.

—Es importante para mí... —le dije en voz baja, mirándola con ojos de cachorrillo.

Llegó la camarera con las botellas de vino y lo sirvió en las copas. Pedimos el menú de degustación. Nos encantaba y, aunque de un año para otro variaba, siempre nos ofrecían la tapa de *foie* caliente con cebolla caramelizada y pan crujiente en los entrantes y el volcán de chocolate y nata para el postre. Eso nunca cambiaba. Y lo agradecíamos infinitamente.

—No te puedes hacer ni una idea de lo mucho que te odio ahora mismo —bromeó—. Si el juego resulta ser una ponzoña me devuelves la tarjeta de *Dior*.

Le di las gracias unas cincuenta veces. Tania, Carlota y yo aplaudimos emocionadas. Mientras servían los primeros aperitivos, Jimena nos pidió que pusiéramos nuestros nombres en un papelito que nos facilitó a cada una y lo dobláramos para colocarlo a nuestro lado como si fuera un cartel.

—Primero, os voy a dar mis primeras impresiones sobre vosotras —anunció la psicóloga—. Y después, lanzaré las preguntas. Os describiré física y mentalmente. Si tenéis cualquier queja o duda, podéis decirla, ¿ok?

Asentimos intrigadas. Comenzaba la investigación para averiguar quién era mi falsa amiga.

—Iremos por orden de izquierda a derecha.

—Lo sabía, yo soy la primera —protestó la más mayor de las cinco.

—Diana, eres una mujer atractiva, con un pelo castaño y cuidado que dice mucho de ti. No lo llevas corto ni largo. Eso refleja una personalidad reservada en las distancias, pero abierta cuando te conocen. Tienes unos cuarenta y tres años...

—¡Cuarenta y dos! —la corrigió—. Listilla.

—Ok. Cuarenta y dos. Tu carácter es fuerte, pero en realidad eres una persona generosa y muy fiel.

—Y tanto que lo es —aseguré—. Fue un gran apoyo cuando decidí lánzame a escribir, dejé todo sin saber cómo me iba a ir. Incluso, me ofreció dinero por si me hacía falta. —No pude evitar añadir. La miré a los ojos conteniendo las lágrimas—. Nunca lo olvidaré, Diana. Eres una gran amiga.

—Dime algo que no sepa... —sacó a pasear su cotizada sonrisa.

—Yo iggnoraba eso —espetó Carlota—. Te has puessssto colorada.

Diana enrojeció al desvelar que tenía un corazón de oro. Seguro que se sintió desnuda al deshacerse, durante unos segundos, de su disfraz de mujer dura y fuerte.

—Tampoco fue para tanto. Al final, no tuve que prestarte ni un euro porque tu libro fue un éxito en internet y después te ficho una gran editorial —añadió.

—Continuemos —Jimena siguió indagando. Leyó el nombre de la siguiente en analizar—. Nancy. Eres una persona que se cuida. Solo hay que ver la piel tan reluciente que tienes y lo guapa que estás a tus treinta y cinco años?

—Cuarenta —dijo orgullosa—. Pero suelen confundir mi edad y echarme menos años de los que tengo en realidad. A mí me encanta sentirme más joven. Hago yoga y voy al gym... cuido mi cuerpo y mi mente.

—Eres una mujer pasional, enérgica y con una pizca de inocencia.

—¡Cómo una adolescente! —celebró, al verse reflejada en la fabulosa descripción que había hecho la psicóloga sobre ella.

Yo intentaba desmenuzar cada palabra que decían para intentar dar con la culpable. Desvié la mirada a la derecha y el corazón me dio un vuelco al comprobar que un hombre moreno y fuerte me observaba desde la mesa de al lado. ¿Por qué me era tan familiar? Él se sobresaltó cuando lo miré a los ojos y centró su atención en la carta del restaurante. Iba a cenar solo y era muy atractivo. Tal vez, me recordara a algún actor de cine y por eso me sonaba tanto. Sacudí la cabeza y volví a la conversación con las chicas.

—Carlota... —pronunció la terapeuta con dulzura.

—¡Pressssente! Yo sssoy profe de Pilatessss... ya te voy adelantando información —pronunció con sorna.

—¡Perfecto! Y, además, sé que estás ocultando algo... —obvió su descripción para acusar a mi amiga de guardar un secreto. ¿Sería ella la traidora? Se aceleró mi pulso—. Has bebido porque quieres armarte de valor para sincerarte esta noche.

Carlota se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¡Guau, vasss al grano! Te hassss olvidado de mencionar mis preciosssos ojos azulesss o mi melena rubia como la de una princessa. ¿Por qué no dicesss que tengo una carita angelical? No, tú vas a lo jugoso. ¡Ya sé lo que eresss! —señaló atrevida a la psicóloga—. Tú... eresss una lista muy hija de puta.

VAMOS A CONTAR VERDADES

Todas nos sobresaltamos ante la acusación de Jimena sobre Carlota. Y todavía más, cuando ella no lo negó. ¿Escondía algo? La conocíamos desde hacía años e ignorábamos algo tan fuerte en su vida que necesitaba emborracharse para contárnoslo. Nuestra amiga tragó saliva.

—No puedo creer lo que voy a hacer... hip.

—Olvida tus miedos, mujer. Sé libre y suelta por tu boquita eso que tanto te angustia —la animó la psicóloga.

—Chicasssss, hace tiempo que quería decirossss —suspiró—. ¡Allá voy! Sin rodeossss...

Entonces, la joven camarera que atendía nuestra mesa derramó sobre Carlota crema de marisco de uno de los platos que iba a servir. La monitora de Pilates se puso de pie de un blinco y gritó.

—¡Mierda! ¡Cómo quema la puta sssssalsa de los cojonesssss! —exclamó aireando su blusa rosa manchada.

La camarera le pidió disculpas. Intentó limpiar la prenda con una servilleta, pero Carlota no dejaba de moverse. Salpicó el mantel de nuestra mesa con el líquido anaranjado de tanto sacudir su ropa. Nosotras intentamos contener la risa para no cabrear aún más a nuestra amiga que parecía fuera de sí.

—Apuesto que se te ha bajado la borrachera de golpe —bromeó Diana.

—¿Estás bien? —me interesé ante tanto aspaviento.

Ella se volvió hacia la empleada, adoptó una mueca de enfado y la increpó.

—¡No! No estoy bien. Essssta impresentable acaba de ssssocarrarme una teta, ¿te parece a ti que eso me produce algún tipo de bienestar?

—Dis... disculpe. Ha sido sin querer. Me he inclinado para apoyar un plato sobre la mesa y no me he dado cuenta de que el otro goteaba —dijo avergonzada.

—¿Goteaba? Hasss derramado una cascada de sssalsa en mi blusssa y ahora está desstrozada... —protestó como una niña—. ¡Quiero la hoja de reclamacionesss!

La camarera, de unos veinte años aproximadamente, se derrumbó y comenzó a llorar. Se llevó las manos a la cara y soltó varios berrinches. La gente de alrededor dirigió su mirada hacia nosotras. Carlota estaban montando otro numerito y aún íbamos por los entrantes. Me levanté para mediar entre ambas.

—Mujer, no seas exagerada... La chica se está disculpado. Ahora vas al aseo, limpias la blusa y no ha pasado nada —intercedí—. ¿Cómo te llamas, joven?

—Nadia... —sollozó.

—No te preocupes, sabemos que ha sido un descuido y no vamos a presentar ninguna reclamación. No llores, cariño... Todos nos equivocamos y seguro que eres una excelente trabajadora.

La chica se pasó por alto eso de mantener la distancia con los clientes y me abrazó. Su juventud la hacía impulsiva. Fue imposible no sentir ternura hacia ella.

—No estoy triste solo por eso, que lo lamento de corazón —miró con los ojos vidriosos a mi amiga—. Es que... quizás sea un poco imprudente y atrevida al contaros esto, pero necesito desahogarme con alguien o reventaré...

—¡Cuenta, cuenta! —pidió Diana con interés.

Ya teníamos el espectáculo garantizado.

—Veis a ese chico de allí —señaló a un chaval alto, guapísimo y con tirabuzones castaños que estaba recogiendo los vasos de una mesa al fondo de la sala—. Se llama Richi... Es mi compañero y estoy enamorada en secreto de él desde hace siete meses que entré a trabajar a aquí.

Todas soltamos un suspiro al recordar lo emocionante que podía ser un amor en la adolescencia.

—Eres muy mona, seguro que le gustas ¿por qué no se lo dices? —preguntó Nancy.

—Ya lo he hecho... hace cinco minutos —volvió a llorar.

—¿Te ha rechazado? —intuí.

—¡Peor! Me ha confesado que tiene novia y que él también siente algo muy fuerte por mí —se limpió las lágrimas con el puño—. No quiero ser la culpable de que se rompa una relación, pero estoy loca por él. No sé qué hacer.

Carlota chasqueó los dedos para evadir a la camarera de su drama.

—¡Todos los hombres son iguales! Será mejor que lo olvides. Solo te traerá problemas.

Fruncí el ceño, disgustada. Me pareció muy injusto su consejo. Mi amiga no tenía ni idea de amores, ¡nunca la habíamos visto emparejada! Era respetable que decidiera estar soltera y no dar ninguna oportunidad al amor, pero eso no le permitía que derrumbara las ilusiones de las demás.

—¿Cómo le dices eso a la chiquilla? —intervine molesta—. Tenemos la suerte de contar esta noche con una psicóloga maravillosa y seguro que te asesora con gusto.

Jimena levantó el entrecejo y sonrió.

—Le sumaré un plus a mis honorarios, los consejos amorosos no estaban incluidos —soltó una carcajada—. ¡Es broma!

Nadia se sentó en la silla de Carlota mientras ella iba al baño para limpiar su ropa con un poco de agua y jabón.

—¿Él te gusta? —disparó la terapeuta.

La camarera asintió con vergüenza.

—¿Tú tienes pareja?

Negó con la cabeza.

—Entonces solo tengo una pregunta más, ¿eres gilipollas?

Nadia abrió los ojos como platos y se echó para atrás. Nosotros nos quedamos mudas. ¿Había escuchado bien la pregunta de Jimena?

—¿Perdona? —alcanzó a pronunciar Nadia.

—Eres una niña guapísima, joven, sin ataduras y estás tan colada por un chico que hasta tiras comida encima de la gente por andar en las nubes. Él te dice que también siente algo por ti cuando le revelas tu amor. O aprovechas el momento o eres gilipollas. Esa es mi opinión —aclaró Jimena, cruzándose de brazos.

—¿Y la novia? —preguntó Diana.

—Sí, ¿y la novia? —repitió Nadia.

—Que yo sepa tú no estás saliendo con ella, ¿no?

—No... —dijo la camarera en voz baja.

—Entonces, ese no es tu problema. Si lo quieres, ve a por él. ¿Dónde está el delito? Tampoco vas a matar a nadie, solo a darle una oportunidad al amor.

Nadia se levantó decidida, nos dio las gracias por ayudarla a tomar una decisión y antes de marcharse añadió «Lo voy a hacer. Le voy a pedir que salgamos». Nosotras nos quedamos atónitas ante la contundencia de la psicóloga.

—¿Le has aconsejado a la muchacha que se meta en medio de una relación? —quiso asegurarse Diana, que no daba crédito a lo que acababa de suceder.

—Ha sido un poco *heavy*... —añadí.

—Se llama terapia de choque. Si algo te da miedo, hazlo. Así superarás tus angustias —afirmó orgullosa.

—Es muy probable que ese trío amoroso, al que la has animado a unirse, acabe fatal —insistió Diana.

—Tiene unos veinte años —Jimena sacudió la mano al aire—. Si pasa eso, seguro que lo supera y tiene una anécdota divertida que contar a sus amigos.

—O puede que Richi sea el amor de su vida, se casen, sean felices y tengan hijos... —Nancy se posicionó a favor de la decisión de Jimena.

Tania me miró, contuvo la risa y se encogió de hombros. Leí en sus labios cómo me preguntaba «¿De dónde has sacado a esta tipa?» señalando a la terapeuta. Solté una risotada. No estaba segura de si mi invitada sorpresa había asesorado a Nadia de la forma correcta o no. Solo quería seguir con el plan trazado y descubrir a la traidora. Ladeé la cabeza y, por el rabillo del ojo, volví a pillar al hombre atractivo de la mesa de al lado observándome. Me miraba con disimulo, pero me miraba. Me dio un brinco el corazón. ¿Por qué me era tan familiar? Estuve a punto de saludarle, pero desvió su atención a la pantalla de su móvil. Di un golpe sobre la mesa con la palma de mi mano.

—Disculpadme un segundo, chicas —dije con determinación.

Me levanté de la silla y con paso firme me planté delante del guapo fisgón. Le dediqué una reluciente sonrisa.

—Buenas noches, caballero. ¿Nos conocemos de algo? —pregunté, cruzando los brazos.

A él se le desencajó la cara. Lo noté nervioso a pesar de intentar parecer tranquilo.

—¿Cómo dice?

—Me he percatado de sus insistentes miraditas y he pensado que tal vez nos conociamos —pronuncié con elegancia.

—No. Simplemente, la he reconocido por su foto... —soltó.

—¿Por mi foto? —repetí confusa.

—La de la contraportada de su libro. Usted es Valentina Robles, ¿no?

Respiré aliviada. No era un acosador, sino un lector con buena memoria fotográfica. La verdad es que aún no me había acostumbrado al éxito de *Noches sangrientas*, mi primera novela de terror que había vendido más de doscientos mil ejemplares. La gente me paraba por la calle para asegurarme que les había encantado el libro. Otros me pedían que me retratara junto a ellos y después lo subían a las redes sociales. No pasaba con mucha frecuencia. Los escritores no somos tan populares o nuestro rostro no es tan visible como el de los actores o cantantes. Pero cuando alguien me reconocía y alababa mi trabajo, la sensación era extraña y maravillosa al mismo tiempo.

—¿Quieres que nos hagamos un *selfie*? —propuse con dulzura para compensar la brusquedad anterior.

—Claro. Me encantaría —sonrió y se levantó para ponerse a mi lado.

El hombre era más alto que yo. Me sentí intimidada ante su atractivo físico. Sus manos eran grandes, sus brazos fuertes y sus ojos azules parecían entrar en mi ser y desnudar todos mis secretos. Levantó la mano para enfocarnos con la cámara de su teléfono y me cogió por la cintura. Contuve un suspiro placentero para que no notara lo mucho que me había gustado su roce. Hizo

una cuenta atrás del tres al cero y tomo la foto.

—Gracias. Has sido muy amable —señaló feliz—. Me llamo Hugo.

—Encantada. Y disculpa que te interrumpiera de este modo tan poco sutil... Estoy un poco nerviosa...

—Me ha gustado que lo hicieras. De lo contrario, nunca me habría atrevido a pedirte que nos hiciéramos una foto o que me firmaras un autógrafo —restó importancia a mi osadía.

Su voz era ronca y eso me excitaba sobremanera. De repente, me sorprendí deseando que me agarrara con sus fuertes manos y me besara. Intenté apartar esos pensamientos acalorados de mi mente, ¿desde cuándo fantaseaba con extraños? Eso no era propio en mí. Aunque no me hubiese importado desabrochar algún botón más de su camisa azul para descubrir qué escondía debajo. Solo se asomaba un poco de vello oscuro sobre un ancho y viril cuello. «Valentina, no olvides cuál es tu objetivo esta noche. Deja las distracciones para otro momento» me dije a mí misma.

—Me alegro, Hugo. Disfruta de tu cena —. Antes de marcharme, le pedí—. Si te has leído el libro y te ha gustado, me harías un enorme favor si pusieras un comentario en *Amazon*.

De esa forma tan cutre me despedí de mi apuesto seguidor. ¡Perfecto! No se me ocurrió pedirle su número de teléfono para quedar otro día, ni proponerle tomar un café más tarde ... ¡No! Le exigí que reseñara mi puto libro en internet. Para una vez que tenía la sartén por el mango, porque era obvio que aquel adonis me admiraba, lo dejaba escapar. ¡Estaba hecha una *Casanova*! Él sonrió y siguió a lo suyo. Yo regresé a la mesa con mis amigas.

—¿A dónde has ido? —preguntó Nancy intrigada.

—A atender las necesidades de uno de mis fans —expliqué abatida—. Aquel hombre ha leído mi novela y nos hemos tomado una foto juntos.

—Pues está buenísimo y no va acompañado —observó Tania—. Estás loca si no le has pedido una cita.

Le lancé una mirada asesina. No necesitaba que nadie más me recordara lo ridícula que había sido al dejar escapar ese tren.

—Detesto a los hombres con camisa de manga corta como la que lleva él. Alguien tendría que avisarle que no son nada glamurosas —añadió Diana con desdén.

—Poco le iban a durar el glamur y la camisa si lo pillaba yo —bromeó Tania.

Carlota regresó del baño con la blusa más manchada que antes. Se le había ido la mano con el agua. Se sentó en la silla, movió la cabeza de lado a lado e hizo crujir sus nudillos.

—¿Qué me he perdido?

—Nada interesante... —resoplé, apoyando los brazos sobre la mesa.

—¡El triunfo del amor! —exclamó Nancy, moviendo las pestañas a la velocidad de la luz—. Hemos convencido a la camarera para que le de una oportunidad a su compañero.

—¡Uf! Menos mal que me he ido al aseo —ironizó y bebió vino de su copa.

—Estás un pelín susceptible —observó Tania—. ¿Qué te pasa?

—Estoy bien...—bufó.

—Carlota, antes de que nos interrumpieran, ibas a contarnos algo... —le recordó Jimena.

Nuestra amiga agarró la botella de vino y llenó su copa de nuevo. Estaba sudando, nerviosa y le temblaban las manos.

—He cambiado de opinión... No estoy preparada —aseguró, mirando al infinito.

—Claro que lo estás —insistió la psicóloga.

—¡No! No lo estoy. Ya lo hemos hablado un millón de veces —golpeó la mesa con las palmas de las manos.

«¿Ya lo hemos hablado un millón de veces?» repetí sus palabras en mi mente. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Se conocían? ¿De qué habían hablado? ¿Cuál era su puñetero secreto? Demasiadas preguntas sin respuestas.

—No bebas más, Carlota. Estás delirando —le recomendó Diana.

En otro momento hubiese respetado la intimidad de mi amiga. Pero necesitaba saber si lo que se callaba me afectaba directamente. Decidí atacar.

—Cariño, puedes confiar en nosotras. Nos conocemos desde hace tiempo... —la presioné, mostrando una sonrisa forzada.

Se pasó las manos por la nuca. Resopló y bajó la mirada al suelo.

—No creo que sea bueno gobiarla para que confiese algo que parece tan personal —Nancy puso el sentido común que yo había dinamitado—. Démosle tiempo y que nos lo cuente cuando ella esté lista.

Carlota parecía ausente. Ajena a nuestros comentarios. Como si estuviese sopesando los pros y los contras de hacer pública su confesión.

—A mí me parece que sí que quiere hacerlo, por eso se ha pillado un buen pedo. Necesita un empujón —dijo Tania.

—Eso significa que no está preparada. Si necesita beber para exteriorizarlo va por mal camino —argumentó Nancy y reposó su mano en la espalda de nuestra amiga—. No te preocupes, cielo. Ya encontraremos el momento adecuado.

—Me gustan las mujeres —dijo seria y mirándonos a todas—. No sabía cómo decíroslo y me aterraba decepcionaros.

Nancy escupió la bebida que estaba tomando y me roció la cara con el vino como si estuviera expulsando enjuague bucal después de dejar sus dientes relucientes. Tuve la mala suerte de sentarme enfrente de ella y no pudo evitar hacer el aspensor ante la noticia de Carlota. Me limpié con una servilleta. Nadie más se sobresaltó. De hecho, pasó justo lo contrario.

—¿Decepcionarnos? ¿Por qué? —preguntó Diana—. ¿Dónde está el motivo para que estemos defraudadas?

—¿Ese era tu terrible secreto? —ironizó Tania—. Yo ya lo sabía. Me tiraste los tejos en la fiesta de Navidad de hace un par de años. Ibas un poco bebida y se te fue la mano ¡a mi culo! Que, por cierto, lo tocas muy bien. —Le lanzó un beso.

Estallamos en risas. Carlota se sintió aliviada, rio y dibujó una preciosa sonrisa. ¡Se había liberado!

—Entonces, ¿no os ha molestado? Pensaba que cuando os lo contara me miraríais con recelo o que ya no querríais cambiaros en los vestuarios del gimnasio si estaba yo delante.

—¿Sabes en qué siglo vivimos? A mí me importa una mierda con quién te vayas a la cama —la cogí de la mano y apreté con fuerza—. Eres una amiga increíble y te quiero tal y cómo eres.

Era cierto, la vida sexual de los demás me era indiferente. Prefería que fuese feliz y dichosa. Además, gracias a su confesión la descarté de mi lista de sospechosas. Si le gustaban las mujeres, seguro que no había sido partícipe del engaño. Jimena la cogió de la mano que le quedaba libre.

—¡Felicidades! Estoy orgullosa de ti —celebró.

Nancy frunció en ceño. Algo no le encajaba en todo lo que estaba ocurriendo. Algo que todas dábamos por hecho.

—Vosotras os conocéis, ¿verdad? —les preguntó a la psicóloga y nuestra amiga recién salida del armario.

—Es evidente que sí —respondió Tania, golpeando la mesa con sus dedos.

—Me temo que eso es secreto profesional —dijo el tema por zanjado—. Sigamos con el juego.
—¿Quién lo iba a decir? Pero me está gustando este jueguecito... —afirmó Diana con inri—. De lo que se entera una al unir lazos.

La terapeuta dirigió su mirada hacia Tania. Después de una rápida, pero explícita descripción física y de su personalidad, Jimena murmuró en voz baja:

—Tú escondes algo —la acusó tajante, saliéndose del plan trazado. Habíamos quedado que ella era inocente. Simplemente, tenía que hacerle un par de preguntas inocentes y pasar a la siguiente.

—Cómo no sea la cartera o la tarjeta de crédito porque siempre voy pelada —se defendió con humor.

—Lógico con tu sueldo de barrendera... —soltó Diana con aires de suficiencia.

Nancy rio con complicidad y le dio un codazo para que se comportara. Me repateaba que trataran a Tania como si fuera alguien inferior por no venir de una familia adinerada o no estar casada con un marido forrado. ¡Era injusto! Ella se ganaba la vida dignamente con un empleo que le gustaba y con el que todos los meses pagaba el alquiler de su piso, la comida y sus caprichos. No dependía de nadie. Limpiaba las calles, ¿y qué? Era un trabajo como cualquier otro. De hecho, era mucho mejor que estar en casa mirando a las musarañas y tomando vino aburridísimas sin nada más interesante que hacer. Me vi en la obligación de mediar antes de que se liara.

—Creo que tu nivel económico va a mejorar de forma inmediata —dije, mirando a mi amiga a los ojos.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—No te puedes ni imaginar la locura que es mi vida ahora mismo. Entre las firmas en ferias y librerías, las presentaciones en distintas ciudades, la corrección del nuevo manuscrito, las entrevistas con los medios de comunicación... si sigo a ese ritmo, un día de estos, perderé la cabeza. Necesito ayuda. Alguien de confianza que me eche un cable. Tú eres responsable de todo esto y lo sabes. Quiero que seas mi representante.

Todas se llevaron las manos a la boca y soltaron un «Oh» mayúsculo. Sabía que se iban a sorprender y, en parte, era como dar una bofetada a las más pijas de la cuadrilla. A Tania se le iluminó la cara. Imploré para que aceptara el puesto y callara muchas bocas. En concreto las de Nancy y Diana.

—¡No me lo puedo creer! Sería un sueño para mí, ¿estás segura? —quiso cerciorarse.

—Dudo mucho que haya nadie mejor para desempeñar ese trabajo —afirmé.

—Gracias, monina, por tu exquisito acto a la hora de hacernos sentir importantes a las demás —apuntó Carlota con ironía y menos ebria que antes—. No es que quiera trabajar para ti, pero no te hubiese costado nada añadir «todas sois ideales y confío en vosotras para que seáis mis *repres*». Lo he pensado mucho y sé que a Tania le haría una ilusión bárbara».

—Quizás tengas razón. —Me rasqué la nuca—. No era mi intención...

—*Bla, bla, bla*. No nos vengas con sermones moralistas después de habernos humillado en público —me cortó Diana con brusquedad y sorna—. Vamos a lo importante. Tania, ¿aceptas?

—Di que sí —aplaudí Nancy con demasiada efusividad.

Las cinco dirigimos nuestra atención hacia ella, esperando una respuesta.

—¿Cuándo empiezo? —Levantó los brazos y soltó un gritito de alegría.

Abracé a mi amiga. Las demás alzaron sus copas para brindar por nuestra unión laboral. Nos sumamos al brindis.

—Ahora sí que eres una de las nuestras con todo el derecho del mundo. No es que tu anterior

empleo te restara papeletas para serlo... —Diana puso los ojos en blanco e hizo un ademán con la mano—. ¿A quién quiero engañar? ¡Claro que te las restaba! Pero ahora que vas a ser representante de una escritora tan famosa como Tina, ¡serás todo glamur!

Le di una patadita a Tania por debajo de la mesa para que ignorara el comentario de *Doña Superficial*. Me dejaba perpleja su desbordante sinceridad y falta de empatía. En la vida había más cosas que el dinero, la fama y el glamur. Solté un suspiro y quise pensar que esa era su forma más cariñosa de felicitar a nuestra amiga por su nuevo empleo.

—Diana... me vas a emocionar con un mensaje tan profundo. —Tania no pudo morderse la lengua.

—¡¿A qué sí?! —exclamó Nancy. Se bebió el vino de un trago—. ¡Esto es fabuloso, chicas!

—Relájate, mujer. Parece que te hayan dado el puesto a ti —bromeó Carlota.

La joven camarera regresó a nuestra mesa para retirar los platos de los entrantes. Con todo el trajín organizado, no habíamos reparado en que llevaba un buen rato sin aparecer. Lucía una sonrisa que iluminaba toda su cara y su pelo parecía un poco alborotado. Nancy la cogió de la mano con suavidad.

—No nos tengas en vilo, chiquilla —le pidió en voz baja—. ¿Ya le has dicho algo?

—Sí. Se ha puesto súper contento. He flipado. Me chifla... —resopló, dejando los platos sobre la mesa otra vez—. Nos hemos besado en la cocina. Y, al no poder contener nuestras ganas, hemos ido al almacén para hacer el amor.

—¡Qué rapidez! —exclamó Tania—. No habéis tardado mucho en terminar.

Nadia se puso roja como un tomate y se inclinó aún más para soltarnos una intimidad que nadie le había preguntado. Ni, tampoco, queríamos saber.

—A la cuarta embestida se ha corrido. Ha dicho que es algo que no le suele pasar, pero que yo le pongo tanto que no ha podido frenar sus ansias. ¡Qué romántico!

«¡Caray con el semental! Qué poco aguante» ahogué el pensamiento. No quería fastidiar el momento de subidón de la camarera. Aunque me hubiese encantado decirle que, si a mí un hombre me duraba menos de medio minuto en la cama y después no se molestaba en complacerme, ya podía despedirse de verme de nuevo. En el sexo tenían que disfrutar los dos, los tres o todos los que participaran en la práctica. En mi caso, era monógama. Así que eso de satisfacer las necesidades de él y olvidar las mías, era cosa del pasado. Ya perdí el tiempo con egoístas. No buscaba un *macho man* o un gigoló, pero sí a alguien con el que tuviera una conexión especial que fuera más allá del «¡qué guapa eres. Cuánto me pones... ¡Me voy! ¡Me voy!» y fin de la fiesta. ¿Acaso era mucho pedir? Parecía que sí, porque llevaba meses sin que nadie me hiciera vibrar o sentir deseada.

—Después de tu acto pasional, te habrás lavado las manos, ¿verdad? —preguntó Diana horrorizada—. Que estás atendiendo a las mesas.

—¡El amor es tan impulsivo! —festejó Nancy desde *Los Mundos de Yupi*.

—Estoy orgullosa del paso que he dado al atreverme a apostar por él. Por fin, he dejado las dudas a un lado y he pensado en mí. Todo es gracias a vosotras. Así que en el postre os traeré ración doble del volcán de chocolate y nata. ¡Invita la casa! —aseguró antes de marcharse con la vajilla usada.

—¡Eso sí que es llegar al clímax! —espeté sedienta de cacao y reí.

EL CLÍMAX

Un año y medio año antes.

Samuel y yo habíamos hecho el amor como todos los sábados. No había espacio para la sorpresa ni la improvisación. Los polvos estaban programados para el sexto día de la semana. Él había disfrutado a tope y yo, para variar, me había quedado a medias. Encendí la luz de la lámpara que estaba en la mesita al lado de la cama, me levanté y fui al baño. Desnuda me miré en el espejo, me lavé la cara y cerré los ojos. Mi marido apareció sin esperarlo y me abrazó con ternura.

—Ha sido acojonante —susurró.

—Formamos un buen equipo —mentí.

Cada vez me sentía más lejos de él en todos los aspectos. Mental, corporal y sentimentalmente. Atrás quedaron los años en los que nos devorábamos en cualquier rincón de la casa, conversábamos durante horas después de colmarnos de placer y nos perdíamos en nuestras miradas rebosantes de complicidad. Llevábamos saliendo desde los dieciocho años y nos casamos enamoradísimos a los veinte. Aunque las prisas por huir de mi familia y su lujoso entorno lleno de imposiciones también favorecieron el precipitado enlace. Mi vida con Samuel era excitante, novedosa, llena de emociones. Primero, alquilamos una casita modesta a las afueras de la ciudad. Después me quedé embarazada y a los nueve meses nació nuestro precioso hijo. Todo fue maravilloso durante casi siete años. Hasta que le ofrecieron a Samuel un jugoso ascenso en la sucursal bancaria. Lo que significó mucho más dinero en nuestra cuenta y su prolongada ausencia en el hogar durante la semana. El tiempo que nos dedicaba a nosotros, lo invirtió en su trabajo... ¡qué irónico el juego de palabras! Yo me sentía sola, aburrida y un cero a la izquierda. Pero, todo cambió el día que se mudó a la casa de al lado un atractivo vecino e hicimos buenas migas. Conectamos desde el primer momento, cuando llamó a mi puerta para pedir un poco de sal. Le invité a tomar un café para ser una buena vecina. Admito que la amabilidad se me fue de las manos y a la semana siguiente, después de quedar a diario, acabamos follando en su dormitorio mientras mi marido trabajaba y mi hijo estaba en el colegio. Sé que no estuvo bien. Lo sé. Aunque jamás había disfrutado tanto con un hombre, ni me había sentido tan especial. Incluso, llegué a dudar si algo tan placentero podía ser un error. Mi primera reacción fue culpar a Samuel por trabajar tanto y desatender las necesidades de su mujer, pero los remordimientos me azotaron con fuerza y no tarde ni veinticuatro horas en confesarle mi desliz. Él lejos de enloquecer fue comprensivo. Se mostró dolido y, tras una larga conversación, me perdonó. Os lo prometo, me perdonó sin más. Bueno, puso una pequeña condición. Mudarnos a otro barrio. Eso hicimos. Compramos una monumental casa en uno de los barrios más ricos de la ciudad. Lejos de las tentaciones y de mi amante esporádico.

En mi nuevo vecindario conocí a Diana, a Nancy y a Carlota. Fue lo mejor de aquel cambio, nuestras quedadas para tomar café, ir al gimnasio o salir de compras. Sin embargo, Samuel se volvió posesivo y celoso. Con el tiempo comprendí que su perdón no había sido sincero. Sus continuas recriminaciones sobre mi aventura le servían como arma para manipularme y salirse

siempre con la suya. Sabía que me había confundido, pero no estaba dispuesta a pagarlo toda mi vida. «¡Déjalo! Tu marido es un capullo que no tiene los suficientes huevos para vivir sin ti. Vive atormentado por tu infidelidad, pero eso no le da derecho a putearte. Además, seguro que él también te ha puesto los cuernos» me decía Tania. Siempre que me sentía triste o angustiada la llamaba para desahogarme. «Hazte solvente económicamente. No dependas de él. No seas como tus amiguitas pijas que veo año tras año en la cena de tu cumpleaños y busca un trabajo. O... ¡continúa escribiendo el libro que tienes empezado! La historia de miedo...» me animó. Decidí hacerle caso. Miguel, mi hijo, iba al instituto y yo contaba con más tiempo para dedicarme a la literatura. Todas las mañanas, me sentaba delante del ordenador y daba rienda suelta a mi imaginación. Cuando terminé de escribir la novela, se la pasé a mis cuatro amigas. Esperé impaciente sus veredictos. Todas me felicitaron y confesaron que les había enganchado, emocionado y gustado sobremanera. Incluso, Diana que era la más crítica, me incitó a que buscara una editorial para que me la publicaran. Al final, después de darle muchas vueltas, decidí subirla a *Amazon*. Hice publicidad en redes sociales, la moví en blogs literarios, contesté a todo el mundo que me escribía para darme su opinión y el primer mes gané más de siete mil euros. Casi me da un soponcio al ver tanto dinero de golpe en mi cuenta corriente. ¡El libro estaba siendo un exitazo! Recuerdo que aquella tarde fui con mi hijo Miguel y con mis cuatro amigas a una cafetería monísima y los invité a merendar para celebrar el triunfo arrollador de mi novela. A los dos meses, permanecía como uno de los libros más vendidos en la plataforma digital y una de las editoriales más importantes del país me llamó para ofrecerme un contrato y publicar con ellos. ¡Joder! No podía creérmelo. Llamé a Samuel al trabajo para contárselo, gritando como una loca. Él fingió alegrarse, sabía perfectamente cuándo mentía, y me propuso salir a cenar para celebrarlo. Y en ese punto estábamos, después de una aburridísima velada en un restaurante caro y de hacer el amor sin pasión, abrazados frente al espejo de nuestro cuarto de baño.

—De eso, precisamente, quería hablarte —me besó en el cuello—. Sé que tu aventura editorial está exigiéndote mucho. Ahora estás feliz porque te hace sentir realizada. Pero, tal vez, dentro de un tiempo te veas superada y no puedas con todo.

—¿Con todo? —repetí con sarcasmo, frunciendo el ceño.

—Sí. Con la casa, atender a nuestro hijo, tus funciones como esposa... esas cosas que no debes de descuidar otra vez.

Volvió a dejar caer mi infidelidad con suma elegancia. Fue la gota que colmó el vaso. Ya no aguantaba más sus reproches. Sabía que nuestra relación había llegado a su fin. Bastante había soportado ya.

—Miguel se atiende solito que ya tiene casi diecisiete años —me escabullí de sus brazos y regresé al dormitorio para vestirme. Él me siguió—. Respecto a la casa, pagamos a una asistenta... ¡Así que déjate de rodeos!

—¿Qué estás insinuando, Valentina?

—Creo que lo que sucede es que da un miedo atroz que no dependa de ti. Que me dé cuenta que puedo vivir sin ti o que sea más feliz si no estoy a tu lado —asegué con firmeza.

—No digas chorradas.

—¡Mírate, Samuel! Eres *Don Perfecto* —levanté los brazos—. Cuando te puse los cuernos con nuestro anterior vecino ni siquiera enloqueciste de celos. ¡Nos mudamos! Tu reacción fue cambiarnos de domicilio. —Me encogí de hombros—. Te importó más tapar mi desliz y aparentar que todo iba bien que sanar nuestra relación.

Él tragó saliva y se pasó la mano por la nuca.

—Será mejor que nos acostemos y seguro que mañana se te olvidan todas esas gilipolleces.

—No. Lo nuestro lleva años sin funcionar y no puedo más... —Estaba más segura que nunca —. Quiero el divorcio.

Dio unos pasos hacía mí. Después se detuvo y clavó sus ojos en los míos.

—Me ultrajas follándote a un desconocido, más tarde me humillas ganando más dinero que yo con tu librito y comentándolo con todo el mundo. Y, ¿ahora quieres separarte?

—Me da igual que quieras ponerme como la mala de la película. Eres experto en acusarme de todos tus males. Si eso es lo que piensas, bien por ti —dije agotada—. No te estoy pidiendo que te hagas responsable de tus actos... solo quiero empezar una nueva vida sola.

—Estás loca, joder. Creo que nunca te he entendido —protestó disgustado.

—Tal vez, ese haya sido el problema. Que tú jamás me comprendiste y yo me conformé.

YA SÉ QUIÉN TE TRAICIONÓ

—Dejemos el postre de chocolate para el final de la velada. Aún tenemos que seguir con nuestro juego —dijo Jimena divertida.

El bullicio del resto de los comensales comenzaba a ser notorio. El restaurante estaba lleno y eso se notaba, no solo en que no quedaba ni una mesa libre sino también, en el molesto ruido que había en el local. La gente reía, gritaba, elevaba la voz y todo ese alboroto me irritaba. Si a eso le sumaba que cada vez me sentía más ansiosa por descubrir a mi amiga la traidora, pronto acabaría al borde de un ataque de nervios.

—¿La cena entra dentro de su tarifa o se la paga ella? —me preguntó Diana señalando a la terapeuta.

—Eso ha sonado a prostitución —rio Carlota.

—Yo pago todo —respondí agobiada. Necesitaba saber la verdad de una puñetera vez.

—¡Qué poderío! Y luego somos nosotras las que vamos de sobradas... —señaló Nancy—. Por cierto, hablando de sobrados. El otro día me encontré con Samuel paseando por el barrio. Iba muy acaramelado con Amanda y me pareció que ella estaba... embarazada. A él lo vi guapísimo, se había dejado el pelo largo y rubio al estilo de *Thor* en las primeras pelis y parecía más cachas.

¡Qué novedad! Mi ex y su nueva conquista presumían de su amor idílico delante de todo el mundo. No sabía si compadecer a la pobre niñata que había dejado en estado de buena esperanza o darle las gracias por quitármelo de encima. Desde que Samuel estaba con ella, había dejado de darme el coñazo con sus insistentes mensajes y llamadas para quedar. No se tomó muy bien nuestra separación e intentó que volviéramos en varias ocasiones. Por suerte, yo no sucumbí a sus peticiones en ningún momento.

—Sí, el cambio le ha sentado genial —resoplé. Me daba pereza hablar de él—. Esperan un bebé. Me lo contaron hace un par de semanas. Ya sabéis que, por el bien de nuestro hijo, tengo una relación fluida con la parejita feliz.

—¡Qué se vayan a la mierda! —exclamó Diana—. Ese cerdo nunca supo valorarte.

—Coincido contigo. Demasiado tiempo lo aguantó —sonrió Tania.

—¡Ves cómo ya eres de nuestro clan! Hasta pensamos igual —celebró.

Suspiré intranquila. Desvié la mirada hasta la mesa de mi apuesto seguidor, pero no lo vi. Su silla estaba vacía. Solo había un plato de pasta y una copa de vino tinto desamparados. Me fastidió no encontrarlo y apaciguar mi estado de ánimo gracias a una de sus sensuales sonrisas. ¡Joder, qué necesitada estaba de contacto humano! Si seguía a ese ritmo iba a destrozar mi *Satisfyer* nuevo y el de repuesto en menos de un mes. Aunque lo que me gustó de Hugo no fue solo su atractivo físico. Su educación y timidez me encandilaron. Me quedé intrigada al sentir que ocultaba algo... no sabía cómo explicarlo. Algo que me hacía pensar en él a los pocos minutos de haberlo conocido. Era sexy, misterioso e interesante. Entonces, Tania me propinó un leve codazo al moverse de un lado a otro sobre el asiento y me sacó de mi ensimismamiento. ¿Qué estaba haciendo tan concentrada? Seguí la dirección de sus ojos y me topé a lo lejos con la mesa de las tres jóvenes que nos encontramos en la entrada del restaurante. Observaba a la tal Dafne riendo con sus amigas y con Richi, el camarero eyaculador precoz. Bromeaba con ellas mientras las servía. Tania negó con la cabeza y murmuró algo en voz baja.

—¿Todo bien? —le susurré.

—Sí... sí... —se sobresaltó—. ¡Esto está a tope! Y hace calor, ¿verdad?

¡Mentía! Y evitaba hablar del tema. ¿Quién era la chica que tanto la incomodaba? Nunca nos habíamos ocultado nada y el asunto no me olía bien.

—¡Vamos con la ronda de preguntas! —avisó Jimena levantando el tono—. Ahora os iré lanzando varias cuestiones y tenéis que responder sin pensar.

—Te has saltado la descripción de Tina... —señaló Diana.

—No sabía que ahora ponías tú las reglas —ironizó la psicóloga.

—Siempre las marca. Le encanta ser la institutriz —dijo Nancy entre risas, poniendo los ojos en blanco—. Desde que despidieron a su marido está insoportable. Como ya no es la reina de la casa, tiene que gobernarnos a nosotras.

Respiré hondo. Sabía con certeza lo que estaba a punto de ocurrir. Nancy había soltado una bomba y estaba a punto de estallarle en la cara.

—¡Por lo menos tengo personalidad! —Diana se defendió molesta—. Y no intento plagiar la vida de mis amigas...

Jimena abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca. Después, sonrió con picardía. ¡Era el momento de atacar!

—¡Uy, uy, uy! ¿A qué te refieres? —quiso saber.

—A que lleva meses intentando escribir una novela de terror como la de Tina y es incapaz —habló su despecho—. Además, estoy segurísima de que le ha jodido sobremanera que haya escogido a Tania para ser su representante y no a ella.

Nancy tragó saliva e intentó no derramar ni una lágrima, pero sus ojos estaban a punto de rebosar. Entonces, Jimena decidió aprovechar el arranque de sinceridad de Diana y contraatacó. Estaba a punto de descubrir la verdad.

—¿Te gustan los maduritos o los chavales? —disparó.

Diana se puso en pie harta de tanta tontería.

—¿Qué clase de pregunta es esa? A mí me gusta mi marido. —Apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia nosotras—. ¿Os queda claro? Ni maduritos ni jovencitos...

Reinó el silencio. El ambiente se había crispado. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Lo peor de todo fue que no tuve ningún remordimiento al llevar al límite a mis amigas. Quizás, sí que me sentía un poquito mal, pero una de ellas se había atrevido a pervertir al amor de mi vida. Eso reducía todos los sentimientos de culpa por haberlas llevado hasta aquella situación tan incómoda. Entonces, escuché pronunciar a Jimena la frase que llevaba días esperando oír:

—Valentina, ya sé quién te ha traicionado.

LA TRAICIÓN

Dos días antes.

Me preparé un té con hielo para tomarlo sin prisas en la terraza de mi casa mientras disfrutaba de una lectura estimulante. Saqué un limón del cajón de las frutas de la nevera y corté un par de rodajas. ¡Me encantaba el toque cítrico que le aportaba a la bebida! De repente, sonó un teléfono que no era el mío y que se cargaba sobre la encimera de la cocina. Decidí no hacerle caso, su móvil siempre echaba humo al recibir tantas notificaciones y llamadas a lo largo del día. Coloqué la rodaja de limón en el borde del vaso, me felicité por lo bonito que había quedado el adorno y me dispuse a salir al jardín. Volvió a sonar la melodía del teléfono. ¿Quién llamaba con tanta insistencia? Quizás, era un asunto urgente, así que miré la pantalla para salir de dudas. Una tal «Julia» fue la emisora. Fui hasta las escaleras que daban acceso al piso superior.

—¡Cariño, te están llamando al teléfono! —grité.

Él estaba en la ducha y seguramente no me escuchó. Evité darle más vueltas al tema, aunque el tesón de «Julia» me había dejado intrigada. No conocía a nadie que se llamara así y que formara parte de nuestras vidas. Tal vez, era una compañera o una amiga sin más y estaba dándole más importancia de la que tenía. «Deja las confabulaciones para tus libros» me reprendí riendo. Entonces, escuché unos pitiditos que avisaban la recepción de varios *WhatsApp* y fueron el reclamo perfecto para violar su intimidad. Sabía su código de desbloqueo y, como supondréis, no dudé en usarlo para descubrir que entre él y yo sí que había secretos. O, por lo menos, uno muy cruel y doloroso. Accedí a la aplicación de mensajería instantánea, abrí la conversación que mantenía con «Julia» y ¡casi me dio un infarto! La muy guarra se estaba follando a mi hijo, a mi pequeñín. No podía creer lo que estaba leyendo. «Lo de ayer fue increíble. Eres un portento en la cama. Tengo ganas de volver a hacer el amor contigo» aseguraba ella. Esa no fue la mayor sorpresa. Miguel tenía dieciocho años y era consciente de que su vida sexual era activa. Como la de la mayoría de jóvenes de su edad, por mucho que nos pese y no queramos que crezcan. El trauma llegó cuando deslicé la pantalla con el dedo hacia abajo para leer la conversación del día anterior. «¡Uf! Siempre me has resultado muy atractiva, pero para mí eras inalcanzable. Me ha encantado que te decidieras a escribirme después de lo que pasó en los baños de aquel bar» esa frase tan explícita fue obra de mi hijo. Tragué saliva y la alcahueta que había en mí siguió leyendo.

—Vamos a ir con cautela. Me juego mucho si nos pillan, ya sabes que estoy casada... — comentó la mala pécora—. Te estoy escribiendo desde un número de teléfono nuevo. He comprado otra tarjeta y... ¡Ni se te ocurra llamarme por mi nombre por aquí!

—¿Cómo te llamo? —preguntó el inocente de mi niño.

—Julia. Así nadie sabrá quién soy. No quiero ni imaginarme lo que me haría tu madre si descubre que una de sus mejores amigas se está tirando a su hijo. Borra este mensaje en cuanto lo leas, ¿entendido?

Mi hijo le hizo el mismo caso que a mí cuando le ordenaba que recogiera su habitación; ninguno. Entré en *shock*. Tuve que sentarme en una de las sillas que había en la cocina para no caer al suelo. Me costó digerir aquella frase tan nauseabunda. Una de mis amigas había pervertido

la dulce inocencia de mi pequeño. Respiré hondo e intenté tranquilizarme. Aborté el improvisado plan de subir las escaleras hasta el cuarto de baño de la segunda planta y pedir explicaciones a mi hijo, gritando como una colaboradora de un programa de prensa rosa. ¡No! Tenía que ser inteligente. Hice de tripas corazón y, después de leer la obscena respuesta de Miguel «¡Joder, Julia! Eso me pone aún más cachondo», decidí buscar ayuda externa. No podía seguir buceando en aquella animada charla virtual o mis instintos más básicos florecerían en busca de venganza. Salí al jardín para tener más intimidad. Llamé a Tania, estaba convencida de que ella era la única de mis cuatro amigas que jamás me apuñalaría de esa forma tan rastrera. Mejor dicho, ¡jamás me traicionaría!

—Creo que me va a dar algo... —le dije en cuanto descolgó.

—¿Qué pasa, Valen? ¿Estás bien? —preguntó asustada—. ¿Otra vez te está molestando tu ex? Pensaba que con la noticia del bebé te dejaría tranquila.

—No es eso... —tartamudeé—. Una de mis amigas se está... —era demasiado fuerte para pronunciarlo en voz alta.

—¡Joder! Termina la frase que me dejas en ascuas.

—Una de ellas se esta follando a mi hijo.

—¡Será hija de puta! —espetó alucinada—. ¿Quién es la perversa?

—No lo sé. Ese es el problema —me senté sobre el césped—. Le he pillado a Miguel unos mensajes en su teléfono, hablando sobre lo bien que se lo pasan haciendo el amor. Ha sido asqueroso, Tania. Y la muy sinvergüenza se hace llamar «Julia» y le escribe desde otro número para que no sepamos quién es.

—Es lista... se tira a un jovencito y se cambia de nombre y de número... —murmuró.

—¡Joder! ¡Ese jovencito es mi hijo! —exclamé horrorizada.

—Cálmate, Valen. Lo bueno es que reducimos a tres personas el número de sospechosas. ¿Por qué no nos citas una noche y averiguamos quién es la *follahijos*? —propuso.

—¿Cómo?

—Preguntándolo. Es lo más fácil —aclaró con sorna.

Me despedí de mi amiga con un suspiro triste. Al colgar, pensé en la infinidad de opciones con las que contaba para pillar a la arpía que se empotraba a Miguel. Podía seguir a mi hijo hasta dar con su amante o contratar a alguien que lo hiciera por mí. Otra posibilidad era coger el toro por los cuernos y llamar a «Julia» desde el teléfono de mi primogénito y sorprenderla. Me llevé las manos a la cabeza, ahogando un grito de rabia. Estaba furiosa, herida e histérica. No comprendía que una de mis personas más allegadas pudiera hacerme aquella faena. Me había faltado al respeto y pisoteado mi confianza. Entonces, en medio de toda esa locura metal, recordé un vídeo que vi de una *Youtuber* contando que una vez contrató a una psicóloga para dar con la amiga que le había robado en su casa. Relató que semanas antes había celebrado una fiesta en su domicilio y al día siguiente le faltaba su colección de bragas y tangas de marca. Supuso que la policía no invertiría mucho tiempo en buscar a la mangante de la carísima ropa interior. Me imagino la llamada «¡Agente, necesito que encuentren mis bragas!». No. No era muy sutil y podían confundirse las intenciones. Así que organizó un café en su casa invitando a las sospechosas y a la terapeuta con la excusa de haber preparado un juego que las uniría más. La misión de la psicóloga era descubrir quién era la ladrona y eso hizo. La *influencer* aseguró en su vídeo que el plan había salido perfecto y que gracias a los servicios de la analista pudo recuperar sus codiciadas bragas de lujo. De hecho, no dudó en mostrarlas a todas sus seguidoras. ¡Qué bonitas eran, yo también le hubiera chirlado alguna! Me puse de pie y me reafirmé en seguir el plan trazado por aquella

ridícula estrella de las redes sociales. Busqué a Jimena en internet y el resto de la historia ya la sabéis. Ahora, tocaba averiguar quién me había traicionado.

LA TRAIIDORA

—¿Qué coño está insinuando esta chalada? —preguntó Diana, mirando a Jimena con cara de pocos amigos—. ¿Qué una de nosotras te ha traicionado?

El corazón me latía desbocado, mi pulso se aceleró y estuve a punto suplicar que dijera el nombre de la susodicha. Humedecí mis labios con la lengua e intenté templar mi agitado estado de ánimo.

—¿Quién? —preguntó Tania, levantándose.

Todas dirigieron la mirada hacia ella al dejar claro con su exigencia que formaba parte de nuestra estratagema. Una de ellas, solo una, se santiguó. Abrí los ojos como platos. Acababa de confesar que era la culpable con su gesto y Jimena lo corroboró.

—Nancy —aseguró la psicóloga—. Lo he sospechado cuando ha alardeado de querer aparentar ser una adolescente a sus cuarenta años. Qué mejor forma de sentirse joven que liarse con un chaval. ¡Te conservas muy bien, pero no eres una chiquilla! He decidido ser prudente y la he vuelto a poner a prueba. Después, cuando ha apoyado mi descabellada idea al proponerle a Nadia que se liara con Richi ya no tenía ninguna duda. Poco le ha importado que se rompiera una relación. Se permite hacer de todo con tal de que triunfe el amor. ¡Hay que ser horterera! No le ha importado lo que pensara la novia del camarero, como no le importa lo que piensen su marido o su amiga al traicionarlos —espetó con saña—. Y, por último, ha sido la única del grupo que no ha presionado a Carlota para que revelara su gran secreto, así nadie la presionaría a ella a que contara algo que no quisiese. Se ha sentido identificada al guardar información privilegiada y le ha dado su apoyo.

La miré con rabia. Nancy se hizo pequeña y palideció. No sabía qué hacer ni dónde meterse. Se abanicó con la servilleta.

—¡Joder! ¿He estado en la misma cena que vosotras o me he pasado más rato del que pensaba en el baño? —preguntó Carlota sin saber qué estaba sucediendo.

—¿De qué se le acusa a Nancy? —exigió saber Diana.

—De follarse a mi hijo. ¿No es así, «Julia»? —afirmé. Me puse de pie, apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia ella, que estaba delante de mí—. Nuestra supuesta amiga mantiene una relación amorosa, por llamarla de alguna forma, con Miguel. Se mandan mensajitos picantes por *WhatsApp*, quedan en lugares públicos dónde copulan a escondidas y la muy cobarde se pone un nombre falso para que no la pillen. ¿Cómo has podido ser tan guarra?

—Puede que os estéis confundiendo. Nancy está casada y dudo mucho que le ponga los cuernos a su marido. —Carlota intentó poner un poco de paz.

—Estamos enamorados —confesó la traidora.

—Vale, no he dicho nada —susurró Carlota.

Sus palabras fueron como puñales atravesando mi corazón. Os prometo que era una mujer moderna, liberal y flexible, pero cuando te tocan a tu hijo las buenas intenciones se van a la mierda. ¿Estaban enamorados?

—Te lleva veintidós putos años —me apoyó Tania al ver mi cara de asombro.

—Lo siento, no fue mi intención —Nancy se encogió de hombros—. La tarde que nos invitaste a merendar por el éxito de tu libro y Miguel te acompañó, saltaron chispas. Después, él me siguió

en Facebook y me escribió algunos mensajes tontos e inocentes. Al principio fue divertido. Me gustó sentirme deseada por alguien tan apuesto y joven, pero jamás pensé que iría a más. Tú eres mi amiga y él es tu hijo. Hasta hace una semana que coincidimos en un bar y...

—Te pasaste nuestra amistad por el arco del triunfo —acabé su frase.

—¡Caray! De lo que se entera una... Y pensar que casi no quiero jugar a este jueguecito tan interesante —añadió Diana con picardía.

Todas miraron expectantes, esperando mi respuesta, mis gritos y que la humillara por lo rastrera que había sido. Tania me cogió de la mano para intentar rebajar la tensión. Suspiré y me senté.

—Chicas, ¿podéis dejarnos a solas? Quiero hablar con Nancy en privado.

—¿En serio? —protestó Diana—. ¿Nos vais a dejar a medias?

Ignoré sus preguntas. A los pocos segundos, se levantaron de sus sillas y nos dejaron la intimidad que necesitábamos para abordar un asunto tan delicado.

—¿En qué cojones estabas pensando? —quise saber.

—No estaba pensando en nada, Tina. Pasó sin más —se defendió, gesticulando en exceso con las manos.

—Vamos, no me jodas. Tenías todo muy bien atado; compraste otra tarjeta y te pusiste un nombre falso...

—Fui improvisando sobre la marcha. Se me fue de las manos. Después de acostarnos la primera vez, no sabía qué hacer. Si te lo contaba corría el riesgo de perderte y poner en peligro mi matrimonio... Y, por otro lado, Miguel el es hombre más bueno y generoso que he conocido en mi vida, es lo mejor que me ha pasado nunca.

Quise abofetearla. Ya sabía que mi hijo era bueno y generoso, pero era ¡mi hijo! Hay un código entre amigas que veta ese tipo de comportamientos perturbados. Debería considerarse incesto o algo por el estilo.

—Corta con él y olvídale —le ordené.

—¿Perdona? —frunció el ceño.

—Lo que has oído. Si me tienes un mínimo de respeto, déjalo en paz.

Problema resuelto. Nancy me haría caso, estaríamos dos o tres años sin hablarnos, la perdonaría con el tiempo y jamás volvería a acercarse a Miguel. Pero no fue así, ella decidió revelarse.

—Soy muy mayorcita para que me digas lo que tengo que hacer —me retó seria.

—Y también para salir con mi hijo —vacilé, apretando los puños.

—Te repito, una vez más, que Miguel y yo nos hemos enamorado. Ha sido algo natural.

—Estoy empezando a pensar que realmente te crees una adolescente, ¡actúas como tal! ¿Cómo vas a enamorarte de él si os habéis acostado un par de veces? Deja de jugar y pervertirlo. —Mi pulso se aceleró.

Nancy adoptó una mueca chulesca y frunció el ceño. Puso su bolso sobre la mesa y buscó en su interior. ¿Qué estaba haciendo? Sentía que estaba conversando con una quinceañera en lugar de con una mujer adulta. Sacó su teléfono móvil, lo puso en medio de nosotras y llamó a Miguel. Pulsó el botón para activar el altavoz. La miré con asombro sin entender qué se traía entre manos. Sonó tres veces antes de que descolgara mi hijo.

—Hola, «Julia». ¿Me echas en falta? —dijo con un tono de voz sugerente—. Estoy un poco liado, voy a ver una peli.

—Puedes llamarme por mi nombre real. Tu madre nos ha descubierto y estoy a su lado con el

altavoz activado. Te está escuchando.

Casi me mareo. No podía dar crédito al alocado comportamiento de aquella perturbada. ¿Se estaba quedando conmigo? Me pareció que era otra persona distinta a la mujer que yo había conocido durante todos estos años. Era más atrevida, descarada y firme.

—¡Mamá! ¿Qué tal? Vaya... Esto... —se quedó callado durante unos segundos. Solo se escuchó un incómodo silencio—. ¿Te has enfadado?

—Rompe con esta absurda relación —dije tajante—. Eres un crío y ella demasiado mayor para ti. ¿Cómo has podido ser tan inconsciente? Está casada...

—Por eso no te lo conté. Sabía que no lo entenderías —me reprochó—. Yo siempre te he apoyado y he sido comprensivo contigo. Jamás he dudado de ti, incluso cuando dejaste a papá. Ahora, ¿te enteras de mi historia de amor con Nancy y me pides que la rompa sin saber qué es lo que siento? Eso es muy injusto.

Mis ojos se volvieron vidriosos y derramé un par de lágrimas. No quería mostrarme vulnerable delante de mi nueva enemiga, pero lo que dijo Miguel me llegó al corazón. Lo destrozó.

—No sabes lo qué estás diciendo. Eres muy joven para darte cuenta de tu gran error —intenté argumentar.

—Mamá, siempre me dices que soy muy maduro para mi edad. Confía en mí.

—¡Dile lo mucho que nos queremos, cariño! —exclamó ella.

—¡Cállate, por favor, Nancy! —Di un golpe sobre la mesa—. O te juro que te saco de los pelos de aquí.

—Como me deje por tu culpa me marcho con papá —me amenazó Miguel—. Os tengo que dejar. Entro al cine con mis amigos, ¿o prefieres que vaya para allá?

—No hace falta —suspiré rota—. Nosotras nos arreglamos solas.

—Hasta luego, corazón —se despidió la muy repelente.

—Te quiero, «Julia». Perdón, Nancy... ¡ha sido la costumbre! —rio con la gracia y la soltura que tienen los adolescentes para pasar del drama a la comedia—. Te quiero, mamá.

Nancy colgó, guardó el teléfono en su bolso y me miró esperando mi aprobación. Era más lista de lo que aparentaba y sabía jugar con maestría sus cartas. Puse mi móvil en medio de las dos, como había hecho ella. Busqué en mi lista de contactos, llamé a la persona que buscaba y activé el altavoz. Me tocaba mover ficha.

—¿Qué haces? —me miró confundida.

—Sabemos lo que piensa mi hijo. Creo que sería interesante conocer la opinión de tu marido —sonreí al igual que la villana de un cuento.

Palideció en un segundo. Intentó coger mi teléfono, pero fui más rápida y lo alcancé antes que ella. Sonó el primer tono de llamada.

—No serás capaz... —susurró.

Descolgó. Volvió a reinar el silencio.

—¿Diga? ¿Valentina? —respondió su señor esposo.

—Hola, Germán. ¿Cómo estás? —saludé con picardía.

—Bien. ¡Felicidades! ¿Qué tal está yendo la cena de celebración?

—¡Uy! No te puedes imaginar la de sorpresas que me están dando estas chicas... —jugué malintencionada. Clavé mis ojos sobre los de Nancy.

—Espero que sean buenas... —bromeó, ignorante de su preciosa cornamenta.

—Hay de todo, Germán. ¿Quieres que te cuente una?

—Claro, me apetece reírme un poco...

Nancy juntó las palmas de sus manos, me miró con tristeza e imploró que no le dijera nada. Se lo merecía, claro que se lo merecía. Había jugado con mis sentimientos, con los de mi hijo y con los de su marido. Aún así, solté un suspiro y calmé mi sed de venganza. Le di la libertad a ella de hacer lo que considerara más oportuno.

—Te paso a tu mujer, que ella lo relata mejor.

Le dejé el móvil a Nancy. Tragó saliva y cambió su desesperado tono de voz de hacía unos segundos, por uno más sereno.

—¡Amor! Esta noche está siendo muy movidita —soltó una risa nerviosa—. Resulta que Carlota ha llegado borracha a la cena y está montado cada una... ¡Ya te lo contaré cuando llegue a casa! Sí, sí... yo también a ti. Un beso.

Fue incapaz de decirle nada. ¿Ese era el amor sincero que sentía hacía mi hijo? ¡Humo! ¡Vendía humo! Promesas que no iba a cumplir. Solo pretendía saciar sus instintos sexuales con un jovencito y después destrozar sus ilusiones al no continuar con la platónica historia de amor. Jamás rompería su matrimonio. No podía permitirse dar ese paso o rompería su codiciado estatus social. ¿Qué pensarían de ella sus familiares, amigas y vecinas si lo hacía? Me devolvió el teléfono. Apoyé la mano sobre mi frente y resoplé.

—Eres una cerda... No le dices la verdad a Germán y seguro que a mi hijo le prometes que vas a dejar a tu marido para fugarte con él.

—No es tan fácil, Tina —sollozó.

—No me vengas con gilipolleces.

—Tú deberías comprenderlo mejor que nadie.

Levanté la cabeza y la miré atónita. No podía creer de lo que iba a acusarme, aún así pregunté con los ojos entrecerrados.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que no eres un buen ejemplo de fidelidad conyugal —soltó a quemarropa.

—¡Vete a la mierda! —espeté—. ¿Tú me vas a venir con lecciones de moralidad?

No iba a consentir tal osadía por su parte, ni por la de nadie. Ya pagué con intereses mi desliz para que me viniera ahora con su ridícula acusación. Mi exmarido me torturó psicológicamente durante años con el pretexto de haberle sido infiel y me prometí que nadie volvería a utilizar aquel argumento para someterme. Me levanté decidida de abandonar aquella descabellada conversación, pero Nancy me cogió de la mano.

—Tienes razón. Perdona. He sido una maleducada. Siéntate, por favor —pidió con dulzura—. Estoy muy nerviosa.

Le hice caso y regresé a mi asiento.

—Déjalo. Pasa de él...—insistí.

—Eso no va a suceder. Voy a separarme de Germán, no soy feliz a su lado. Ignoras muchas cosas... —Se pasó la mano por su cabellera negra y suspiró—. Necesito tiempo para hacerlo bien y que no salga nadie perjudicado.

—Creo que ya es tarde para eso... —susurré, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que te parece tan terrible? Explícamelo. Y, si tan dolida estabas al enterarte, ¿por qué no me llamaste desde el teléfono de tu hijo para averiguar quién era su amante en vez de montar este show?

—Porque me daba pánico que respondierais una de vosotras al descolgar, ¿puedes comprender eso? Sois mis mejores amigas y pensé que, al hacerlo de este modo, ganaría fuerza y seguridad.

De nada ha servido, porque descubrir que tú eres la mujer con la que se acuesta me ha destrozado, montara el show o no. —Mis ojos se humedecieron de nuevo—. Ahora que sé la verdad, no puedo ni mirarte a la cara.

—Cuando te demuestre lo mucho que quiero a tu hijo, cambiarás de opinión —dijo la testaruda, sonriendo.

Se negaba a ceder ni un milímetro. Estaba decidida a seguir con Miguel y no daba un paso atrás. Cambié de estrategia a la desesperada.

—¡Me follaré a uno de tus hijos! ¡No! ¡A los dos! —improvisé furiosa.

—No me hagas reír. A ti te van más mayores —hizo un ademán con la mano y soltó una carcajada—. Aunque si te enamoraras de uno de ellos, yo no sería quién se opusiera a vuestro romance.

—Eso es algo que nos diferencia. —Me puse en pie. Antes de marcharme, la miré con desdén—. Da por finalizada nuestra amistad.

—Tina, ya sé que no somos amigas... Ahora, vas a ser mi suegra.

Cogí una de las copas y le arrojé el vino que portaba en su cara de pija presuntuosa. Caminé sin rumbo, intentado alejarme de aquella arpía que me estaba chuleando sin medida. Necesitaba gritar, chillar y cagarme en la madre que la parió. Nancy se estaba tirando a mi hijo y, no contenta con eso, se permitía el lujo de reírse de mí. De repente, me di de bruces con Tania. Me cogió por los hombros y sonrió.

—¿Cómo ha ido? —se interesó.

—Esa zorra atrevida solo piensa en sí misma. ¡Qué sorpresa! La muy guarra afirma que va a dejar a su marido para mantener un romance con Miguel. Lo ha llamado por teléfono para ponerlo en mi contra. Te juro que me entran unas ganas inmensas de estrangularla y...

—¡Calma, Valen! Estás muy nerviosa y sueltas muchas gilipolleces juntas —intentó tranquilizarme.

—Lo sé, pero la situación me supera...

—Vamos al baño, te lavas la cara y te tranquilizas un poco, ¿ok?

Asentí con la cabeza y los ojos llorosos. Fui despotricando de la traidora hasta llegar a la puerta del aseo de mujeres. Empujamos, pero estaba cerrada. Nos sorprendimos porque no había ningún cartel que avisara que estaba averiado o de limpieza. Llamamos sin obtener respuesta alguna. Le dije a Tania que necesitaba salir a la calle para tomar un poco el aire. Ella me acompañó hasta la barra del bar y se pidió un chupito de orujo. «Me tomo uno o dos y ahora voy contigo» dijo risueña. Sonreí y le pedí que me sacara uno de extranjis. Yo me adelanté, la dejé hablando con uno de los camareros. Abrí la puerta del restaurante, caminé con paso firme hasta el medio de la calle y solté un grito de rabia tan potente, que el rugido de un *Tyrannosaurus rex* a mi lado sonaba como el maullido de un gatito. Respiré aliviada durante unos segundos. Liberar toda aquella frustración me había sentido estupendamente, hasta que...

—¿Estás bien? —dijo una voz masculina que me resultaba muy familiar.

¡Mierda! No podía creérmelo. Él había sido el único testigo de mi espectacular berrido de loca suprema. ¡ÉL! Me di la vuelta poco a poco y saludé a Hugo, mi atractivo fisgón, que estaba apoyado en la pared del local. ¡Mi reputación se fue a tomar por el culo!

LO DICES POR COMPASIÓN

Me rasqué la cabeza nerviosa. Si en algún momento me había sentido sexi, deseada o admirada por aquel apuesto caballero, después de mi escenita en medio de la calle, pude intuir que iba a dejar de resultarle atractiva o interesante. Él estaba impresionante con su vaquero ajustado y una camisa de manga corta ceñida a su apetecible cuerpo. Volvieron a intimidarme sus preciosos ojos azules, que casi me dejan sin habla.

—Sí, estoy bien. —Tenía que justificar mi extraño comportamiento o pensaría que estaba para que me encerraran—. No soy de esas que van gritando por todos los lados... Seguro que crees que me falta un tornillo, ¿verdad?

—Yo no he dicho tal cosa. —Levantó las manos, declarándose inocente.

Me puse a su lado, apoyándome en la pared y suspiré.

—Esta noche he descubierto que una de mis mejores amigas se acuesta con mi hijo —lo miré y puse una mueca de asco.

¿Por qué le conté algo tan íntimo y doloroso si no lo conocía? A veces, es más sencillo desahogarse con un extraño que con alguien de confianza. ¿Será porque nos importa menos que nos juzgue? Aunque, si era sincera, aquel tipo no me resultaba un desconocido. Había algo en él que me resultaba familiar.

—Dime qué es mayor de edad —soltó.

—¿Acaso importa? —pregunté abatida, mirando al cielo.

—Mucho...

—Sí, es mayor de edad. Pero me duele igual.

—Comprendo tu reacción y el grito que has dado. —Me miró con dulzura—. Nunca me he visto en esa tesitura, pero supongo que lo sentirás como una traición por parte de tu amiga.

El corazón me latió con fuerza. Me encantó que se pusiera en mi lugar y que fuera gentil con su comentario. Su aroma era intenso y con un toque a vainilla, me recordó a *Sauvage de Dior*. De ser así, llevaba muchos puntos para proponerle pasar un buen rato en cuanto terminara mi cena de amigas. Adoraba aquel perfume. Inspiré para embriagarme con su olor masculino y sensual. ¡Veis cómo estaba falta de cariño!

—Exacto —coincidí con él—. Es una zorra...

—¿Tú hijo es feliz con ella?

Aquella preguntita crispó mi buena sintonía.

—¿Eres terapeuta? —cuestioné molesta.

—No, pero tampoco hay que serlo para preocuparse por el bienestar de los demás, ¿no crees? —Sonrió con picardía y casi me da algo. ¡Qué guapo era! Sacudí la cabeza. No debía dejarme engatusar por su belleza masculina.

—No lo sé. Lo que sí que puedo asegurar es que mi amiga está casada y se lleva más de veinte años con mi hijo. ¿Es imposible que sean felices con tantas pegas? —rebatí más tranquila de lo que esperaba.

Él se incorporó hacia mí y soltó una carcajada. Sus ojos seguían sobre los míos y comenzaba a faltarme el oxígeno con tanta tensión en el ambiente.

—Te prometo que entiendo que te desagrade el romance entre ellos. —Levantó la mano como

si jurara ante la constitución—. Pero, creo que hay algo más.

—¿Algo más? —Fruncí el ceño. ¡Joder! Había dado en el blanco.

—Sí, algo que te molesta más que estén juntos y se acuesten a escondidas —murmuró.

—Eres muy osado para asegurar eso sin apenas conocerme. —Miré fugazmente sus labios y aparté la vista para no quedar atrapada en ellos. Di unos pasos y me separé de él—. No sé a qué te refieres...

—Yo creo que sí —afirmó sin titubear.

Resoplé. Apoyé mi mano sobre la nuca y lo miré a los ojos. ¿Lo confesaba? Quizás así cesara el malestar que sentía desde hacía días. Tenía que reconocerlo en voz alta por muy patético que sonara. Me encogí de hombros.

—Está bien. Su idilio me hace sentir mayor. ¡Ya lo he dicho! —Me abrí de brazos. Todo era muy surrealista. Yo, en medio de la calle, argumentando a un guapísimo extraño lo vieja que me sentía porque mi amiga de cuarenta años se había liado con mi hijo de dieciocho... solo faltaba que se pusiese a llover. Afortunadamente, eso no pasó—. Mi amiga y yo tenemos la misma edad y está liada con un jovencuelo qué, para colmo, es mi hijo. Me ha dolido su traición, pero me jode sobremanera que yo esté sin pareja y ella, dichosamente casada, guste a los adolescentes. No es que tenga envidia... o quizás sí... No me malinterpretes, no me gustan los críos, pero sí sentirme deseada... Y si no me interrumpes voy a seguir diciendo disparates hasta el infinito y más allá...

Hugo se acercó a mí y me cogió por los brazos. Volvió a reír. ¡Perfecto! Mi desesperación le resultaba divertida.

—A mí me resultas muy atractiva —dijo tan cerca que pude sentir su aliento.

—Sí, claro... lo que menos necesito ahora es compasión —me defendí incrédula.

Él deslizó sus manos hacia mi cara, rozó mis labios con el pulgar de su mano derecha y me besó con ganas. Sentí mariposas, fuegos artificiales y la puta fiesta de *Eurovision* en el interior de mi estómago. Fue algo tan inesperado como maravilloso. Se separó y sonrió.

—Espero que no te haya parecido precipitado —susurró.

«¿Precipitado?» pensé. Lo empujé contra la pared. Él soltó un pequeño gemido, que dudé si fue placentero o de dolor al sentir el golpe. Le devolví el beso. Bajó sus traviesas manos hasta mi culo y me apretó a su cuerpo. Hacía tanto tiempo que un hombre no me sorprendía rebosante de pasión, que casi caigo rendida al suelo. Me temblaban las piernas, el corazón latía desbocado y la sensación de morbo era casi inaguantable. Acarició mi cuello con sus manos y me estremecí. Teníamos que pisar el pedal del freno o la cosa llegaría a más, pero me era imposible parar.

—Tus amigas te van a echar en falta —dijo en voz baja.

—Creo que, después de la que he montado, tienen entretenimiento para rato... —bromeé.

Tomamos un poco de distancia entre nosotros, la justa para no obedecer a nuestros instintos más básicos.

—Eres preciosa —soltó como si fuera algo que estaba acostumbrada a escuchar. Me acarició la cara—. Celebro que haya salido a la calle para hablar por teléfono y así encontrarte a los pocos minutos.

—¿Te apetecería tomar algo un poco más tarde? —me atreví a proponerle.

—Claro, me encantaría —aseguró sonriendo—. Pero antes me gustaría confesarte algo...

Un grito procedente del interior del restaurante nos sobresaltó. Escuchamos alboroto, bullicio... como si pasara algo fuera de lo común. Nos miramos extrañados y avanzamos hasta la puerta. Entonces, Tania salió horrorizada y me miró pálida.

—La han matado —dijo presa del pánico—. Joder, está muerta.

TODOS SON SOSPECHOSOS

Al acceder al interior del local, me pareció que todo iba a cámara lenta. ¿Quién había muerto? ¿Dónde? En el restaurante no vi sangre, ni ningún cadáver. La gente murmuraba, comentaban entre ellos y se preguntaban qué había pasado. Estaba tan nerviosa que apenas podía concentrarme. Tania me llevaba de la mano sin saber cuál era nuestro destino y Hugo nos seguía. Me detuve en seco. Mi amiga me miró confusa.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté angustiada—. Me va a dar un infarto.

—Nancy ha ido al baño de señoras y se ha encontrado... la han asesinado...—comenzó a llorar sin poder terminar su frase.

La solté y corrí hasta el aseo de mujeres. No podía creer lo que estaba relatando Tania. ¿Habían asesinado a una de nuestras amigas? ¿Eso estaba intentando decir? Un torrente de adrenalina me armó del valor suficiente para continuar corriendo hasta llegar a la supuesta escena del crimen. Intuí que mi nuevo amante iba detrás. Al llegar, encontré a Nancy llorando en el suelo del pasillo que daba acceso al servicio de mujeres. Me agaché para ponerme a su altura y apoyé mi mano en su hombro.

—Cariño, ¿estás bien? —Olvidé el rencor y el odio al verla tan asustada—. ¿Qué ha pasado?

Levantó la cabeza y me miró con sus ojos cristalinos. Parecía que hubiese visto un fantasma. Tenía la cara desencajada.

—He ido a hacer pis y cuando he abierto la puerta... Había sangre por todos los lados y ella estaba en el suelo con un cristal clavado en el cuello —rompió a llorar—. No sabía qué hacer y he comenzado a gritar.

—¿Quién? ¿Quién estaba en el suelo? —pregunté, descorazonada—. No me digas que es Diana o Carlota...

Nancy negó con la cabeza. ¿Qué quiso insinuar con ese gesto? Alcé la vista y no vi al resto de mis amigas. ¡No! Joder. Me levanté y me hice paso entre dos trabajadores del restaurante que se asomaban por la puerta del baño de señoras. Aunque Nancy me había avisado de lo que iba a encontrarme, fue mucho más fuerte de lo que imaginaba. Así que me ahorraré los detalles más escabrosos. Jimena estaba tendida sobre el suelo con un corte en la frente y un cristal atravesado en su cuello, que seguramente fue la herida mortal. Uno de los espejos estaba roto y todo apuntaba que alguien la golpeó causándole la brecha de la frente y después remató la faena. Me costó unos segundos asimilar aquella grotesca imagen. Grité horrorizada. Hugo me cogió por la espalda y me sacó de allí. Justo antes de salir, nos topamos con Diana. Se asomó por encima de nosotros y contempló la dantesca escena. Palideció, abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

—¡Joder! ¿Qué cojones ha pasado? ¿Esa es Jimena? —Le temblaba el cuerpo entero—. ¿Qué hace en el suelo? ¿Está...? ¿Está muerta?

—No sé qué ha pasado... —respondí en shock—. Nancy se la ha encontrado sin vida.

Llegaron Carlota y Tania. Incredulas, sin dar crédito a lo sucedido.

—Quizás, haya sido un accidente, ¿no? —preguntó Carlota asustada—. Tal vez, se resbaló, se dio contra el espejo y se clavó el cristal.

—No digas tonterías, eso no ha sido un accidente. ¿La has visto? Alguien la ha asesinado —

aseguró Diana aterrorizada.

—Tiene razón. Es un crimen —señaló Hugo—. ¿Cuándo es la última vez que la habéis visto con vida?

—Hace diez minutos más o menos. Cuando se han levantado todas de la mesa para que Tina y yo pudiéramos hablar a solas —dijo Nancy al ponerse en pie.

—Supongo que eso ha sido antes de encontrarnos tú y yo en la calle. —Me señaló Hugo—. Y después, hemos estado todo el rato afuera y no hemos visto salir a nadie —reflexionó.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté.

—Que el asesino aún sigue aquí... Hay que bloquear la salida. No puede salir nadie.

Sin decir nada más, corrió hasta toparse con Ramiro, el metre del local, y le susurró algo al oído. Él se sorprendió, asintió intrigado, fue a buscar un juego de llaves y con disimulo cerró la puerta del restaurante. Hugo se colocó en medio de la sala y llamó la atención de los comensales con un estrepitoso silbido que salió de su boca. La gente dejó lo que estaba haciendo y clavaron los ojos en él. Sabía que no era el mejor momento para pensar en eso, pero me encantó su arrojo y valentía.

—¿Hay algún médico y policía en la sala? —preguntó en voz alta.

Una chica alta y de unos treinta años se levantó de su silla. Estaba cenando con tres personas más. Dio unos pasos y se acercó hasta Hugo.

—Yo soy agente de policía, ¿hay algún problema? —quiso saber.

—Sí, agente. Una mujer se ha desmayado en el servicio de señoras y se ha golpeado contra el suelo, provocándose una herida escandalosa —mintió.

—Soy médico jubilado. —Un hombre mayor cogió a Hugo por el hombro—. Puedo ayudar a contener la hemorragia.

—Perfecto. ¿Nos lleva al lugar de incidente? —propuso la agente.

El ambiente se relajó cuando se descubrió qué era lo que había pasado. Los murmullos continuaban, pero ya no eran tan alarmistas como los anteriores. Comentaban y reían aliviados, creyendo que todo había sido un simple accidente e ignorando la gravedad del asunto. Yo era incapaz de dejar de pensar en quién había podido hacer algo tan horrible a Jimena. La cabeza me iba a estallar. Por un momento, planteé la posibilidad de que la responsable de tal acto fuese una de mis amigas. Al instante, deseché aquella descabellada idea. Aunque, hasta hacía un par de días nunca imaginé que una de ellas fuese tan vil de acostarse con mi hijo y así ocurrió. ¿Las conocía tan bien como suponía? «No. Eso es imposible. Podrán tener muchos defectos, pero ninguna de ellas es una asesina» me reprendí y quise creer con todas mis fuerzas. Las observé asustadas, preocupadas, hablando sobre lo surrealista que era todo. Sentí compasión por ellas, me resultaron frágiles e indefensas al contemplarlas tan preocupadas. Al igual que yo, que estaba muerta de miedo y sin saber qué iba a pasar. Hugo llegó acompañado de la agente y del médico. Él les pidió que fueran discretos y les informó de lo que realmente había pasado. La psicóloga no había sufrido un desmayo, sino que había sido asesinada. Entraron al lugar del crimen. Nosotras escuchamos su conversación desde afuera.

—¡Me cago en la puta! ¿Qué ha pasado aquí? —espetó el médico—. Esto es horrible.

—¿Por qué no me ha contado antes la verdad? —protestó la agente.

—Es muy probable que el responsable del asesinato siga en el restaurante. Le he pedido al metre que cierre la puerta con llave para que no salga nadie y así evitamos que escape —argumentó Hugo—. Si llego a decir en la sala lo que ha sucedido, la gente hubiese salido despavorida y con ellos el culpable. He pensado que sería oportuno ocultar el crimen hasta que

lleguen refuerzos y puedan interrogar a todo el mundo.

—Un plan muy astuto —dijo ella—. Le felicito, caballero. ¿Es usted policía?

—No, pero tengo buenos amigos dentro del cuerpo y suelo colaborar con ellos —reveló.

Me dio un vuelco al corazón cuando escuché su respuesta. Tania me miró sorprendida y arqueó una ceja. ¿Colaboraba con ellos? ¿Quién era aquel tipo? No sabía nada de él y ya le había besado y metido mano. Su halo de misterio era extremadamente morboso, incluso en aquellas dramáticas circunstancias. Me encogí de hombros, respondiendo a mi amiga que yo ignoraba aquella información.

—Llevamos ventaja gracias a su afortunada reacción —celebró la agente—. Haremos lo siguiente, ¿cómo se llama usted? —se dirigió al médico.

—Antonio —respondió escueto.

—Perfecto, Antonio. No hace falta que le tome el pulso a la víctima ni que asegure que está muerta, eso es algo evidente. Tendrá que actuar como si hubiese atendido a una mujer que se ha desmayado y se ha hecho un corte en la frente, ¿cree que podrá hacerlo?

Él asintió con seguridad. Salieron del baño y nos reunieron en el pasillo a nosotras cinco y a los dos trabajadores del restaurante que habían sido testigos de la escena.

—Soy Carmen —se presentó la agente en voz baja—. Voy a llamar a comisaría para pedir a mis compañeros que vengan lo antes posible y resuelvan todo este follón. Mientras tanto, aquí no ha pasado nada. Vamos a actuar con normalidad, ¿ok?

—Eso va a ser imposible, ¿cómo vamos a comportarnos como si no hubiésemos visto...? —No fui capaz de terminar la pregunta—. Conocíamos a Jimena, estaba cenando con nosotras...

Hugo me cogió de la mano para mostrarme su apoyo. Me sentí reconfortada, pero no alivió el dolor.

—Solo tenéis que disimular durante el tiempo que tardan en llegar mis compañeros para que la gente no se altere y la situación no nos desborde. Si queremos coger al hijo de puta que ha hecho esto tenemos que ser más astutos que él y no dejar que escape —insistió.

—¿Cómo se supone que debemos actuar? —Tania se cruzó de brazos.

—Con normalidad. Cenando tranquilamente. No os pido que montéis una fiesta, ¿ok? —Carmen aclaró sonriendo.

¡FIESTA!

Para no pretender montar ningún sarao, lo que sucedió pasados unos minutos fue bastante festivo. Aún no habíamos asimilado el brutal asesinato de Jimena y estábamos sentadas a la mesa, delante de una gigantesca tarta de cumpleaños con dos velas que indicaban mi edad. Por si eso fuera poco, un coro de camareros me cantaba el dichoso *Cumpleaños feliz* acompañados de mis amigas y del resto de los comensales del restaurante. Yo fingí alegrarme y soplé las putas velas, deseando que todo lo que había pasado aquella noche fuese una puñetera broma de mal gusto. Después de aquella magistral interpretación, podían darme un *Oscar* a mejor actriz. Comprendía la jugada de Hugo y Carmen, sabía que lo más sensato era no asustar al resto de personas para atrapar al asesino cuando llegara la policía, pero era tan doloroso tener que disimular nuestro estado de ánimo que derramé unas cuantas lágrimas sin querer. La gente seguramente pensó que estaba emocionada. Después del numerito con la repelente cancioncita, cada uno volvió a lo suyo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté intranquila a mis amigas—. Esto me supera.

—Esperar y obedecer a la agente —sentenció Diana—. Así que repartes una porción de tarta y hacemos el paripé hasta que podamos decir la verdad. Además, si estamos todas juntas no nos pasará nada.

—¡Joder! ¿Creéis que el asesino se va a cargar a más gente? —Carlota formuló otra cuestión que nadie se había planteado.

—Chicas, no nos dejemos llevar por el miedo —susurró Tania—. Diana lleva razón, si seguimos unidas estaremos seguras.

—No dejo de pensar en quién ha podido hacer algo tan horrible a Jimena... —insistí.

—Tal vez, estuviera metida en algún asunto chungo... tipo tráfico de personas o algo así... —divagó Nancy.

La miré incrédula y me tentó tirarle de nuevo el vino de mi copa.

—No digas ridiculeces —la interrumpió Diana—. Lo mejor será no sacar conclusiones precipitadas hasta que llegue la policía.

—Tina, ¿qué va a pasar? Tú eres experta en contar historias de terror y esto acojona un huevo —soltó Carlota sin pensar.

—¡Es verdad! —la apoyó Nancy—. ¿Qué sucedería si tú escribieras la historia?

—¿Habéis perdido la cabeza? —Se me hacía imposible jugar con algo tan serio—. Esto no es un juego.

—Creo que podrías ilustrarnos con las reglas del género de misterio para darnos alguna pista de lo que debemos hacer o no —opinó Tania—. Cariño, han matado a una mujer que estaba cenando con nosotras y toda ayuda es poca para salir de aquí con vida.

Solté un suspiro, cerré los ojos y cedí a sus peticiones.

—Primera regla, siempre muere la que se separa del grupo. Así que todas juntas. Olvidaos de decir «Voy al baño, ahora vuelvo». Porque nunca volverás.

—Que es lo que le ha pasado a la psicóloga —apuntó Carlota con cierto mal gusto.

—Eso ya lo he dicho yo. Nadie se va sola —señaló Diana con aires de suficiencia.

—Segunda regla. Son especialmente sospechosos los personajes que aparecen nuevos en cada historia...

—¿Podrías ser más concisa? —pidió Carlota.

—Sí. Me refiero a la joven camarera y a su compañero. Parecen muy inocentes y después pueden ser los más sádicos. La agente de policía es una sospechosa ideal. Nadie pensaría en ella como la asesina, pero ¿alguien se ha molestado en averiguar si es realmente policía o una perturbada homicida? —Me metí demasiado en el papel de escritora de suspense.

—¡Joder! Lo que faltaba... —Diana se llevó la mano a la boca.

—Tu atractivo galán es un nuevo personaje —señaló Nancy.

Dirigí mi mirada hacia su mesa y lo observé hablando por teléfono. Contuve un suspiro al aceptar que él también podía ser el culpable. No lo conocía de nada, su acercamiento había sido casual pero muy oportuno... y su estratagema de blindar el restaurante le daba más tiempo para trazar un plan de huida y desviar la atención hacia otro lado.

—No lo vamos a descartar —apunté—. Y, otra regla de oro es que nunca, bajo ningún concepto, tengáis sexo. A la que folla, se la cargan. El orgasmo es igual a muerte segura.

—¡Vaya, qué pena! ¡A la mierda con la idea de montar una orgía con toda la gente que hay en el restaurante! —bromeó Tania.

Estallamos en risas. Quizás, no lo hicimos por la comicidad de su comentario y tenía que ver más con nuestra imperiosa necesidad de soltar los nervios para que no nos dominaran. Entonces, escuchamos alboroto cerca de nosotras. Alguien gritaba con soltura y alzaba la voz entre insultos y reproches. Nuestra sorpresa fue mayúscula al descubrir que la causante de semejante tumulto era Nadia, la camarera y candidata número uno como sospechosa de asesinato en primer grado. Increpaba a Dafne, la chica que había saludado con picardía a Tania al comienzo de la noche, y a sus amigas. Hasta que ella, harta de soportar los berridos de la empleada, se puso en pie y se defendió. Richi, el tercero en discordia, llegó apurado e intentó mediar entre ambas féminas sin conseguir ningún resultado positivo. Las dos seguían en un bucle de palabras mal sonantes y amenazas. Se habían declarado la guerra y todas ignorábamos el motivo, aunque podía intuirse. Entonces, Dafne le propinó una bofetada a Nadia en la cara que la dejó inmóvil. Ella se tocó la mejilla dolorida y miró alrededor, como si buscara algo. Nos vio, levantó el entrecejo y dirigió sus pasos hacia donde estábamos. Aterrizó a nuestro lado como un cohete a punto de estallar. Apoyó sus manos sobre la mesa y soltó un grito de impotencia. Jadeaba y sudaba. No tenía nada que ver con la chica angelical que nos había atendido antes.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Diana.

—Esa zorra está ligando con Richi y le ha dado su número de teléfono —dijo fuera de sí—. ¡Se lo está intentando ligar delante de mi cara!

—Que, por cierto, acaba de abofetear... —apuntó Carlota con sorna. No tuvo otra cosa mejor que hacer que añadir más leña al fuego.

—¡Esto no va a quedar así! —gruñó con rabia.

Dio dos puñetazos a la mesa mientras gritaba «¡la mato. ¡Os juro que la mato!»». Levantó la vista y la clavó en mi tarta de cumpleaños. Con la agilidad de un guepardo, la raptó antes de siquiera pasar el dedo para probar su sabor. Corrió hasta la mesa de Dafne y se la estampó en la cara. ¡Qué soltura tuvo la tía! Ni los payasos del circo eran tan raudos. Nos quedamos alucinadas.

—¡Esto es lo único que te vas a comer, guarra! Qué te aproveche —exclamó mientras se la llevaba otro compañero a la cocina.

El público enmudeció, digo «público» porque ya no éramos solo simples comensales en un restaurante sino testigos de un show sin precedentes en la hostelería. Richi se quedó con las clientas y les pidió disculpas por el impropio comportamiento de Nadia.

—La cena corre a cargo nuestra. Además, ahora mismo, os vamos a invitar a unas copas de nuestro mejor champán para intentar olvidar este terrible malentendido —aseguró.

Dafne se limpió el rostro de nata y bizcocho con una servilleta. Agarró al camarero del brazo.

—¿Malentendido? Aquí no hay ningún mal entendido —aseguró cabreada— La desquiciada y celosa de tu compañera se ha vuelto loca porque he hablado contigo. ¡Eso es lo que ha pasado! Así que ahórrate las disculpas y, además de invitarnos a la cena, ya estás tardando en traernos ese champán. Después, decidiré si pongo una denuncia por agresión.

Richi desapareció en busca de la carísima bebida con la que obsequiar a las tres chavalas para compensarlas por el desafortunado incidente. Me desagradó el agresivo comportamiento de la camarera y reforzó la idea de que ella fuera la responsable de la muerte de Jimena.

—Se le ha ido la pinza a esa chica —comentó Nancy, sin dejar de observar la escena.

—Los celos son muy peligrosos —añadió Carlota.

—La otra tampoco es tan inocente como aparenta... —dijo Tania, frunciendo el ceño—. Seguro que la ha provocado primero.

—Eso no podemos saberlo —Nancy se encogió de hombros—. No tienes en qué basarte.

—Claro que sí. Tania la conoce. Antes, se han saludado en la calle... La del *tartazo* se llama Dafne, ¿verdad? —desembuché sin pensar.

—¿Os conocéis? —se sorprendió Diana.

—Lo justo para saber que no es buena persona —respondió Tania sin apartar la vista de Dafne.

—¡Madre mía! Lo que está sucediendo esta noche es digno de una película de terror mezclada con un film de Almodóvar —ironizó Diana, sacudiendo la cabeza—. Nancy toma nota para escribir tu novela y salir de tu bloqueo.

—¡Joder! Pues si esto fuera una peli de miedo, yo sería la siguiente en morir —aseguró Carlota.

—¿Tú? ¿Por qué? —pregunté perpleja ante semejante afirmación.

—Soy lesbiana, guapa, un poco golfa, graciosa y, además, voy algo borracha...—Enumeró con los dedos de la mano—. ¡Tengo todas las papeletas para que se me carguen!

Solté una carcajada espontánea. Su argumento era válido para la ficción, pero en la vida real sonaba ridículo.

—Perdona, bonita. La siguiente sería yo —Diana continuó con las divagaciones absurdas—. Soy la borde del grupo y las mujeres como yo somos un gran reclamo para el cuchillo del asesino. Solo sobreviven si cambian de actitud y comprenden que tienen que ser más amables con los demás. Pero me niego a cambiar, así que soy la diana perfecta —rio ante el juego de palabras— del homicida.

—No digáis tonterías. Todas esas chorradas son clichés de las historias de terror del cine y los libros, pero nada más. Volved a la realidad —chasquéé los dedos—. Aquí no hay reglas ni personajes potencialmente vulnerables —intenté hacerlas entrar en razón y que abandonaran sus pensamientos alarmistas.

—Claro, tú estás muy tranquila —Nancy me increpó—. Eres la escritora famosa, la que ha sufrido por amor y ha sido traicionada por una de sus mejores amigas al acostarse con su hijo, es la noche de tu cumpleaños y hoy todo gira en torno a ti. Si alguien sobrevive serás tú; eres la protagonista. En cambio, yo soy la que ha cometido la deslealtad y moriré seguro.

—Chicas, ¿os estáis oyendo? ¿Sois conscientes de la sarta de gilipolleces que estáis soltando? —preguntó Tania en voz baja, sin dar crédito a las especulaciones—. Nadie ha confirmado que anda suelto un asesino en serie. Tal vez, solo haya sido un ajuste de cuentas.

El corazón me bombeaba con fuerza. Todos esos comentarios conseguían que me sintiese aún más responsable de la muerte de Jimena. Si no la hubiese contratado para descubrir que Nancy era la *follahijos*, nada de aquella noche habría pasado y seguiría viva. Comenzó a faltarme el aire. Sentía que me ahogaba.

—Una mujer inocente ha sido asesinada en este restaurante y vosotras os dedicáis a decir estupideces. —Me levanté bruscamente y tiré la silla al suelo. La gente de alrededor me miró sobresaltada—. Jamás pensé que fuerais tan egoístas y que no pudierais dejar de pensar en vosotras, aunque fuera solo por un instante.

Levantaron la vista hacia mí y se quedaron en silencio.

—No sé muy bien de qué nos estás acusando —murmuró Diana—. Pero no me hace ni pizca de gracia que calmes tus remordimientos increpándonos a nosotras. Yo no he sido la que ha contratado a una psicóloga para analizar a mis amigas a traición y después alguien le ha rajado el cuello.

Aquella bofetada verbal me desarmó. Casi caigo rendida, pero mantuve la compostura.

—Disculpa, cariño. No quise decir eso... —se arrepintió al momento y me cogió de la mano.

—Si sigues siendo tan cabrona, está claro que sí que serás la siguiente víctima —advirtió Carlota a Diana.

Un grito mayúsculo y cada vez más agudo llamó la atención de todos los presentes. Nadia volvía a la carga en busca de venganza. Se escapó de la cocina donde la retenían y se dirigió con la mano en alto y el puño cerrado a por Dafne.

—¿Le has propuesto quedar esta noche, guarra?! ¡Richi es mío! —exclamó desafiante.

Justo cuando estaba a punto de alcanzarla, pisó un trozo de tarta que había en el suelo y se resbaló. Cayó de morros, golpeándose la nariz. Nos pusimos en pie al verla rebotar como un balón de fútbol. Pobre insensata, salió sedienta de venganza y se comió una leche histórica. Además, hizo el ridículo delante de todo el mundo. Necesitó la ayuda de dos compañeros para ponerse en pie y se la llevaron de nuevo a la cocina con la nariz llena de sangre. Después del susto inicial, Dafne y sus amigas se partieron de la risa y aplaudieron con ganas. «Será mejor que controléis a vuestra fierecilla. Solo por esto ha merecido la pena cenar aquí» comentó divertida. La miré con desdén al comprobar que no le importaba mofarse de la desgracia ajena. Yo en su lugar me hubiera ido asustada a mi casa o a otro sitio. Ella decidió quedarse y seguir con la guasa. Comenzaba a pensar que no le falta razón a Tania cuando aseguraba que no era buena persona. Carlota se levantó preocupada.

—Voy a comprobar que Nadia está bien e intentaré tranquilizarla —dijo con dulzura.

—Te acompaño —apuntó Diana, poniéndose de pie—. Eres capaz de soltarle una burrada de las tuyas y cabrearla todavía más.

Observé a mis amigas alejarse. Después, bajé la mirada y la perdí en el infinito. Las palabras de Diana me habían golpeado con intensidad. Suspiré abatida, resbalaron varias lágrimas por mi mejilla.

—No le des más vueltas, cariño —Nancy sonrió con ternura—. No eres responsable de nada. Seguramente, si no se la cargaban hoy, hubiese sido otro día...

Joder, lo suyo era la empatía y el tacto. Sabía que intentaba animarme y, aunque su discurso fue un tanto brusco, no le faltaba razón. Le devolví la sonrisa y apreté su mano con la mía.

—Gracias, cielo. Lo sé, pero me da una pena tremenda lo que ha pasado...

—Ha sido muy heavy. Aún estoy en shock —se puso seria y me miró a los ojos—. Por favor, olvida lo que ha dicho Diana. No te tengo celos ni envidia por lo bien que te va con el libro —

confesó con seguridad.

—No tiene importancia, Nancy —hice un ademán con la mano.

—Para mí sí que la tiene. No te envidio, quiero que lo sepas. Te admiro por tu valor al lanzarte a escribir y me alegro por el éxito de tu novela —se quedó callada un par de segundos—. Quizás sí que te envidio en algo, en lo buena madre que eres. Espero que puedas perdonarme...

Corrí a su lado para fundirme en un abrazo con ella. Si no hubiese pasado nada aquella noche, lo más probable es que le hubiera retirado la palabra durante meses o años. Después de comprobar que la vida era volátil, decidí darle otra oportunidad.

—Agradezco tus disculpas —le susurré—. Seguro que llegamos a un acuerdo respecto a mi hijo.

Nancy cambió su gesto y lo recrudeció. Se sentó en la silla y me pidió que hiciera lo mismo. Parecía dispuesta a revelar un gran secreto.

—De eso quería hablaros.

—¿De mi hijo? —pregunté.

—No, de Germán —aclaró.

—¿Qué pinta tu marido aquí? —quiso saber Tania.

—Él no es tan buenecito como parece. Digamos que le van las sustancias ilegales y que se pone agresivo cuando las toma. Además, es bastante celoso. Quizás, si se ha enterado de mi romance con Miguel —tragó saliva—, ha sido capaz de hacer alguna locura.

El corazón me bombeaba tan fuerte que pensaba que se me iba a salir del pecho. ¡Joder! Necesitaba una puñetera tila para lidiar con tantas emociones al límite.

—¿A que te refieres? —insistí.

—¿Y si se ha cargado él a Jimena? —preguntó tan ricamente, como quien pide la vez en el supermercado.

—Nancy, no bebas más. Si Germán hubiese venido para matar a la psicóloga, lo habríamos visto, ¿no crees? Además, ¿por qué iba a matarla? —cuestionó Tania con ironía.

Las tres habíamos formado un corrillo detectivesco alrededor de la mesa. Nadie se imaginaba lo que estábamos elucubrando. La teoría de nuestra amiga y de su marido homicida no tenía una base sólida.

—Para que no se fuera de la lengua. Una vez amenazó a un compañero de trabajo de su oficina. Le envié una foto ligerita de ropa a Germán y el otro tío la vio. Me contó que lo estampó contra la pared y le hizo jurar que no se lo contaría a nadie. No quería que su compañero fuera diciendo por ahí que yo me dedicaba a mandarle fotos porno a mi esposo. ¡Ya veis! Ni que fuera la primera mujer que le manda su pareja fotografías en ropa interior por *WhatsApp*. Se enfadó mucho, fue súper agresivo. Él siempre dice que la mejor defensa es un buen ataque y cuando va colocado suele atacar.

—Entonces tendría que matarnos a todas nosotras, a Miguel y a sus amigos porque sabemos de vuestro romance. Dudo mucho que Germán se metiera en ese berenjenal —replicó Tania.

—Y lo más importante, desconoce que Jimena adivinó tu aventura —argumenté—. Se nos está yendo la pinza... Dejemos que la poli haga su trabajo cuando llegue. De lo contrario, la espera se nos hará eterna. Por cierto, tardan demasiado en aparecer y hace mucho calor, ¿verdad?

—No sé si son los nervios, la adrenalina o el ambiente, pero yo estoy achicharrada —Nancy se dio aire con las manos.

—Tenemos que distraernos —Tania sacó su móvil y buscó algo en la pantalla—. Iba a esperar a que regresaran Diana y Carlota, pero necesitamos un poco de diversión.

O dejábamos de pensar en el crimen o enloqueceríamos. Y cinco chaladas como nosotras sueltas en aquel lugar éramos mucho más peligrosas que cualquier asesino en serie. Miré a Hugo y mi pulso se aceleró. Recordé nuestro apasionado encontronazo cuando salí a la calle para tomar un poco de aire. Me estremecí al pensar en su forma de tocarme, de besarme... me mordí el labio, deseosa de más. ¡Necesitaba un segundo asalto como mínimo! Solté un suspiro... Entonces, caí en algo que había pasado por alto.

—Hugo no es el asesino. Ha estado conmigo hasta que habéis encontrado a Jimena en el baño —expuse.

—Pudo hacerlo antes —supuso Nancy.

—Imposible. Cuando he salido afuera ya estaba él y no se ha despegado de mí. —Dibujé una sonrisa de oreja a oreja—. Literalmente.

—Serás *pillina* — mi amiga me dio un golpe en el brazo—. Cuenta, cuenta.

—Hemos comenzado a hablar —evité comentar que me había desahogado de lo lindo, poniendo fina a Nancy—. Y de repente, estaba a mi lado asegurando que le atraía muchísimo, sujetando mi cara con sus fuertes manos y, después, me ha besado. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan viva. Ha sido intenso e inesperado. Reconozco que no todos los días me piropea y me besa un hombre tan guapo e interesante.

—Tina, no es propio de ti enrollarte con alguien que no sabes quién es —me acusó Nancy, sonriendo—. ¡Celebro tu valentía! A veces es necesaria una chispa de locura para que nos pasen cosas maravillosas.

«Como la de acostarte con el hijo de tu amiga, *so* cabrona» quise reprocharle, pero había decidido olvidar el asunto y tratarlo con los aludidos cuando saliéramos de aquel embrollo. Aunque, me gustó que apoyara mi atípica y atrevida decisión de besar a Hugo. Un camarero se acercó a nuestra mesa. Avergonzado, nos pidió disculpas por el arrebató de Nadia al robarnos la tarta para estampársela a Dafne y dejarnos sin postre. Nos mostramos comprensivas. ¿Para qué íbamos a darnos mal por algo que ya no tenía vuelta atrás? Él insistió en deleitarnos con otro dulce y nos dio a elegir entre unas crepes con leche condensada y fruta, tiramisú o el codiciado volcán de chocolate y nata.

—¡El volcán! —exclamé con energía.

El camarero dio un paso atrás ante mi euforia. Seguramente, temeroso de que lo devorara a él al parecer una adicta al cacao. Mis amigas soltaron una carcajada.

—Os traeré un popurrí con nuestra mejor repostería... Incluyendo varias raciones del volcán de chocolate y nata —nos informó, entre risas, antes de marcharse a por nuestros pastelitos.

Volvimos a reír y se burlaron de mí al echarme en cara mi debilidad por aquel postre tan rico. Pensé en Hugo y en la descabellada posibilidad de que él fuese mi nueva debilidad. Igual de deliciosa y adictiva que el chocolate. Tania me miró con cara de susto.

—No me jodas... —protestó sin apartar la vista de la pantalla de su móvil.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Sabes que todos los años te preparamos un diseño con una foto de las cinco y la editamos con dibujitos, la fecha del cumple y cien chorradas más, ¿verdad?

Asentí sin saber a dónde quería llegar.

—Pues este año te vas a sorprender —pulsó el botón de enviar archivo con su pulgar.

Al momento, llegó una notificación a mi teléfono avisándome de que había recibido un mensaje por parte de mi amiga. La abrí y dibujé una sonrisa en mi cara al ver la fotografía. Nos la habían tomado hacía unos meses en la terraza de un bar del centro. Las cinco nos abrazábamos y reíamos

despreocupadas. Me encantó volver a verla. Deseé estar allí, en aquel instante y detener el tiempo. Quise decirme a la Valentina de esa foto que ni se le ocurriera celebrar su inminente cumpleaños en el restaurante Triango, que se olvidara de contratar a Jimena para llevar acabo su plan y que fuera menos rencorosa. Pero ya no podía cambiar el pasado. Aquel recuerdo me dejó un sabor agridulce. No entendí el asombro de Tania, era la típica fotografía editada con dibujos graciosos que me diseñaban todos los años y me regalaban al finalizar la velada como colofón.

—Es preciosa —aseguré—. Gracias, chicas.

—Cuando lleguen Carlota y Diana, te la volvemos a pasar y te haces la sorprendida —bromeó Nancy—. Si se enteran que la has visto sin que ellas estuvieran presentes, seguro que se disgustan.

—¿No te has dado cuenta? Mira al fondo de la foto. Detrás de nosotras —dijo Tania seria.

¿A qué se refería? Volví a bucear en la imagen. Buscando algo que llamara la atención. Entonces, lo vi. Tragué saliva. Casi me desmayo. No podía creer lo que contemplaban mis ojos. ¿Era él? Claro, ¡era él! Hugo nos observaba a nuestras espaldas. Mi nuevo amante formaba parte de aquel retrato cuando nadie lo había invitado. Hugo nos estaba siguiendo aquel día.

¿QUIÉN ERES?

El hombre al que me había besado hacía unos minutos y con el que comenzaba a sentir una fuerte y vibrante atracción, no era un lector acérrimo de mi novela sino un acosador como supuse al principio. Como mínimo nos seguía desde hacía un par de meses y por eso quedó inmortalizado en la fotografía que nos hicieron esa tarde. Y, para colmo de todas las casualidades, estaba sentado en la mesa de al lado aquella noche tan surrealista. Siempre me pasaba lo mismo, ¡siempre! ¿Por qué tenía debilidad por los gilipollas, los inmaduros o los tipos peligrosos? ¿No podían gustarme los hombres normales, que entre sus aficiones no estuviera la de espiar a desconocidas?

—Esto es muy extraño —comentó Nancy en voz baja.

—Estoy segura que no es una coincidencia que ese tío salga en la foto y ahora esté a nuestro lado —observó Tania, mirándolo con recelo.

—Era demasiado bonito para ser cierto, ¿verdad? —protesté desesperada—. Ningún hombre tan guapo y que esté en sus cabales se declara sin previo aviso. Y, aún menos, besa a una chica a la que acaba de conocer.

—Solo lo hacen *viceversos* —Nancy intentó aportar un poco de humor al tenso momento—, pero dudo mucho que ellos tengan todas las neuronas intactas.

—Lo interesante sería saber quién cojones es y por qué nos sigue —apuntó Tania.

—Pues, queridas mías, solo se me ocurre una forma de averiguarlo. —Me levanté decidida y cogí mi teléfono—. Estoy harta de dar rodeos y meter la pata por no saber ir al grano. Ahora vuelvo.

Mis amigas me miraron sorprendidas. Me armé de valor. Avancé segura de mi misma hasta la mesa de Hugo y me senté enfrente de él. Sonreí con picardía.

—Hola, bombón —me saludó risueño.

—Déjate de cumplidos. Por lo visto, eres experto en saber enredar a la gente. O, siendo más concretos, a mí —lo acusé tajante.

—¿A qué te refieres? —frunció el cejo.

¡Joder! Qué bien le sentaba arquear la ceja. Lo hacía más irresistible todavía. Intenté que mis hormonas se montaran la fiesta en honor a aquel adonis bien lejos de mi mente para poder pensar con claridad. Tenía que resolver aquel misterio.

—¿Podrías explicarme por qué narices sales en esta foto? —le mostré la pantalla de mi móvil.

Él se quedó mudo. Miraba al teléfono y después a mí. Así unas cinco veces seguidas.

—Eres tú, estás observándonos detrás de nosotras. Y resulta que esta noche no tienes otro lugar a donde ir a cenar que a este restaurante y justo en la mesa colindante a la mía. ¿Quién eres?

—Puedo explicártelo —dijo al fin.

—Eso espero. O busco a la agente de policía y le pongo al corriente —le desafió.

Miró de reojo a su alrededor. El sudor le resbalaba por la frente, no sabía si era debido a lo nervioso que estaba o al sofocante calor que hacía en el local. Mi pulsó se descontroló.

—Ven conmigo —me cogió de la mano y se levantó.

Lo detuve en seco. No iba a ninguna parte. Como escritora experta en relatar historias de terror, sabía perfectamente que la mayor locura que podía cometer era perderme, vete tú a saber

dónde, con un apuesto desconocido. Aquello era como cavar mi propia tumba.

—¿Estás loco? No me muevo de aquí. —Me solté de él y crucé los brazos—. Han asesinado a una mujer, ¿de verdad piensas que soy tan estúpida como para ir contigo? Hugo no eres quién dices ser.

—¿Qué insinúas, Valentina? Yo sería incapaz de hacerte daño —se defendió ofendido—. Necesito intimidad.

—¿Para qué?

—Confía en mí —pidió—. Ven.

Mi instinto me pedía que le siguiera, que le diera un voto de confianza y le hiciera caso. Por suerte, mi conciencia exigía que no me levantara de la silla.

—No te conozco de nada. Es ridículo que me pidas que me fie de ti. Y aún menos, después de verte en la fotografía.

—Es algo muy personal y quiero ir a un lugar donde nadie nos escuche... —Se agachó a mi altura.

Negué con la cabeza.

—¿Y si te digo que soy Hugo Carrillo?

Abrí los ojos como platos y me llevé las manos a la boca. ¡Claro! Era él.

—¿El escritor de novelas policiacas? —susurré.

¡Por eso me sonaba tanto! Era Hugo Carrillo, el popular escritor que años atrás arrasaba en las listas de ventas con sus libros sobre crímenes misteriosos. El mismo que fue nombrado como el nuevo rey del suspense español. Su nombre y sus novelas eran muy famosas, pero su imagen no tanto. Una verdadera lástima porque el tipo tenía la percha perfecta; guapo, alto, masculino... Había visto alguna entrevista suya en la televisión y en internet, pero le perdí la pista hacía muchos años. De hecho, no recordaba que hubiese sacado ningún libro recientemente. Pasó de estar en lo más alto a no saberse nada de él. Fue como si se le hubiese tragado la tierra. Me tranquilicé al saber que era él nuestro acosador, aunque no dio ninguna explicación más. Tiró de mí y me levantó.

—Ven —volvió a pedir—. Dile a tus amigas que vamos un momento al pasillo de atrás. Si ellas saben dónde estás, te sentirás más segura. Pídeles que si no has vuelto en cinco minutos que vengan a buscarte.

—Te doy cinco minutos —dije seria.

Informé a Tania y a Nancy de lo que me había dicho el enigmático escritor. Sabía que acompañarlo era arriesgado, pero la curiosidad era más poderosa que el miedo. Además, mis amigas sabían dónde iba a estar y pasado el tiempo acordado vendrían a mi búsqueda.

—Ten cuidado, cariño —me pidió Tania—. Hay algo en todo este asunto que no me gusta.

—Deja el móvil encendido y con uno de nuestros números a mano para llamar si algo va mal —Nancy me cucó el ojo.

Sentí como si fuera a infiltrarme en un club de mafiosos o algo por el estilo. Tragué saliva, les lancé un beso y fui a por Hugo. «Vamos» le dije al oído. Él me cogió de la mano y me llevó hasta la parte trasera del restaurante, hasta un pasillo que comunicaba el almacén con la cocina. Me detuvo en seco, clavando sus ojos en los míos. Miré de reojo a mi derecha y comprobé que el comedor estaba lejos. Podía estrangularme sin que nadie se enterara. «¡Perfecto, Valentina! Eres igual de gilipollas que la polilla que va a la luz decidida a electrocutarse» me reprendió. Se pasó la mano el pelo y resopló.

—He de confesarte algo...

MUSA

Dos meses antes.

Tania, Carlota, Diana, Nancy y yo pasábamos la tarde en la terraza de una cafetería del centro riendo, tomando cervezas y bromeando sobre nuestra inexistente vida sexual. Eran mediados de junio y el sol brillaba radiante. Aquel día habíamos quedado para ir a la piscina, pero Carlota nos propuso saltarnos el baño e ir directamente a lo que más nos gustaba; el marujeo y las birras. Así que nos citamos en una terraza preciosa con mesas y sillas de acero pintadas de diferentes colores, rodeada de maceteros de distintos tamaños y repletos de flores. El sitio era ideal. Parecía que estuviésemos en mitad de un bosque.

—Si llego a saber que veníamos a un bar *hippie* me echó repelente para insectos —protestó Diana—. Esto es muy bonito, pero le falta glamur.

—A mí me parece precioso y me pilla cerca del centro de Pilates —contestó Carlota, sonriendo. La idea de citarnos allí fue de ella—. De todas formas, el próximo lugar para ir a emborracharnos lo decides tú.

—¡Está genial! Bien ubicado, moderno y con naturaleza. Además, la bebida no es cara para estar tan céntrico. ¡Le doy cinco estrellas! —celebró Tania.

—¡Me chifla descubrir nuevos lugares! —exclamé—. Y este es todo un hallazgo.

Nancy estaba inmersa en una conversación digital, sin dejar de teclear en la pantalla de su móvil. Parecía una chiquilla adicta a las nuevas tecnologías.

—¿Con quién chateas tanto? —pregunté ignorante—. No has parado de escribir desde que hemos llegado.

Se sobresaltó ante mi comentario y bloqueó su teléfono al instante.

—Con una compañera de yoga que no sabe cómo hacer los ejercicios online —dijo nerviosa.

—¿Yoga online? —cuestionó Tania—. ¡Qué estupidez!

—Está genial. No es ninguna estupidez. Nos registramos en la web de la escuela de yoga y tenemos acceso a un montón de vídeos para practicar desde casa... ¡Solo es eso! Mi amiga no sabía cómo hacerlo...

—¡Relájate, bonita! Nadie te ha pedido explicaciones. Cualquiera diría que nos estás mintiendo y que intentas ocultar algo... como un amante, por ejemplo —vaciló Diana.

Nancy abandonó su moreno artificial de rayos U.V.A y palideció en menos de un segundo. Intentó defenderse, pero no le salían las palabras.

—¡Tranquila, mujer! —Diana le dio un golpe en la espalda—. ¡Era broma! Sabemos que eres incapaz de ponerle los cuernos al bendito de Germán.

—Estás rarísima... ¿Te pasa algo? —observó Carlota.

Nancy se apoyó sobre el respaldo de su silla y soltó un suspiro.

—Antes de venir, he discutido con mi marido —mintió como una bellaca—. Le incomoda que pase tanto tiempo fuera de casa.

Esa justificación no era incierta. A Germán le molestaba que su mujer fuera a clases de yoga, al gimnasio o a tomar café con sus amigas... Él era de los que prefería tener bajo control a su

esposa y si podía ser bajo el techo de su hogar, mejor que mejor. Pero Nancy no estaba nerviosa por aquel motivo, sino porque la relación entre ella y mi hijo comenzaba a ponerse más picante y sería que nunca. El temor a que los descubrieran y el morbo ante lo prohibido, la hacían sentirse joven y viva. Sin embargo, obvió el tema y decidió cargar contra el retrógrado de Germán.

En ese momento, no me di cuenta de su engaño. Como tampoco me percaté de que dos o tres mesas por detrás de nosotras estaba sentado Hugo Carrillo, observándonos y tomando apuntes en un pequeño cuaderno. Había salido de su casa harto de su falta de inspiración. Desde hacía meses no daba con una buena idea que le acariciara el estómago y lo motivara a escribir una historia trepidante como solía tener acostumbrado a sus lectores. Nada. La inspiración se había esfumado justo el día que su novia lo abandonó. Ella estaba saturada de la variopinta vida de escritor de su pareja, de las cientos de horas que él se pasaba delante del ordenador o de los viajes para firmar libros en distintas ciudades del país... Decidió finalizar la relación después de seis años de supuesta felicidad y romance. Hugo se rompió en mil pedazos. Ignoraba la desdicha de su novia, jamás había intuido que su profesión la condicionara tanto, hasta el punto de no querer saber más de él. Las semanas posteriores fueron duras. Había olvidado el amargo abrazo de la soledad y la nostalgia. Desde entonces, no solo se lamentaba por su falta de imaginación, sino por ser dependiente de su ex para ponerse a trabajar. Ni el recuerdo de su relación, ni el abandono o ni la sensación de vacío lo invitaron a hacerlo. A veces, los momentos más duros incitan a escribir. Pero él estaba seco de ideas. Su editora lo acosaba a llamadas para saber cómo iba su nuevo manuscrito. Ese que había comenzado doscientas veces y siempre tiraba el documento de *Word* a la papelera de su *MacBook*. Estaba desesperado, asustado y apenas se reconocía ante su ausencia de creatividad. Durante esos meses, hizo un par de viajes para inspirarse. Uno a Noruega y otro a Perú. ¡Nada! Simplemente escribió unas pocas páginas a su vuelta, que más tarde las desechó. ¿Qué cojones le pasaba? Intentaba distraerse y no obsesionarse con el asunto. Con la llegada del verano y del buen tiempo, comenzó a salir a pasear obteniendo el mismo resultado; más bloqueo, pero por lo menos se despejaba fuera de casa. Hasta que un día me vio tomando un cortado con hielo en una cafetería cerca de mi casa. La luz del sol bañaba mi rostro y le resulté embriagadora. Eso no lo digo yo, fueron sus palabras suyas cuando me lo reveló en la parte trasera del restaurante. Se sintió intrigado por mí y la inspiración floreció de nuevo. ¿Quién me iba a decir que iba a ser la nueva musa de un gran escritor? Aquel día, comenzó su nuevo libro. Las letras fluían y mi imagen le inspiraba. Estaba feliz de nuevo. Se sentía pletórico, seguro y ansioso por volver a verme. Visitó la cafetería cada día desde que me vio por primera vez. Y su corazón bombeaba con fuerza cada vez que aparecía. Después, buceando en internet, descubrió que yo era la autora de *Noches sangrientas* y me siguió en las redes sociales. Así, gracias a mis *Stories*, donde revelaba todos mis pasos como si fuera una *influencer* incauta y adolescente, sabía qué iba a hacer y dónde iba a estar. Entonces, él salía para verme y volver a inspirarse. Al principio, su obsesión conmigo fue inocente y puramente profesional, o eso aseguró. Pero, poco a poco, tras conocerme mejor a mí y a mi entorno, se fue enamorando. Yo era su musa y su amor platónico. ¡Qué combinación tan extraña y peligrosa! Por ese motivo estaba detrás de nosotras la tarde en que nos hicimos la foto en la terraza del centro. Por la misma razón que coincidimos la noche que asesinaron a Jimena; necesitaba beber de mí para trabajar. Lo que más me preocupaba no era que pudiese ser sospechoso del crimen o que me siguiera a todos los lados, sino que comenzaba a sentir algo hacia él. Sí, adelante. Llamadme gilipollas.

CERCA, MUY CERCA

—No sé qué decir —susurré con la mano en la boca.

Estaba atónita ante lo que Hugo acababa de confesarme en el pasillo trasero del restaurante Triango. Por una parte, me sentía alagada, deseada y atractiva. ¡Él me hacía sentir así! Pero, por otro lado, su faceta de espía no me agradaba en absoluto.

—Piensas que estoy loco, ¿verdad? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—No, no eso. Tal vez, si te hubieras acercado y presentado todo sería menos... siniestro.

—Claro. Era lo más lógico. Te paraba en mitad de la calle, te saludaba y te decía «Hola, preciosa. Soy Hugo Carrillo, un escritor falto de inspiración, pero te he visto y he sentido algo especial. He vuelto a escribir gracias a ti». —Se encogió de hombros—. Creo que eso acojona más...

Solté una carcajada espontánea. Tal vez tuviese razón. Supuse que la situación en la que se encontraba no era sencilla y tuvo que agarrarse a un clavo ardiendo para seguir desarrollando su amado trabajo.

—Habría dado muy mal rollo —reí—. No sé, podías haber preparado un encuentro casual. Por ejemplo, tirarme sin querer un café en la camisa en mitad de una cafetería o provocar un choque simpático y divertido al volver la esquina de una calle como en las historias románticas... —me mordí el labio. Ya había caído en sus encantos de nuevo.

—Tú y yo sabemos que somos más de misterio y suspense que de corazoncitos y cupidos... —aseguró.

¿Hasta dónde me conocía aquel hombre? Había seguido mis movimientos durante varias semanas y poseía información privilegiada sobre mí. Sin embargo, yo apenas sabía nada de él.

—Juegas con ventaja —afirmé.

Pegué mi espalda contra la pared. Hugo se acercó peligrosamente hacia mi boca. Intenté no mirar la suya por si resultaba muy tentadora. El clímax que se estaba formando era insoportable. El cuerpo me ardía, mi paladar añoraba su sabor y deseaba volver a fundir nuestros labios. Su revelación había elevado mi autoestima y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí sexi y capaz de seducir a cualquiera con mi belleza. En concreto, a Hugo Carrillo.

—¿Perdona? —arqueó una ceja.

—Tú lo sabes todo sobre mí y yo no sé quién eres...

—Puedes buscarme en la *Wikipedia* —bromeó.

Mi pulso se aceleró. Necesitaba más de él. Pensé no ser dueña de mis actos, aunque era muy consciente de lo que iba a hacer.

—No me refiero a eso, tonto.

Agarré su espalda con mis manos y rodeé su torso con mis brazos para pegarlo a mí. Nuestras frentes se rozaron, volví a embriagarme con su aroma sensual. Lo miré a los ojos antes de lanzarme al enorme desafío que eran sus labios. Él introdujo su lengua en mi boca para colisionar con la mía, dando un paso más que en nuestro encuentro anterior. Posó sus manos en mi cuello para acariciarlo. Todo era muy morboso, excitante y sugerente. Noté su miembro erecto pegado a mi sexo, separado únicamente por nuestra ropa. Entonces, antes de que la cosa fuera a más, me aparté con suavidad.

—Disculpa —dije en voz baja—. No es que no me guste lo que acaba de suceder, pero creo que no es el momento ni el lugar.

Apoyó su mano en la pared, sonrió y asintió.

—Lo siento. No era mi intención forzar nada...

—No ha sido así. Yo también lo deseaba —me apresuré a decir—. Pero con todo lo que ha pasado esta noche no me siento cómoda haciendo esto.

En realidad, no era cierta del todo aquella justificación. ¡Joder, era totalmente falsa! Me había encantado todo lo que habíamos hecho. Quizás, mis remordimientos hablaron por mí al pretender ser políticamente correcta. ¿Qué pensaría Hugo de mí si me entregaba a él la primera noche que nos conocíamos? Me sorprendí ante mi duda machista y estúpida. También podía haber cuestionado qué pensaría yo de él al hacer lo mismo, pero no. Eso era lo normal en la sociedad en la que vivíamos. El hombre tenía derecho a acostarse con quién se le antojara cuando le apeteciera, pero nosotras debíamos limitar nuestros encuentros y posponer la fecha de disfrute sexual a una segunda o tercera cita. Mis amigas solteras siempre decían «Yo no follo con alguien que me gusta el día que lo conozco, sino pierden el interés al ser tan facilona. Si tengo ganas de marcha, me alivio solita en casa». Aquella frase me traumatizó cuando la escuché estando recién divorciada. ¿Los tíos rechazaban a las chicas que disfrutaban de su vida sexual con libertad? ¿Teníamos que aparentar ser cautas y estrechas de mente? Me parecía fatal e injusto. Aunque, no negaré que durante todo el tiempo que volví a estar soltera, me había cohibido bastante por miedo al qué dirán. Con Hugo sentía que esos temores eran injustificados y que él huía de los convencionalismos. Apenas podía ocultar las ganas de hacerme suya y probar de mí. No había juicios ni etiquetas, solo deseo. Y no solo lo apreciaba emocionalmente, sino que también notaba su erección sobre mi muslo. Le gustaba sin prejuicios y no tuvo reparos en hacérmelo saber. Eso me fascinó. Sin embargo, yo no podía concentrarme ni disfrutar de nuestro momento ardiente. El asesinato, descubrir que Nancy se acostaba con mi hijo y las discusiones con mis amigas nublaban mi sed de pasión. O eso creía.

—Lo entiendo, Valentina —jadeó, acercándose otra vez—. Yo lo veo de otra forma. Opino que hay que aprovechar el momento cuando se da. Si algo te importa de verdad, lo mejor es lanzarse y no dejar que se escape. Sea lo que sea. Porque, quizás, no haya otra oportunidad.

¡Joder! Tenía razón. Sus palabras fueron tan convincentes que apenas pude contener mis ansias. Hugo era hipnótico, magnético e irresistible. Sin decir nada, volví a besarle, pero esta vez con frenesí. Dejé de pensar, de darle voz a la razón y el instinto me guio. Desabroché su camisa para acariciar sus trabajados sus pectorales. Él soltó un suspiro placentero que me estremeció. Comenzó a besarme el cuello y puse los ojos en blanco. No sabía qué me excitaba más si sus dotes amorosas o el hecho de montárnoslo en el pasillo del restaurante. «¿Qué estás haciendo?» me pregunté. «Tú no eres así». Sacudí la cabeza y me ordené callar mentalmente. «¡Déjate llevar de una jodida vez! Te lo mereces» me ordené. Bajé mis manos a su entrepierna y desabroché la bragueta del pantalón. Tenía que dar un paso más allá o pronto me echaría atrás. Me debatía entre el placer y la culpa. Hugo sonrió con picardía y metió sus cálidas manos por debajo de mi vestido. ¡Uf! Fue tan placentero que solté un gemido. Bajó mi tanga despacio, mirándome a los ojos como si pidiera mi aprobación. «¡La tienes!» quise gritarle, pero me limité a asentir. Quería que me penetrara, cometer esa locura que había pospuesto tanto tiempo y satisfacerla con él. Abrí mis piernas para dejarle claro que lo deseaba. Entonces, cuando no podía estar más caliente, Tania apareció y nos pilló en el momento más inoportuno. Yo con el tanga por las rodillas y Hugo con el bóxer a punto de explotar y la camisa desabrochada. La pobre se dio tal susto que levantó

las manos y soltó un grito.

—¡Joder! No quería interrumpir nada entre vosotros y está claro que lo he hecho... —dijo roja como un tomate—. Han pasado los cinco minutos y he venido a buscarte, tal y como acordamos.

—No pasa nada, cariño —la disculpé, avergonzada. Seguía abrazada a él—. Ya habíamos terminado de hablar.

—Eso es más que evidente —contestó mi amiga sin pensar.

Me coloqué la ropa interior en su sitio y aparté con delicadeza a Hugo mientras él se vestía. Comenzamos a reír con complicidad.

—Si queréis me voy y seguís a lo vuestro —propuso Tania.

—No. Vuelvo contigo. —Le di un beso al escritor—. ¿Podemos continuar en otro momento? No quiero dejar escapar el tren, pero tampoco pretendo que descarrile por ir demasiado deprisa —sonreí, intentando creerme la frase que había soltado. Aunque sabía que era lo mejor en aquellas circunstancias.

—Claro. Yo te espero sin problemas —aseguró.

—Entonces, ¿es un maniaco o no? —preguntó Tania entre risas para romper el hielo.

—Ahora te cuento todo, cotilla —la reprendí divertida.

Al regresar a la mesa, nos esperaban nuestras tres amigas. Diana y Carlota ya habían vuelto de su expedición al zoo, perdón, a la cocina para apaciguar a la fierecilla de Nadia. Antes de abrir la boca, Hugo puso su mano sobre mi hombro y nos saludó a todas.

—Valentina, voy al baño de señoras a hablar con Carmen que está haciendo guardia para que nadie entre y vea el fregado que hay allí —nos informó—. Me parece raro que la policía tarde tanto en llegar.

—Claro, perfecto —asentí—. Después, nos cuentas lo que te ha dicho la agente.

—Sí. De todas formas, haré una llamada a un amigo que tengo en comisaría, que me ayuda con los datos escabrosos y policiales de mis novelas, para pedirle consejo sobre el crimen.

Hugo me dio un beso en la boca delante de mis amigas antes de marcharse. Las tres marujas abrieron los ojos como platos sin ocultar su asombro ante la muestra de afecto del escritor.

—¿Qué nos hemos perdido? —quiso saber Diana.

—Que nuestra querida Valen se ha saltado las tres reglas de oro para sobrevivir en una historia de terror. Se ha ido sola con un desconocido —comenzó a enumerar con los dedos de la mano —, es decir, con uno de los personajes nuevos. Y, para colmo, casi se lo tira al final del pasillo de atrás del restaurante. La he pillado muy acaramelada entre los rudos brazos del hombretón sexi y con menos ropa de la que lleva ahora mismo —soltó la muy indiscreta.

—¡Estás pidiendo a gritos que te maten! —afirmó Carlota—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer semejante temeridad?

—Os repito que esas reglas son para escribir ficción. La realidad poco o nada tiene que ver con esos relatos... —me defendí.

—Por lo menos, me alegra saber que te lo estás pasando bien en tu fiesta de cumpleaños —bromeó Diana.

Dafne y sus dos amigas llamaron la atención del resto de los comensales con sus cantos y risas. Brindaban con las copas repletas del champán que les habían obsequiado. Parecían divertirse e importarles un pimiento si molestaban o no con su comportamiento. Ellas se limitaban a alzar la voz y hacerse fotos con las cámaras de sus teléfonos móviles. Me dio rabia su falta de respeto. Al instante, cambié mi furia por una sincera sonrisa. Justo cuando vi aparecer al camarero con una suculenta bandeja que portaba nuestros postres. Se plantó delante de nosotras y dejó la repostería

sobre la mesa. Se me hizo la boca agua al contemplar al codiciado volcán de chocolate. Necesitaba cacao, mi cuerpo lo reclamaba más que nunca. Al privarme del momento de sexo pasional y furtivo, el dulce era un gran sustituto. «Guapo, te has ganado una buena propina al traernos estos manjares» pensé mientras desaparecía el camarero.

—¿Qué es todo esto? —preguntaron Diana y Carlota al unísono.

—La compensación por parte del restaurante por la desafortunada actitud de Nadia con la tarta de cumpleaños —aclaró Nancy, observando unas minis crepes con trocitos de fresas por encima—. Ni se os ocurra tocar el volcán de choco y nata o Valentina os arrancara un brazo —bromeó.

—Será mejor que empecemos a comerlos porque con el calor que hace se van a derretir —Carlota cogió con la mano un bocadito de crema y se lo llevó a la boca. Soltó un gemido placentero y puso los ojos en blanco.

—¡Necesito uno de esos! —exclamé—. Has puesto cara de orgasmo al engullirlo.

—Es que he llegado sin darme cuenta. ¡Qué rico estaba! —Se relamió feliz.

—¡Uf! Estoy sudando con una puerca —Tania se limpió la frente con una servilleta—. ¿Qué pasa con el aire acondicionado?

—Cuando estábamos en la cocina calmando a Nadia, han dicho que estaba estropeado y que necesitaban apagar toda la corriente del local para reiniciarlo de nuevo para que volviera a funcionar —nos informó Diana.

—Pero que preferían esperar porque eso supone apagar luces, alarmas, cámaras y dejar todo a oscuras —apuntó Carlota.

Me serví una ración del volcán de chocolate y me dispuse a disfrutar de mi momento de placer. Con el tenedor cogí una porción y la fundí en mi paladar. ¡Qué delicia! Estaba tan bueno que rozaba la ilegalidad. Las tres chavalas seguían con su juerga particular y cada vez eran más escandalosas, resultando ser bastante molesto.

—¡Qué falta de educación! —protestó Diana ante la actitud de las jóvenes.

—Os he dicho que esa tipa es una arpía. Estoy convencida que ha provocado a Nadia para hacerla enloquecer —aseguró Tania.

¡Nadia! Con tantas emociones, olvidamos preguntar cómo estaba y si habían conseguido que se tranquilizara.

—Chicas, ¿cómo ha ido el intento de aliviar sus ansias de venganza? —pregunté a mis amigas.

—Un poco surrealista —Carlota seguía devorando pastelitos—. Entre que sangraba a borbotones por la nariz y gritaba como una energúmena parecía *Carrie*.

—Juraría que iba colocada porque esa agresividad es más típica de la gente que se ha drogado que de la dulce camarera que nos ha atendido al principio —observó Diana—. Sus compañeros le han aconsejado que guardara la compostura o tendría serios problemas con los jefes... —resopló y miró al techo—. De nada le servirá que vaya ahora de buenecita porque esa chica ya está con los pies en la calle. ¿Qué empresario querría tener a una empleada tan inestable?

—No se ha relajado hasta que Richi le ha prometido unas dos mil veces que Dafne no le gusta y que no siente nada por ella. Entonces, ha sido cuando Diana y yo hemos vuelto a la mesa. El camarero nos ha acompañado hasta el comedor y les ha servido a las *mamarrachas* escandalosas el champán que tanto esperaban.

—Creo que es un golfo —susurró Nancy—. Juega con las mujeres.

—Puedes darlo por hecho. Parece ser uno de esos chicos a los que le gusta tener a todas bajo sus pies y no atarse a ninguna —me atreví a decir—. Es libre de hacerlo, si eso es lo que le gusta, pero que no lastime a nadie.

—Qué se vaya a la mierda —espetó Carlota—. La gente tóxica es mejor tenerla bien lejos. Es evidente que a Nadia no le sienta nada bien ese joven tan arrogante.

—Que se arreglen entre ellos y nos dejen tranquilas que ya nos han mareado bastante —protestó Diana y probó una mini napolitana—. Creo que por hoy ya hemos tenido demasiadas sensaciones fuertes.

—Un poco de orden y paz no nos vendría mal... —resoplé.

Otro camarero trajo varias tazas vacías con sus platitos y cucharillas, una jarrita con leche, unos sobres con azúcar y una cafetera metálica muy elegante y moderna.

—Cuando estábamos en la cocina hemos pedido que nos preparen café —nos explicó Carlota, orgullosa de su idea—. La cafeína siempre viene bien.

Celebramos la propuesta y nos servimos el café con gusto mientras seguíamos saboreando los pastelitos. A excepción del alboroto provocado por la fiesta improvisada de Dafne y sus colegas, todo parecía volver a su cauce. Nosotras habíamos llegado a una tregua indefinida, olvidamos los reproches y nos limitamos a criticar a las tres escandalosas. ¡Caray, lo que unía poner verde a los demás! Hugo aún no había regresado de charlar con Carmen, pero algo me decía que podía confiar en él. Se desnudó al contarme que yo era su musa y sus palabras parecían sinceras. Aunque, siempre había sido una persona de hechos debido a que las palabras son intangibles y pueden quedar en el olvido. Aún así, decidí creerle. Observé a mis amigas risueñas, riendo ante la adversidad y quise dar un paso al frente para llegar a una reconciliación.

—Os pido disculpas por la encerrona de esta noche —dije con la voz entrecortada—. Me nublé al descubrir la aventura de mi hijo y obré mal al engañaros. Sois muy importantes para mí. Tenía que haberme comportado como una mujer adulta y no como una cría. Ahora, por mi culpa Jimena está muerta... —rompí a llorar.

—Borra eso de tu mente, ¿qué culpa tienes tú de lo que ha pasado? —Diana posó su mano sobre mi espalda—. Aún no sabemos quién ni por qué la ha asesinado, pero seguro que no tiene nada que ver con nosotras. Así que deja de torturarte, cariño.

—Apenas la conocías, Valen... Vete a saber si estaba metida en algún lío... —comentó Tania.

—Eso ya lo he dicho antes —Carlota dio un sorbo a su cortado.

—A mí lo que me aterra es que el psicópata vuelva a actuar —dijo Nancy asustada.

—Es poco probable —aseguró Diana.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque está claro que ha sido un ajuste de cuentas —respondió Tania—. Se han ensañado bastante con la víctima.

No había reparado en ese detalle. ¡Parecía un crimen pasional! Por lo tanto, el supuesto responsable era un hombre. ¡O Carlota! Estaba claro que Jimena y ella se conocían desde hacía tiempo y la terapeuta la había animado a que saliera del armario. ¿Y si eran amantes? O si nuestra amiga estaba enamorada y no era correspondida.

—¿De qué os conocíais Jimena y tú? —pregunté a Carlota.

Ella tragó saliva. Antes de que pudiera responder, Ramiro, el metre, pidió a todos los comensales que le prestáramos atención. Nos avisó que había un problema con el aire acondicionado y por ese motivo parecía que estuviéramos en una sauna en vez de un restaurante. Aseguró que la única forma de arreglar el sistema de refrigeración del local era apagando la corriente del local durante un momento y volver a encenderla. «Vamos a proceder al apagado. Nos quedaremos a oscuras, pero solo serán unos veinte segundos. Así que no aprovechéis para intimar con vuestras parejas porque apenas os dará tiempo» bromeó para rebajar la tensión. «Os pedimos

disculpas por las molestias. Después del apagón, el aire acondicionado funcionara sin ningún problema. Procedemos al apagado» nos informó. El comedor se volvió negro. Mi corazón se aceleró, cogí a Tania de la mano. Cada segundo a oscuras se hacía eterno y el miedo sacudió mi cuerpo. Hice unas respiraciones profundas para tranquilizarme.

—¿Por qué no hablamos un poco? —propuso Nancy—. Así llevaremos mejor estar a oscuras.

—Me parece buena idea —la apoyó Diana—. ¿Valentina en qué te vas a gastar la tarjeta de Dior que te he regalado?

—¡Joder! Alguien me ha rozado —exclamó Carlota—. ¿Tenéis el móvil a mano? Encended una puta linterna.

Noté un empujón en la mesa y me puse de pie, gritando como una loca. Entonces, escuchamos un golpe seco sobre la mesa. Las sillas de mis amigas se movieron y gritaron al mismo tiempo. ¿Qué había sido aquel ruido?

—¿Estáis bien? —se interesó Tania con la voz quebrada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Diana.

—¿Quién enciende su puto teléfono? —preguntó Carlota.

—Yo... lo saco del bolso —aseguró Nancy.

Su pantalla se iluminó y nos alumbró una a una para comprobar que no nos había pasado nada. Al fondo, varias personas habían activado las linternas de los teléfonos.

—Chicas, ¿habéis oído el golpe en la mesa? —Intenté no parecer muy asustada.

—Sí, ¿alguna ha sido la responsable? ¿Se os ha caído algo? —Carlota ya lo parecía por mí.

Las bombillas volvieron a brillar y la sala recuperó la tan esperada luz. Las cinco estábamos de pie, rodeando la mesa. Nos miramos, respiramos aliviadas al ver que nada había pasado. Hasta que...

—¡Madre mía! —exclamó Nancy, señalando la mesa.

—¡Joder! —Diana se llevó las manos a la boca.

—Creo que me va a dar un infarto —Carlota se apartó con brusquedad.

No era para menos. Alguien había clavado un cuchillo en el medio de nuestra mesa. Parte de la afilada hoja atravesaba el mantel de tela y la madera. En ese momento supimos que la locura no había terminado y, lo que era aún más peligroso, volvíamos a ser el objetivo de un psicópata que ya había matado a una integrante de nuestra cena.

UNA MENOS

La señal estaba clara. El asesino iba a por nosotras. El cuchillo atravesando parte de la mesa era su aviso. O, mejor dicho, su amenaza. El miedo me había paralizado y no sabía qué hacer. La gente nos miraba sorprendida, sin comprender porqué estábamos tan asustadas.

—¿Habéis visto algo? —preguntó Diana sin apartar la vista del arma.

—Nada de nada —Tania negó con la cabeza—. He sentido que alguien se acercaba y después me he sobresaltado por el golpe.

—Yo no he visto nada, pero esto me acojona mucho —dijo Nancy con los ojos vidriosos.

—Me da igual lo que diga la agente de policía o el amante misteriosos de Tina, yo me voy de aquí. Está claro que no estamos en un lugar muy seguro —afirmó Diana.

Todas cogimos nuestros bolsos y teléfonos para largarnos del restaurante lo antes posible. La idea de Diana era la más acertada y si nos quedábamos corríamos un serio peligro. ¿Qué sentido tenía permanecer allí y prolongar nuestra agonía?

—Voy a avisar a Hugo de lo que ha pasado y nos marchamos ya —les avisé.

—Olvídate de ese canta mañanas, ¡vámonos! —insistió Diana, visiblemente nerviosa.

—¿A dónde? —quiso saber Tania.

—A comisaría. Contamos que han matado a Jimena y que un loco nos está acosando —respondió.

Entonces, en medio de nuestro caos, Dafne cayó al suelo bruscamente reclamando las miradas de todos los presentes. Una de sus amigas parecía mareada y se levantó con dificultad. Se apoyó con las manos en el respaldo de la silla, asegurando que no se encontraba muy bien. La tercera de ellas se desplomó al igual que Dafne. ¿Qué estaba sucediendo? El resto de las personas observábamos la estampa con preocupación y asombro. La que todavía se mantenía en pie, avanzó unos pasos y a duras penas llegó hasta un enorme mueble de madera pintado de blanco y con vajilla en su interior, que estaba pegado a la pared. Un hombre se acercó para socorrerla, pero ella negó su ayuda y lo obligó a que se apartara. El tipo retrocedió y volvió a su sitio. La amiga de Dafne, que parecía misteriosamente colocada, dio la vuelta sobre sí misma, dando la espalda al resto de los comensales y se sujetó en las estanterías del armario para no caer. Unos cuantos platos se estrellaron contra el suelo. El mueble se tambaleaba debido a los fuertes vaivenes de la joven. Finalmente, le abandonaron las fuerzas y cayó hacia atrás. Se agarró con las manos a las repisas de madera, provocando con su inercia que el armario se venciera. Vimos como el descomunal mueble cedía a cámara lenta, sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo, y acababa encima de ella. El ruido fue mayúsculo y la sorpresa aún más abrumadora. Ninguno de los presentes dábamos crédito a lo que habíamos presenciado. Dos chicas estaban tendidas en el suelo al desmayarse sin previo aviso y otra muerta debajo de un gran armario. Se me cortó la respiración. Tuve que sentarme para recobrar el aliento y digerir lo que había visto. Dos muertes en la misma noche. Quise borrar la imagen de mi mente, pero sabía que aquella escena no sería fácil de olvidar. Aquello no podía ser casual, tenía que estar conectado con el asesinato de Jimena. ¿Quién querría liquidar a la psicóloga y al grupo de amigas? ¿Por qué habían clavado un cuchillo en nuestra mesa? No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo y la sensación de vulnerabilidad acrecentaba mis miedos. ¿Qué sería lo próximo en pasar? Tragué saliva. La gente

se levantó de sus sillas, comenzó a gritar y reinó el caos. Parecía un desafortunado accidente provocado por tres mujeres borrachas, pero nosotras sabíamos que no era así. Fue otro homicidio. Y si no salíamos de allí, correríamos la misma suerte. Antonio, el médico, tomó el pulso de Dafne y su amiga. «¡Están vivas!» anunció en voz alta. «Hay que llamar a una ambulancia». Carlota se aproximó con cautela, se agachó a la altura del médico jubilado y le dedicó una sonrisa débil. La seguimos para no dejarla sola.

—¿Se pondrán bien? —preguntó en voz baja.

—No lo sé. Esto es muy extraño... —susurró él y se incorporó—. Es poco probable o casi imposible que tres personas se desmayen al mismo tiempo fruto de una cogorza.

—¿Qué quiere decir? —se interesó Diana.

—La pérdida de conciencia no ha sido causada por un exceso de alcohol. Las han drogado con algún narcótico o algo por el estilo —aseguró, mirando a las dos jóvenes tendidas en el suelo.

—¿Cómo? —insistió Carlota.

—Eso es un misterio. Tendrán que hacerles pruebas toxicológicas. —Antonio se encogió de hombros—. Tal vez les hayan echado algo en la comida o en la bebida...

—Lo que faltaba... —resoplé—. Esto es una tremenda locura.

Hugo y Carmen aparecieron en el comedor. Parecían preocupados.

—¿Estáis bien? —preguntó el escritor—. Hemos oído jaleo...

—¡No! No estamos bien —espetó Diana harta de tanto secreto y discreción—. Acaban de drogar a tres jóvenes inocentes y una de ellas ha muerto al caerle encima ese inmenso armario. —Señaló la nueva escena del crimen—. Y, por si fuera poco, algún perturbado ha incrustado un puto cuchillo en nuestra mesa cuando estábamos a oscuras. Así que la respuesta es que no estamos nada bien. Ni tampoco vamos a seguir ocultando el asesinato de Jimena para que la gente no se asuste porque ya se ha acojonado con lo que ha sucedido ahora mismo.

—Diana lleva razón —la apoyó Tania—. Ha sido un error ser tan cautelosos y eso ha llevado a más muertes. Si la policía quiere capturar al responsable que haga su trabajo, tomando huellas, buscando pistas o ADN... pero que nos dejen salir de aquí. Por cierto —se dirigió a Carmen—, ¿dónde están tus compañeros? Hace mucho rato que los has llamado y aquí no ha venido nadie.

—Ha pasado algo importante en la ciudad que los ha retrasado —respondió la agente.

—¿Más importante que un asesinato? —pregunté incrédula.

—Mirad las noticias en vuestros teléfonos móviles. Está ardiendo el centro comercial de las afueras. Los bomberos y la policía están intentando sofocar las llamas y atendiendo a las víctimas. Me han avisado que está a punto de llegar una patrulla.

¿Qué pasaba aquella noche? ¿Se habían alineado los planetas para que todas las catástrofes sucedieran a la misma hora? Suspiré angustiada. Habíamos tomado una decisión y pensábamos llevarla a cabo.

—Nosotras nos vamos, Hugo —le avisé—. Tú haz lo que consideres más oportuno.

—De aquí no sale nadie hasta que vengan mis compañeros —nos retó Carmen—. Así vamos a proceder. Esperamos a que llegue la autoridad y después acataremos sus órdenes, ¿entendido?

—Me importa una mierda el procedimiento. Yo me voy de aquí y si no te parece bien, puedes esposarme y detenerme —vaciló Diana, dándole la espalda.

Todas hicimos lo mismo. Nos largábamos de aquel lugar sin pensárnoslo otra vez. Entonces, llamaron a la puerta del restaurante. «¡Abran, somos la policía!» gritaron desde el exterior. Ramiro apresuró sus pasos para dejar entrar a dos agentes bien uniformados. Carmen se hizo paso entre nosotras, nos miró con aires de suficiencia y dijo «no vais a ninguna parte, bonitas».

Cerraron las puertas de nuevo. No teníamos escapatoria. Aunque me tranquilizaba saber que iban a investigar los asesinatos, eso no garantizaba nada. ¿Quién podía asegurar que no habría más crímenes? Volví a suspirar con tristeza. Y supe, con certeza, que salir de allí iba a ser más complicado que escapar de los pasillos de *Ikea*.

ACUSACIONES

Acordonaron el recinto y pidieron a todos los que estábamos en el lugar que colaboráramos. Carmen se quedó en la entrada para impedir que nadie escapara. Los policías nos llevaron otra vez a nuestra mesa, que ya le estaba cogiendo una tirria descomunal, para hacernos varias preguntas. Explicamos lo que había sucedido. Entre lágrimas, les conté mi loco plan al contratar a Jimena y su terrible desenlace. Carlota no abrió la boca para indicar que se conocían. Se calló. Al igual que Tania, que no soltó prenda cuando se interesaron por Dafne y sus amigas. Se hizo la loca como si el asunto no fuera con ella. Después de casi media hora de interrogatorio, nos pidieron que permaneciéramos en el mismo sitio donde estábamos y fueron a hablar con los trabajadores del local. Me disgustó que ninguna de mis amigas implicadas hubiera dicho la verdad u ocultaran detalles importantes a los agentes.

—¿Por qué no les has contado que conocías a Jimena? —incredulo a Carlota.

—No tiene importancia. —Hizo un ademán con la mano.

—¡Sí que la tiene! —exclamó Nancy—. Estás relacionada directamente con la víctima y te lo has guardado. Eso no mola nada.

—¡Joder! Jimena era mi psicóloga. Llevo casi tres meses asistiendo a su consulta para resolver mis problemas de identidad sexual —aclaró.

—Eso explica muchas cosas... Pero, ¿por qué no lo has dicho antes? —preguntó Diana.

—Es algo muy íntimo. Nadie sabía que iba a terapia. Gracias a ella me he aceptado a mí misma. —Comenzaron a resbalar dos o tres lágrimas por sus mejillas—. Y ahora está muerta... Cuando la he visto en el suelo del baño casi me da algo. Ha sido muy fuerte. No he considerado que fuese oportuno decir que ella era mi terapeuta. Además, daba por hecho que habríais llegado solitas a esa conclusión.

—Lo siento, cariño —Nancy la abrazó.

—Sigues sin justificar por qué no les has informado a los agentes de tu vínculo con ella. —Diana negó con la cabeza—. Aunque no ha sido la única que ha mantenido el pico cerrado, ¿verdad, Tania?

—A mí dejadme tranquila —protestó.

—Tú conoces a Dafne... De hecho, sabemos que ese es su nombre porque nos lo has revelado tú —insistió—. Durante toda la noche, no has parado de criticarla y de asegurar lo mala persona que es. Y, ahora, está debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Tampoco sabemos en qué estado está —quise quitar hierro al asunto.

—No estoy acusando a nadie de nada —matizó Diana—. Solo digo que me resulta sorprendente.

—A mí lo que me resulta sorprendente es lo amargada y gilipollas que eres —contraatacó Tania—. Deja de meterte en asuntos ajenos. Preocúpate de tu triste vida de ama de casa pija y superficial, de tus regalos de *Dior* y de que tu maridito encuentre pronto un trabajo para que te siga colmando con caprichos.

—Serás hija de puta —escupió Diana.

—No, no... Ese vocabulario no es propio de una aristócrata como tú —rio—. Cuida tus modales. No querrás que pensemos que eres una ordinaria maleducada.

Diana propinó una sonora bofetada a Tania que nos pilló a todas por sorpresa. Yo estaba al borde de un ataque de nervios entre tanta hostilidad, acusaciones precipitadas e insultos. Di un puñetazo a la mesa.

—¡Ya basta! Por favor, ¿podéis dejar vuestra ridícula rivalidad para otro momento? Tenemos que estar unidas. No sirve de nada que nos señalemos como si una de nosotras fuera culpable de lo que ha pasado. Las cinco estábamos juntas cuando esas tres chicas se han desplomado y ninguna ha sido responsable de eso.

—Tú has sido la primera que me has acusado de ocultar datos a la policía —me recriminó Carlota.

—Sí, lo sé... Me he equivocado. Te pido disculpas. —Apoyé una mano sobre mi frente—. No hagáis que esto sea más complicado. Vamos a sumar fuerzas. ¿Ok?

Diana se acomodó el pelo y levantó la vista indignada. Tania suspiró para armarse de paciencia.

—Perdóname, he sido una irrespetuosa al llamarte pija y superficial —lamentó Tania.

—Me da igual, barrendera. Nunca nos hemos soportado y no tenemos que seguir fingiendo que nos llevamos bien. Si de algo me ha servido toda esta locura es para no perder el tiempo con quien no lo merece. Así que guárdate tus perdones para ti. —Diana le giró la cara.

Tania me miró con cara de asombro y se encogió de hombros. Sacudí la cabeza ante la tozudez de Diana. Entonces, mis amigas miraron a mis espaldas y, antes de que pudiera girarme para saber qué les llamaba la atención, noté una mano sobre mi hombro.

—Valentina, ¿puedes venir conmigo? —preguntó Hugo.

—¿Qué sucede? —Me preocupé.

—He hablado con mi amigo de comisaría y hemos llegado a la misma conclusión. Sospechamos que Nadia o Richi pueden ser los responsables de los asesinatos... o quizás sean cómplices.

—¿Y qué tiene que ver Tina con ellos? —Carlota estuvo acertada con su duda.

—La policía los está interrogando por separado. Richi parece dispuesto a confesar, pero Nadia se niega a decir nada. Ha asegurado que solo hablará si están delante Valentina y la psicóloga. Necesitamos que vengas y así la camarera desembuchará —explicó mi atractivo amante.

Yo lo que quería era marcharme a casa, darme un baño relajante, tumbarme sobre el sofá y ver el programa más absurdo e ilógico de *Netflix*. Cerré los ojos y adopté una mueca de desespero, dejando en evidencia lo poco que me apetecía juntarme con aquella chalada, pero tenía que hacerlo por Jimena y por nosotras. Era el momento de acabar con toda esa locura. Me levanté y le cogí de la mano.

—Claro. Voy contigo.

Él sonrió como muestra de agradecimiento. Diana se puso de pie.

—Te acompaño —se ofreció decidida.

Suspiré aliviada. Si era sincera, prefería que viniera alguna de mis amigas para no estar yo sola con ellos y la energúmena de Nadia. Miré a Hugo esperando su aprobación. No puso ningún inconveniente. Fuimos hacia la cocina del restaurante.

—¿Qué tengo que hacer? —quise saber.

—Nada. Tú síguete el rollo hasta que nos cuente lo que necesitamos para incriminarla o averiguar hasta qué punto está involucrada en los asesinatos —me aconsejó.

—No será peligrosa, ¿verdad? —resopló Diana.

—Está hasta las trancas de cocaína, pero podemos controlarla.

Cuando llegamos, Nadia estaba dando vueltas entre los fogones. Un agente la escoltaba. La joven se alegró al verme y corrió hacia nuestra dirección. Di un paso atrás por puro instinto de supervivencia. No quería que aquella loca me pusiera una mano encima. El policía la agarró de un brazo y la detuvo. La cocina era enorme, con armarios metálicos y conté más de cuatro fogones. Sobre las encimeras vi platos, bandejas, botes rellenos con salsas, cucharas, paños de tela, ollas y cuchillos. Igualitos al que clavaron en nuestra mesa. «¡Este es el mejor sitio para interrogar a una sospechosa de asesinato!» pensé con ironía.

—Ya ha venido Valentina —Hugo me señaló—. Hemos obedecido tus órdenes. Ahora te toca a ti.

—¿Y la psicóloga?

—No ha podido venir —respondió el escritor.

Me sorprendió que se interesara por Jimena. Solo se me ocurrían dos explicaciones lógicas para que formulase esa pregunta. O ignoraba que estaba muerta porque no tenía nada que ver con el crimen o estaba tan colocada que ni se acordaba de lo que había hecho.

—Pues no diré nada —amenazó, forcejeando entre los brazos del agente.

—No sabemos donde está la terapeuta —Hugo se encogió de hombros.

—No me importa. Ella me ha ayudado antes y necesito que lo haga ahora. Además, ¿quién es esa mujer? —dirigió su mirada a Diana.

—Es una amiga —pronuncié con timidez e intenté empatizar con ella para que se sintiera cómoda—. Hola, Nadia. ¿Qué ha pasado?

—Estos orangutanes nos han asaltado a Richi y a mí y quieren que declare en contra de él.

—Si eres inocente y sabes algo, tienes que contárselo a la policía —le rogué acercándome a ella con cautela.

—No les diré nada hasta que venga la psicóloga. —Seguía en sus trece.

Detestaba la cabezonería de las personas que iban drogadas. Podían obsesionarse con hacer algo estúpido y no dar marcha atrás en su decisión. En ese caso, Nadia pensaba que si Jimena la ayudaba podría resolver el malentendido. Pero esa opción era inviable.

—Habla de una vez —le ordenó el agente, dándole un pequeño meneo.

—No.

—Si me permitís, esto lo arreglo yo en un segundo —aseguró Diana.

Se acercó decidida hasta la camarera, clavó sus ojos en los suyos, le sonrió con descaro y ¡Zas! Le propino un tremendo guantazo que casi la tira al suelo. Exhalé anonadada, ninguno de los presentes nos esperábamos la reacción de Diana.

—O desembuchas o es la primera de las cientos de hostias que te vas a comer —la amenazó mi amiga—. Tengo muy poca paciencia y creo que esta noche se me ha agotado toda. —Levantó la mano de nuevo, dispuesta a regalarle otra bofetada.

—Eres una zorr...

¡Zas! Nadia recibió otro revés por parte de Diana. Si seguía a ese ritmo pronto la dejaría inconsciente. Aluciné con la agilidad y la fuerza de mi amiga. Si existía alguna competición que premiara el mejor sopapo, seguro que lo ganaba ella.

—Me puedo pasar así hasta mañana —le avisó—. Tal vez, le coja el gusto a esto de repartir leches.

—Vale. No sigas, por favor. —Parecía que los tortazos la habían hecho entrar en razón—. Os diré todo lo que queráis saber.

Hugo sonrió feliz. Habíamos conseguido que la camarera se mostrara con ánimos de colaborar. En realidad, todo el mérito era de la mano de Diana.

—¿Por qué vas drogada? —preguntó el policía.

—Richi llevaba dos de gramos de coca y cuando hemos comenzado el turno nos hemos preparado un par de rayas —explicó.

—Con dos rayas no vas tan puesta —aseguró Hugo.

Nadia puso los ojos en blanco y confesó que después del fugaz polvo en el almacén, se les había ido la mano al consumirla. «Nos terminamos los dos gramos en un *plis plas*» garantizó. ¡Cómo podía engañar la imagen que proyectaban los demás! Jamás hubiera creído que aquella veinteañera de aspecto angelical era una cocainómana en potencia, ¿sería también una asesina?

—¿Qué ha pasado con las chicas que se han desmayado? —me interesé.

—Pues que llevaban un pedo de órdago. —Se encogió de hombros. La miré incrédula—. ¿Qué? Nosotros no les hemos dado coca. A esa buscona no le doy una mierda. Quería robarme a mi chico.

—Las han drogado con otra sustancia. Han intentado matarlas y una de ellas ha fallecido —reveló Hugo, cruzando los brazos.

—Y también han asesinado a la psicóloga, por eso no ha podido venir a ayudarte —dijo Diana con sorna.

Nadia abrió los ojos como platos. No podía asimilar la información que acababa de recibir. Se soltó del policía de un empujón y se apoyó en una de las encimeras.

—No puede ser cierto... —murmuró.

—Desgraciadamente, sí que lo es... —Posé mi mano sobre su hombro—. A las chicas que han drogado no las conocemos, pero Jimena estaba con nosotras y queremos saber quién ha sido el responsable de su muerte.

La camarera comenzó a llorar y bajó su mirada al suelo.

—No puedo traicionar a Richi... No quiero que vaya otra vez a prisión.

—Tu amiguito va a ir a la cárcel por poseer sustancias ilegales, así que tú no serás la responsable de su vuelta al calabozo —aclaró el policía—. Lo hemos pillado con un alijo importante.

—Antes, cuando le he estampado la tarta en la cara a la guarra que se ha reído de mí, he entrado cólera y me han tranquilizado mis compañeros.

—Lo sé. Yo he contribuido a ello —le apoyó Diana.

—Richi me ha prometido que no quería nada con ella y que solo estaba siendo cortés porque era una clienta. Yo le he dicho que me he sentido humillada cuando me ha dado la bofetada delante de todo el mundo. Y él... —se quedó callada y cayeron varias lágrimas de sus ojos.

—Continúa —le pidió Hugo.

—Él me ha dicho que no me preocupara por eso. Que se vengaría de ellas por dejarme en ridículo en público. Yo pensé que le escupiría en el café o algo por el estilo. Jamás imaginé que las intentaría matar —aseguró abatida.

El agente de policía celebró la confesión de Nadia y fue a comunicárselo a su compañero que estaba interrogando a Richi en el almacén. «¡Ya tenemos motivos suficientes para encerrarlo!» exclamó antes de marcharse.

—¿Qué le va a pasar? —La camarera se preocupó por su amante.

—Lo acusaran de asesinato. Cuando encuentren las pistas suficientes y confiese que es el autor de los crímenes, pasará muchos años sin pisar la calle. Tu confesión ha sido y será vital para que

lo juzguen —Hugo, que estaba eufórico al encontrar al culpable, como cuando bordas el final de un libro, habló más de la cuenta.

—¿Van a meterlo en la cárcel por mi culpa?

—No, cariño. Por tu culpa no. Por sus actos —le recordó Diana.

—Pero si ha sido él quién ha drogado a esas cerdas, lo ha hecho por amor. ¡Para defenderme a mí! —Dio un salto y entró de nuevo en su estado de locura—. No puedo traicionarlo.

—Si Richi es un homicida, tiene que estar entre rejas o volverá a matar —intenté hacerla entrar en razón.

—Si lo detienen... Soy capaz de venir con mi moto, que está afuera aparcada, atravesar la cristalera del restaurante y rescatarlo para fugarlos los dos. ¡Como *Thelma y Louise*!

La comparación no fue la más acertada. Si no hubiese sido porque el momento era tenso y angustioso, me habría reído en su cara. ¡La idea era absurda! Pero la pobre iba colocadísima y no pensaba con claridad.

—Si has visto la película, sabrás que no acaba muy bien —le informó Hugo—. Así que déjate de chorradas.

—Él no las mató, ¡fui yo! —mintió en un pobre intento por proteger al descerebrado de Richi.

—No seas idiota y respétate un poco —la increpó Diana—. A ese tío no le importas nada. Seguro que está poniéndote como la mala del cuento con tal de salvar su trasero.

Nadia enloqueció y gritó «¡Eres una embustera!». Cogió un cuchillo que estaba sobre la encimera y nos amenazó. Sabía que era el peor lugar para interrogarla. Además, el gilipollas del agente no tuvo otro momento más idóneo para largarse que cuando ella perdió los papeles.

—Tranquilízate. Podemos solucionarlo... —dijo Hugo en voz baja—. Tal vez, tu chico no tenga nada que ver con los asesinatos.

—No me tomes por tonta —protestó, señalándole con el arma—. Vais a dejarme salir u os corto en pedacitos.

Valoré la opción de hacerme con otro cuchillo y enfrentarme a ella, pero ni era la mejor espadachina ni tenía la necesidad de que me perforaran el cuerpo. Así que lo más sensato fue dejar que huyera. Antes de salir, cogió una llave de un estante y nos encerró en la cocina. Desde la ventana circular de la puerta, observamos cómo Nadia se dirigía hacia la salida. Se detuvo ante Carmen y, después de cruzar varias palabras, forcejearon. No veíamos con claridad lo que estaba pasando porque estábamos lejos. Hugo cogió carrerilla y golpeó la puerta con el hombro. Se movió, pero no se abrió. La segunda vez, Diana y yo lo acompañamos en el empujón y reventamos la cerradura. La gente gritó sobresaltada. Corrimos hasta la entada para encontrarnos con Carmen en el suelo. Se sujetaba el abdomen con las manos ensangrentadas.

—¿Estás bien? —pregunté asustada—. ¿Qué ha pasado?

—La hija de puta de la camarera quería salir y al impedírselo me ha clavado un cuchillo. Creo que la herida no es muy profunda —suspiró—. Necesito un poco de agua, me estoy mareando.

Diana fue a buscar ayuda, Hugo salió a la calle para comprobar si Nadia estaba cerca y yo me quedé al lado de la agente de policía. «Aguanta» quise decirle. El escritor regresó del exterior y nos dijo que había desaparecido. Diana llegó con un botellín de agua y acompañada de Antonio. Carmen bebió poco a poco. Entonces, escuchamos el rugir de un motor acercándose hacia nosotros. Tragué saliva. No podía ser cierto. Parecía como el sonido de un trueno que cada vez sonaba cerca y amenazador. La muy idiota cumplió su palabra. Atravesó la enorme cristalera, que estaba a escasos metros de nuestra posición, con su moto. Reventó la vidriera para acceder al interior del restaurante montada en una *scooter* de color negra. Su cara de perturbada daba miedo

al volar por encima de una mesa. Todo pasó despacio. A cámara lenta. El tiempo se detuvo en ese surrealista instante en el que Nadia se propuso rescatar a su amante destrozando la fachada del local con su vehículo. Parecía sacado de una película. Con lo que no contaba Nadia era con las consecuencias de aquel acto tan temerario. La motocicleta se estrelló contra una de las mesas y ella salió despedida bruscamente. Aterrizó contra una columna de hormigón y se partió el cuello. A tomar por el culo con la testigo principal, ella solita se había quitado de en medio. ¿Cómo podía haber sido tan gilipollas? Supuse que el efecto de las drogas había motivado su terrible bravuconería que le costó la vida. Os podéis imaginar el revuelo que se montó en el restaurante. Aquello parecía la casa de los horrores. La gente gritaba, corría, se apartaba del lugar del accidente... Nadia yacía en el suelo rodeada de un grotesco charco de sangre. Lo único que me tranquilizaba era saber que Richi era el responsable de todos los crímenes gracias a la confesión de su amante y que la policía lo había capturado.

NOS VAMOS

La policía se llevó al joven camarero esposado mientras gritaba como un energúmeno. Pasaría la noche en el calabozo y, posteriormente, sería juzgado por los terribles asesinatos. Tomaron nota de nuestros datos porque nos llamarían para testificar en contra de él. La parte delantera del restaurante estaba destrozada. La *scooter* seguía tendida en el suelo y su conductora a pocos metros. La taparon con un mantel de tela hasta que llegara la ambulancia para llevarse los tres cuerpos sin vida. La gente fue abandonado el local sin salir de su asombro. Dudaban de si lo que habían vivido aquella noche había sido real o una broma de una cámara oculta. Lo dudaba hasta yo. Nosotras nos quedamos en la barra, esperando a que vinieran a buscar a Carmen para llevarla al hospital.

—¿Qué quería conseguir Nadia? —preguntó Carlota anonadada—. ¿Pretendía suicidarse?

—Ha intentado hacer un *Úrsula Corberó* en *La casa de papel* cuando regresa para unirse a sus compañeros y le ha salido mal —ironizó Diana, poniendo los brazos en jarra.

—¿Con qué finalidad? —insistió Tania.

—Quería rescatar a Richi y fugarse... —puse los ojos en blanco.

—¿Podemos largarnos de aquí? Ahora que ya se ha resuelto todo y tenemos vía libre para irnos, necesito cambiar de aires —suspiró Nancy, abanicándose con las manos.

—Sí, por favor —la apoyó Carlota.

—¿Vamos al *Tifanis* y tomamos un café o una copa? —propuso Diana.

Nos pareció una idea maravillosa. Les pedí a mis amigas que me esperaran en la calle, antes tenía un asunto pendiente que resolver. Me acerqué a Hugo, que estaba hablando con Carmen y sus amigos.

—¿Cómo estás? —le pregunté a la agente.

—Mejor. Me duele, pero creo que no es grave —asintió.

—Voy quedarme hasta que venga la ambulancia —señaló el escritor.

—Me parece perfecto. Nosotras vamos a ir a tomar algo a una cafetería que está cerca de aquí y que abre hasta tarde —le anuncié—. Necesitamos un trago para asimilar todo lo que ha pasado. Y, con un poco de suerte, borrarlo de nuestra mente.

Hugo me cogió de la mano y tiró de mí, pegándose a su cuerpo.

—Espero que no quieras olvidarlo todo. Hay algunas cosas que han sido increíbles —susurró.

—Tú has sido lo mejor de esta noche —aseguré—. Me gustaría que siguiéramos viéndonos. Vamos, si tú quieres...

Él soltó una carcajada y me rodeó con sus brazos.

—Lo daba por hecho —dijo en voz baja.

Nos fundimos en un beso. Fue más comedido que los anteriores porque no era el lugar más apropiado para derrochar pasión.

—Si me dices dónde vives, puedo ir a tu casa más tarde y dormimos juntos —sugirió mostrando una sonrisita de pícaro.

—Ya... cómo si no supieras cuál es mi casa, espía secreto —bromeé, dándole una palmada en el pecho. Miré a través del escaparate destrozado del restaurante y observé reír a mis amigas—. ¿Qué te parece si mejor desayunamos? Ahora voy a ir con las chicas a tomar algo y después

quiero descansar.

—Me parece una idea estupenda —volvió a besarme.

Le pedí su móvil, me lo dio y guardé mi número en su agenda de contactos antes de devolvérselo.

—Llámame, *James Boom*. —Mientras me alejaba, hice un gesto con la mano simulando que descolgaba un teléfono.

—Lo haré. Te escribiré un *WhatsApp* para que me mandes la ubicación de tu domicilio. Te digo en serio que no sé dónde vives. Tengo un límite en lo que se refiere a acosar a una dama.

—Eso ha sonado fatal —reí divertida.

Hugo me hacía sentir joven, alocada y con una chispa de locura. Era emocionante sentirme atraída e ilusionada por alguien que se interesaba por mí. Tenía pensado desayunar más de una mañana con él. Iba a dejarme llevar. Quizás, fuese el hombre de mi vida. Y de no ser así, al menos habría disfrutado de lo lindo de su compañía y de su voraz apetito sexual. Como había dicho él, no iba a dejar pasar ese tren. Pero todo a su debido tiempo. Me uní a mis amigas y nos fuimos paseando hasta *El Tifanis*.

Cuando llegamos a la terraza de la cafetería, juntamos dos mesas para estar más cómodas y pedimos unos mojitos. Pasaban de las doce y media de la noche, corría una brisa agradable y no había casi nadie. La ciudad se quedaba vacía en agosto porque la gente prefería pasar sus vacaciones en la costa. Agradecí que las cinco estuviésemos bien y respiré aliviada.

—Todavía estoy alucinando con lo que ha pasado... —reflexioné, dando un sorbo a mi bebida.

—Ha sido muy fuerte. Es algo que jamás olvidaremos —añadió Carlota.

—Y que, sin lugar a dudas, nos ha unido aún más —Nancy apoyó su mano sobre mi pierna.

La miré con desgana y la aparté con delicadeza.

—No te confundas. Ahora que todo ha acabado, quiero que sepas que sigo igual de cabreada y defraudada contigo. Así que déjate de ñoñerías... Miguel, tú y yo tenemos una conversación pendiente —dije con aires de suficiencia.

—¡Vamos, Tina! ¿No has aprendido nada de todo esto? Se comprensiva con la mujer y deja el rencor a un lado —ironizó Diana.

—Sí, claro. No dirías lo mismo si se hubiese follado a tu hijo —respondí sin pensar.

—Me temo mucho que no puedo ponerme en tu piel porque yo no tengo hijos. Ni falta que me hace. —Puso una mueca de asco—. Ya tengo bastante con aguantar a un marido infantil e inmaduro —bromeó para sorpresa de todas. No era típico en ella ridiculizar o airear su vida privada. ¿Estaba cambiando tal y como aseguraba?

—Yo sí que he aprendido la lección. Paso de juzgar a la gente por sus apariencias o sus gustos por mucho que disten de los míos... Diana, reitero mis disculpas, las aceptes o no —Tania le tendió la mano en son de paz.

Diana las aceptó de buena gana y le estrechó la mano. Suspiré feliz al ver como dos de mis mejores amigas sacaban por fin la bandera blanca. ¿Podría hacerlo yo con Nancy? La miré y solté una carcajada.

—Eres una pedazo de hija de puta y lo sabes —la señalé—. Por una parte, te mataría por tener una aventura con mi pequeño...

—Déjate de muertes para otra ocasión que ya hemos tenido suficientes —bromeó Carlota, levantando las manos.

—Por otra parte, sé que eres buena persona y que todo el mundo se puede equivocar... ¡Ay! ¡No sé! Estoy confundida. Ya decidiré qué narices hago contigo en otro momento. Ahora prefiero

emborracharme —bramé agobiada.

—Entonces, ¿somos amigas? —quiso asegurarse Nancy.

—Me temo que sí —resoplé, fastidiada.

Reímos las cinco y brindamos con nuestros vasos llenos de mojito. Aunque, en realidad, era incapaz de despojarme de la incómoda sensación de llevar unos cuernos descomunales. Que una amiga se acostara con tu hijo no significaba que te estuviesen siendo infiel, pero yo lo sentía así.

—¡Somos unas supervivientes! —exclamó Diana.

—Ya lo creo... —afirmé.

—Hay algo que no me cuadra... —Carlota se rascó la cabeza—. Según Nadia, el camarero intentó asesinar a las tres escandalosas del comedor porque habían humillado a su chica, ¿no?

—Eso fue lo que dijo ella —Diana asintió.

—Entonces, ¿qué le motivó a matar a Jimena?

Nos quedamos calladas. No teníamos respuesta para aquella pregunta y eso daba un poco de miedo.

—Tal vez tuvo algo que ver que estuviese hasta las cejas de coca... —supuso Tania.

—Eso ya no nos incumbe. La policía tendrá que atar todos los cabos —añadí.

—Espero que Dafne y su amiga se pongan bien —comentó Nancy—. Me he quedado muy preocupada al ver que no habían recuperado la conciencia. ¿Con qué las habrán drogado?

—¡Vete tú a saber! —exclamó Diana—. Pero, como dice Tina, ya lo descubrirán cuando les hagan las pruebas pertinentes de toxicología.

—He flipado cuando se le ha caído el armario encima a la...

—¿Y si cambiamos de tema? —Interrumpí a Nancy, saturada de tanto homicidio. Miré a Carlota y dibujé una sonrisa traviesa—. ¿Sales con alguien?

Ella se puso colorada y se pasó el pelo por detrás de la oreja.

—Llevo dos meses quedando con una chica... —Estaba nerviosísima al hablar de su nuevo amor—. La conocí en un bar de ambiente que fui con unas amigas del trabajo y desde entonces nos hemos visto casi todos los días.

—¿Cuándo vamos a tener el honor de conocerla? —la animó Nancy.

—Me encantaría presentárosla. Seguro que os cae fenomenal —celebró aplaudiendo.

—¿Y tú? —Tania me miró—. ¿Qué intenciones tienes con el escritor de culo irresistible?

—¿También escribe? —Se sorprendió Diana. Ella había estado en la cocina del restaurante junto a Carlota cuando les revelé quién era mi supuesto acosador.

—Sí. Es Hugo Carrillo, el autor de la popular saga de novelas policíacas españolas —aclaré.

—¡Vais a formar una pareja muy glamurosa! —celebró Nancy.

—¡Esa frase es mía! —protestó Diana entre sorbo y sorbo—. Y ya sabes lo poco que me gusta que me roben las cosas. —Le sacó la lengua.

—Quiero seguir conociéndolo. Mañana vamos a desayunar juntos...

Carlota carraspeó con intensidad para reclamar nuestra atención. Lo consiguió.

—¿Puedo seguir contando mi historia de amor? —cuestionó molesta.

—Hija, qué afán de protagonismo —Tania le dio una palmada en la espalda.

—Llevo meses ocultando mi idilio y desando contároslo. Ahora que lo sabéis no me voy a dejar ningún detalle —dijo entre risas.

Continuamos charlando durante una hora. Carlota nos mostró fotos de su chica y nos relató cómo fue su primer encuentro con Noelia, así se llamaba su novia. Nosotras nos alegramos por ella. Se le veía feliz, pletórica e ilusionada. Se me escapó un suspiro al pensar que eso tan bonito

que tenía mi amiga con su reciente conquista, quizás podría disfrutarlo con Hugo. Por lo menos, iba a intentarlo. Estaba impaciente por hacerlo. Hacía tiempo que alguien no me llamaba tanto la atención ni provocaba que mi corazón palpitara con intensidad al verlo. ¡Esas eran las cosas y las personas que no debía dejar escapar! Las que te remueven por dentro y te hacen suspirar de ilusión. Un camarero nos trajo la cuenta y nos informó que estaban a punto de cerrar el local. Nosotras teníamos ganas de seguir marujeando y tomando mojitos. Propuse continuar con la fiesta en mi casa. Podíamos salir al jardín, prepararnos unos cubatas y cotorrear hasta que amaneciera. La idea gustó. Ya estaba decidido, mi hogar sería nuestra siguiente parada. Aunque jamás imaginé el peligro que correríamos al ir allí.

LA NOCHE NO ACABA

Carlota fue la única en rajarse. Estaba agotada, prefería irse para descansar tendida sobre su cama. Las demás decidimos ir a mi casa y prolongar la celebración de mi cumpleaños. Llamamos por teléfono a dos taxis para que vinieran a buscarnos. Las cinco no podíamos montarnos en el mismo vehículo. Además, Nancy quería pasar por su casa para cambiarse de calzado. «Me están destrozando estos tacones» se quejó. Le ofrecí dejarle unas de mis zapatillas cuando llegáramos, pero la idea no le sedujo en absoluto. Así que Nancy, Carlota y Tania fueron en un coche y Diana y yo en otro. Tania quería venir con nosotras, pero Nancy insistió en que fuera con ella para no acudir sola hasta mi domicilio. «No he bebido casi, así que iremos en mi coche a casa de Tina» aseguró para convencerla. Tania puso los ojos en blanco y accedió de mala gana. Intentamos persuadir a Carlota para que nos acompañara en nuestra pos fiesta, pero estaba tan cansada y había vivido tantas emociones fuertes que no había quién la convenciera. Cuando llegó nuestro transporte, nos despedimos con un caloroso abrazo de nuestra amiga y acordamos vernos en un rato con las demás. Una vez en el taxi, Diana y yo criticamos con saña a nuestra querida amiga Nancy.

—¿Cómo ha sido capaz de clavarte semejante puñalada? —preguntó perpleja—. ¿Quién va por ahí follándose a los hijos de las demás? Tienes que vengarte de ella.

—Oye, bonita. Tú has sido la que me has recomendado antes que la perdonara y olvidara el rencor —le recordé.

—Sí, claro. —Hizo un ademán con la mano—. Porque estaban todas delante. Ahora que me escuchas solo tú, te digo que es una guarra. Más te vale que te pongas seria o la veo dejando a su marido y casándose con Miguel.

La idea de verlos subidos en el altar a punto de darse el «sí, quiero» me produjo arcadas. Intenté evadir aquellos pensamientos envenenados de mi mente.

—Ya lo hablaré con ellos... —susurré.

—No te descuides o esta se nos folla hasta a nosotras —zanjó el tema con una carcajada.

Estallamos en risas. El alcohol comenzaba a hacer acto de presencia y nuestras ocurrencias cada vez eran más disparatadas. El taxista detuvo su coche enfrente de la fachada de mi casa. Pagué la carrera y le di una propina de diez euros. Estaba generosa, la vida me había dado una segunda oportunidad para todo. Incluso, para malgastar mi dinero. Caminamos por el jardincillo exterior abrazadas y con la misma guasa que hacía unos segundos. Cuando entramos al interior, llamé a mi hijo. No respondió.

—Son casi las dos de la mañana y tiene dieciocho años. Lo más normal es que esté de farra con sus amigos, ¿no? —Diana se encogió de hombros.

—Lo prefiero. Así evitamos el brusco encuentro con los tortolitos —asentí.

Fuimos directas a la cocina a buscar hielo, refrescos y ron. Desde las enormes cristaleras podía ver el jardín de la entrada.

—Todavía no comprendo por qué no has construido un acceso de tu cocina a la calle. Es una estupidez que puedas ver quién viene a través del gigantesco ventanal y no puedas salir a recibirlos. Tienes que pasar por el salón y la entrada para abrir la puerta. —Diana siempre me sugería el mismo cambio. Había estudiado arquitectura y mi casa la volvía loca. Pero no porque le

encantara, sino porque, según ella, estaba desaprovechada.

—Así hago ejercicio —bromeé—. Ya tengo un acceso a la terraza interior. No quiero más puertas en la cocina.

—Si me dejaras a mí, le iba a dar un buen repaso a tu morada...

—Nunca se sabe —se me escapó una carcajada—. Aunque lo dudo mucho. No es que no confíe en tu criterio, simplemente me gusta mi casa tal y como es —le di un beso en la mejilla.

Cogí cuatro vasos de un armario y los llené de hielo picado con una cuchara. Diana arqueó una ceja.

—Hablando de confianza. ¿Desde hace cuánto sabes la aventura de Nancy con Miguel?

—Dos días que me han llevado por el camino de la amargura —resoplé, concentrada en el hielo.

—¿Y no se lo habías contado a nadie?

—Sí. A Tania.

—¿Por qué no me lo dijiste a mí también? —protestó.

—Tú eras sospechosa... —dije sin pensar. ¡Joder! Tenía que aprender a ponerme un filtro antes de abrir la boca.

—¿Y Tania no? ¿De verdad me crees capaz de acostarme con tu hijo?

Apoyé la cuchara sobre la mesa y resoplé.

—Lo siento, Diana. Me agobié y no supe qué hacer. No pensaba que ninguna de vosotras fuera capaz de hacerlo y me equivoqué —respondí con sinceridad—. Me confundí al ser tan ingenua y al no actuar como una adulta para resolver el misterio.

—Ya, pero a Tania se lo dijiste... —murmuró.

—¿Qué te pasa con ella? Creía que habíais hecho las paces —me crucé de brazos.

—Sé que oculta algo. La psicóloga dijo que guardaba un secreto y justo después apareció muerta. Después, nos enteramos que tenía una conexión con la tal Dafne, que todas ignoramos qué es lo que las une, y la joven casi corre la misma suerte que Jimena.

El corazón me dio un vuelvo. Su argumento era sólido y no había pensado en ello hasta que escuché la reflexión de mi amiga.

—¿Qué estás insinuando?

—Creo que le ha venido de maravilla lo que les ha pasado a las dos... Piénsalo.

—No puede ser. —Continué echando hielo a los vasos.

—¿Por qué no? Porque es tu amiguita. Entonces, ¿puedes explicarme qué es lo que esconde o por qué conocía a Dafne? —insistió.

—No, pero podemos preguntárselo en cuanto llegue. Seguro que tiene un argumento lógico.

—Espero que no te confundas.

Valorar que mi mejor amiga fuera alguien que apenas conocía si había cometido las atrocidades de aquella noche, me puso de muy mala gana. Bebí un poco de agua y mentí a Diana. Le dije que iba a mi habitación un momento con la excusa de ponerme más cómoda, pero en realidad necesitaba un poco de aire para asimilar aquellas acusaciones. Le pregunté si quería que le bajara un pantalón corto, una camiseta y unas zapatillas. Ella asintió y se sentó en una de las banquetas de la cocina.

—Voy a llamar a mi marido para decirle que estoy en tu casa.

Cuando llegué a mi dormitorio, que estaba en la planta superior, me tumbé sobre la cama y cerré los ojos. Una sola pregunta me torturaba desde hacía unos minutos. ¿Había sido ella? Sacudí mi cabeza y deseché esa opción. Era imposible que Tania fuese la responsable de los asesinatos.

El pecho me ardía y comenzaba a sentirme angustiada. Decidí actuar y dejarme de suposiciones. Me levanté, abrí mi bolso, cogí el teléfono móvil y llamé a Tania. Respondió al segundo tono.

—¿Sabías que Nancy tiene un armario enterito para guardar sus zapatos? —preguntó al descolgar—. He flipado cuando me lo ha enseñado. Yo solo tengo un triste cajón donde los meto todos.

—Sí —reí por inercia—. Es el fabuloso armario que lleva a *Narnia*. Le encanta el calzado.

—Ya lo creo. Con el primer sueldo que me pagues como tu representante, me compro un mueble igualito y varios zapatos del *Primark*, aunque solo sea para rellenar el armario —dijo entre risas.

—¿Tardáis mucho en llegar? —Intenté no ir al grano.

—Nancy está lavándose las manos. Salimos en medio minuto y calculo que en dos más estaremos con vosotras. Le he dicho de ir andando porque estamos súper cerca de tu casa, pero quiere coger el coche. La pobre tiene los pies destrozados. ¡Vaya, tía! Puede escoger entre decenas de zapatos y elige los que más daño le hacen —resopló.

—Tania... —No podía esperar más. Cerré los ojos y formulé la pregunta, pretendiendo que no sonara demasiado brusca—. ¿Me ocultas algo?

Se quedó callada. Eso me inquietó más.

—Ahora no puedo decirte nada, Nancy está muy cerca. Tengo que contarte algo sobre Dafne... pero será mejor cuando estemos a solas. Algo no encaja... Si quieres me quedo a dormir contigo y te explico todo —propuso susurrando.

—Perfecto.

—Por favor, no me juzgues cuando te diga la verdad —soltó antes de colgar.

¡Mierda! ¿Cómo podía dejarme así? Si lo llego a saber, no la llamo. Fui al baño colindante al dormitorio y me lavé la cara. Sacudí mi cuerpo para liberar la tensión acumulada e intenté poner el centro de atención en otro asunto. Regresé al cuarto y le mandé un *WhatsApp* a mi hijo para interesarme por él. Estaba en línea, respondió a los pocos segundos confirmando que todo iba bien. Respiré aliviada. Le pregunté cuando regresaba. Su respuesta fue la habitual «no lo sé, mamá. Cuando me aburra». ¡Bendita adolescencia y lo fácil que parece todo a esa edad! No hay casi preocupaciones más allá de pretender gustar al chico que te acelera el corazón, aprobar los exámenes finales y pasarlo de maravilla con tus amigas. Mientras me cambiaba de ropa, observé una foto que me regalaron las chicas para mi cumpleaños del año pasado. Estaba colocada en un marco encima de la cómoda. Todos los días la veía y me recordaba que contaba con las mejores compañeras de vida. Las cinco reíamos felices en el retrato. Tania me miraba con complicidad. Me puse la camiseta de tirantes del pijama y cogí la fotografía. Pasé mis dedos sobre ella, esbozando una sonrisa. No. Tania no era una asesina. De eso estaba segura. A veces, bastaba con confiar y dejarse llevar por lo que el corazón nos decía. El mío me gritaba que no acusara a mi amiga de algo que no era. Terminé de vestirme y busqué algo para dejarle a Diana. Antes de bajar a la planta de abajo, me lavé los dientes. Era una de mis manías ridículas, me encantaba la sensación de tener la boca limpia y fresca. Después, bajé las escaleras con rapidez y fui hasta la cocina. Diana había desaparecido. Me asomé por la puerta de la terraza interior para comprobar si había salido para hablar con José, su marido, porque allí había más cobertura, pero no estaba. «Habrà ido al baño» pensé. Entonces un fuerte pitido me sobresaltó y acto seguido se encendieron los faros de un coche, que estaba aparcado en el jardín. Mejor dicho, ¡invadiendo mi jardín! Y justo en frente de la cocina. La luz me vislumbraba, reflejando en las grandes cristaleras y no era capaz de identificar el vehículo ni quién estaba dentro. Puse las manos delante de mis ojos para

que aquellos focos no me cegaran, pero fue inútil. Volvió a sonar el Claxon y di otro brinco. Llamé a Diana en voz alta, sin obtener respuesta. ¿Dónde estaba? El miedo invadió mi cuerpo. ¿Qué podía hacer? Por instinto, cogí un cuchillo del cajón de los cubiertos por si necesitaba defenderme y avancé por el salón para salir a la calle. Abrí la puerta que daba acceso al exterior y sonó mi teléfono. «¡Joder, qué susto!» grité para mis adentros. Miré la pantalla para comprobar que el emisor era un número que no conocía. ¿Quién llamaba tan tarde? En uno de mis libros sería el asesino para hacer saber a su víctima que iba a terminar con su vida. Descolgué aterrada.

—¿Diga? —tragué saliva.

—¿Valentina? Soy Hugo. ¿Estás bien?

Respiré aliviada. ¡Uf, qué mal trago había pasado! Tenía que dejar las suposiciones terroríficas para la ficción, aunque la realidad invitara a creer en ellas.

—Sí... Me ha sorprendido que llamas a estas horas...

—¿Dónde estás? —se interesó.

—En mi casa.

—¿Sola?

—No, estoy con mis amigas —respondí. ¿A qué venía ese interrogatorio? —Hugo, ¿pasa algo?

—¡Mierda! Vete de ahí. He hablado con mi colega policía. Resulta que Richi no es el responsable de los asesinatos. O por lo menos, no tiene nada que ver con lo que le ha pasado a la psicóloga.

—¿Cómo lo sabes?

—El chaval es culpable de traficar con cocaína, pero de nada más. Por eso estaba tan agresivo. Pensaba que lo iban a encerrar otra vez porque lo habían vuelto a sorprender con un alijo importante de droga. Valentina, el camarero ignoraba todo lo demás...

—Entonces, ¿quién ha sido? —Me llevé la mano a la boca.

—Creen que la responsable es una de tus amigas. Han mirado la grabación de las cámaras de seguridad del pasillo que da acceso los servicios. Mi amigo me ha contado que han visto que la psicóloga entraba por primera y última vez al baño de señoras, seguida de otra mujer. Después, varias personas han intentado entrar, pero la puerta parecía estar bloqueada.

Recordaba perfectamente que había ido al servicio después de discutir con Nancy y no pude acceder porque la puerta estaba cerrada.

—Por último, la misma mujer que entró con la terapeuta sale de allí y la psicóloga no vuelve a hacerlo porque la han matado. Ella es la culpable. Han hablado con los trabajadores del restaurante y todos señalan a una de tus amigas al ver las imágenes.

—¿Quién? —pregunté con los ojos vidriosos.

—No lo sé. No he visto la grabación y están intentado identificarla. Solo me han dicho que tiene el pelo claro y es alta. ¿Dónde vives? Voy a buscarte.

—¿Qué hago? Me has dejado aterrada.

—Si estáis juntas, no creo que os haga nada. Mándame tu dirección —insistió.

—Te la paso en un mensaje.

—Ok. Ahora nos vemos. Ten cuidado.

Con las manos temblorosas le envié mi ubicación por *WhatsApp*. ¡Joder! Una de mis amigas era la homicida. Si tenía el pelo claro, a la única que podía descartar era a Nancy al ser morena. Diana tenía el pelo castaño claro y las demás éramos rubias. Miré hacia el coche que estaba mal aparcado en mi jardín, sujeté con fuerza el cuchillo con mi mano y corrí para saber a quién pertenecía el vehículo. ¡Era el Toyota de Nancy! ¿Por qué lo había dejado allí con las luces

encendidas? Cuando llegué a la puerta del conductor, observé horrorizada que Nancy estaba inconsciente en el asiento. La frente le sangraba y tenía una herida en la parte superior. Abrí la puerta para intentar reanimarla. Los brazos se desplomaron y ella no cayó al césped gracias a que llevaba puesto el cinturón de seguridad. Grité asustada al ver una puñalada al lado de su pecho. ¿Qué podía hacer? ¿Estaba muerta? Di dos palmadas en sus mejillas, pero no reaccionó. Le tomé el pulso en el cuello. Aún tenía, aunque era muy débil. Marqué el teléfono de emergencias e informé de lo ocurrido. Me avisaron que mandaban una ambulancia inmediatamente.

—¿Cuánto tarda en llegar? —quise saber, nerviosa.

—Unos diez minutos. No mueva a la paciente, puede empeorar su estado —me advirtieron y colgaron.

Apagué las luces del coche y miré alrededor ¿Dónde estaba Tania? Había venido con Nancy en el coche, ¿no? ¿Por qué no estaba a su lado? No sé qué fue lo que me impidió romper a llorar, pero fui incapaz de derramar ni una sola lágrima. Tal vez el miedo que me había bloqueado. Entonces, algo golpeó la cristalera de la cocina desde el interior y escuché varios gritos. ¡Eran Diana y Tania! ¿Necesitaban ayuda? Quizás, Hugo se hubiese equivocado y mis dos amigas estaban en peligro. Eché a correr en dirección a mi cocina. El corazón me bombeaba con fuerza, la cabeza me iba a estallar y solo quería que terminara aquella pesadilla. Al llegar, observé espantada lo que nunca quise ver. Tania apuntaba a Diana con cuchillo de gran tamaño.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté a mi mejor amiga.

—¡Valen, ven conmigo! —se sorprendió al verme—. Diana ha matado a Jimena y a Nancy.

—No le hagas caso. ¡Está loca! Quiere llevar nuestro estilo de vida e intenta suplantarnos —la acusó Diana, jadeando—. Ha matado a la psicóloga porque sabía su secreto y ahora se ha cargado a Nancy.

No sabía qué hacer. ¿A quién creía? Una de las dos podía ser la asesina y yo desconocía la verdad.

QUIÉN MATÓ A LA PSICÓLOGA

Todo esto que te voy a contar a continuación lo sé porque la autora de los asesinatos me lo reveló antes de que me clavara un cuchillo, pero vayamos por partes.

Jimena Olivares entró al baño de mujeres del restaurante Triango. Seguramente estaba orgullosa de su fabuloso trabajo. Había descubierto quién era la traidora que se acostaba con mi hijo. Era infalible y siempre conseguía lo que se proponía. Mientras se lavaba las manos, observó, reflejada en el espejo, como se acercaba la mujer que en pocos minutos le quitaría la vida. Sonrió con picardía, ignorando su despiadado asesinato.

—No creas que no te he calado —aseguró Diana, cruzándose de brazos—. Te he reconocido en cuanto te has sentado a la mesa.

—Conozco a mucha gente —resopló Jimena—. Será mejor que me refresques la memoria.

—Esta noche es la primera vez que coincidimos nosotras, pero con mi marido no. De hecho, te lo follaste varias veces antes de despedirlo del centro de psicología.

La terapeuta la miró a los ojos a través del espejo y soltó una carcajada.

—¿Tu marido es José Valencia? Te compadezco —dijo con sarcasmo.

—Leí vuestras conversaciones de *WhatsApp*. Sé que lo utilizaste. Te lo tiraste y después lo echaste a la calle —Diana apretó los puños con ira—. Eres una fresca.

—Yo estoy soltera. —Jimena seguía de espaldas a ella—. Así que si tienes que exigir explicaciones a alguien, será mejor que se las pidas a José.

—¡Tú lo engatusaste!

—Mira, bonita. A tu marido lo despedimos porque, se podría decir, que nunca estuvo a la altura de lo que se esperaba de él. —Se giró hacia Diana—. Aunque supongo que eso ya lo sabrás.

—Putá.

La psicóloga se dio la vuelta de nuevo para retocarse el maquillaje delante del espejo e ignoró el insulto de Diana. Hasta que volvió a posar sus ojos en los de ella a través del cristal.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Jimena— ¿No sabes que esta es la noche de desenterrar los secretos? Hemos acabado más rápido de lo que pensaba en averiguar quién era la *follahijos*. Así que, si me tocas las narices siendo tan descarada, puede que les ponga al día a tus amigas de la agitada vida sexual de tu marido.

—No serás capaz.

—Provócame y todas se enterarán de tu preciosa cornamenta.

Diana enloqueció ante el atrevimiento y la amenaza de Jimena. Sin pensar en lo que iba a hacer, agarró a la psicóloga del pelo y estampó su cara contra el espejo. Se escuchó un gran impacto y la terapeuta cayó al suelo con la cabeza llena de sangre.

—¡Estás loca! —exclamó Jimena.

—Tú te lo has buscado... —Diana se sorprendió ante su agresividad y, por un instante, fue consciente de la locura que acababa de cometer. ¡Había agredido a una persona! Aunque le hubiera encantado rematar la faena, supo que había traspasado una línea muy peligrosa—. Disculpa, no sé en lo que estaba pensando.

—¡Cómo duele! —Se tocó la herida de la frente con la mano—. Te voy a demandar.

—Lo siento. Te ayudaré.

Diana se acercó para intentar incorporar a Jimena, pero esta la apartó con un torpe manotazo. Le fallaban las fuerzas.

—¡No me toques! Te voy a poner una demanda que te vas a cagar. Voy a contarle a todo el mundo lo que me has hecho y que tu marido se va follando a todo lo que se menea.

Diana cerró los ojos y lamentó de corazón las palabras que acababa de escuchar. No podía consentir que aquella mujer le destrozara la vida. La tacharían de ser una mujer violenta, celosa, paranoica, cornuda y un sinfín de calificativos más que la hundirían en la más absoluta miseria... y posiblemente acabaría una temporada en prisión. ¿Qué pensarían de ella sus conocidos y seres queridos? Los años que había invertido labrándose su imagen de vecina perfecta y respetada habrían sido en vano. Sabía con seguridad que la sociedad puede ser muy olvidadiza con tus virtudes cuando pueden juzgarte por el menor fallo que has cometido. Y su error era garrafal. Si la psicóloga hablaba se convertiría en la perturbada a la que su marido la engaña. No lo podía permitir. Diana era un lobo y no el conejito que se meriendan las bestias. No había marcha atrás. «A grandes males, grandes soluciones» pensó. Supo cómo solventar su problema. Cerró la puerta del baño con el cerrojo. Jimena la miró confusa.

—¿Qué haces? ¿Por qué has cerrado? —preguntó, temiéndose lo peor.

Sin decir nada, Diana entró a uno de los retretes y se envolvió la mano con una gran cantidad de papel higiénico. Se agachó para coger del suelo un trozo de cristal que se había caído del espejo por el golpe, se puso de pie y fue a por su víctima. Jimena, al adivinar las intenciones de su verdugo, intentó cambiar de estrategia.

—No diré nada. Lo prometo. ¡No diré nada!

—Haberlo pensado antes de abrir la boca.

Acto seguido, clavó el cristal en la garganta de la psicóloga provocándole la muerte. No sintió pena ni remordimientos. Hizo trizas el papel higiénico que llevaba en la mano, lo echó por el retrete y tiró de la cadena. A continuación, escuchó cómo Tania y yo llamábamos a la puerta para acceder al interior del baño. Se quedó callada y esperó a que nos fuéramos. Observó a su víctima tendida en el suelo, sonrió y pensó «una zorra menos». Aguardó el momento oportuno para escapar de allí y el resto de la historia ya la conocéis.

Yo, sin embargo, si hubiese sabido esta información unos minutos antes, otro gallo hubiese cantado.

EL ENGAÑO

—¡Suelta el cuchillo! —ordené a Tania.

—¡No! ¿Acaso no entiendes lo que te he dicho? —Mi amiga me miró asustada—. Ha matado a Nancy. La ha golpeado con una piedra en la cabeza y la ha apuñalado.

—¡Miente! —gritó Diana—. No ha dejado de mentir durante toda la noche.

Estaba confundida. Mi cocina se me hacía diminuta y la presión era insoportable. Aún no conocía la identidad de la asesina y no sabía a quién creer. Levanté el cuchillo que sujetaba con la mano como si fuera un mosquetero y apunté a las dos con movimientos torpes y cutres.

—¿No me crees? —preguntó Tania—. ¿Por qué iba a matar a Jimena y a tus amigas?

—Tú lo has dicho —espetó Diana—. «Tus amigas». No nos consideras parte de tu clan ni te importamos. Siempre te has sentido de menos con nosotras y eso te daba rabia. —Se giró hacia mí—. Ella quiere nuestras vidas y si no, ¿cómo explicas que se acostara con mi marido?

¡Joder! Aquello era *Melrose Place*. ¿Tania tenía una aventura con el esposo de Diana? Era imposible, nunca me había comentado nada y nosotras no teníamos secretos. La miré confusa y ella se encogió de hombros.

—¿Es eso cierto? —exigí una respuesta.

—Puedo explicarlo, Valen —respondió—. No es lo que parece.

¡Siempre era lo que parecía! Llegados a ese punto, dudaba de todo el mundo.

—¡Responde! —la ordené.

—Sí. Tengo un lío con José, pero yo no he matado a nadie —se defendió.

—Has sido tú... —susurré.

—No. ¡Joder! ¿Por qué iba a drogar a Dafne y a sus amigas?

—Jimena y la chiquilla del restaurante se acostaban con mi esposo —aclaró Diana—. Y Tania no pudo soportar los celos porque lo quiere solo para ella. Por eso ha intentado matarme a mí también.

—¡Mentira! No la creas. Es una embaucadora. —Tania se acercó para intentar convencerme—. Me conoces. Sabes que yo sería incapaz de hacer daño a nadie.

Diana aprovechó el descuido de mi amiga al volverse hacia mí y la golpeó en la cabeza con una sartén, que cogió de la vitro. Tania cayó al suelo inconsciente. Diana tiró la sartén y me abrazó. Me quedé paralizada. Todo había pasado muy rápido y no era capaz de asimilarlo.

—Estaba muerta de miedo —mintió.

—Y yo —observé a Tania tendida en el suelo—. ¿Está muerta?

—Creo que no. Quizás haya perdido la conciencia, pero juraría que sigue viva. No la he golpeado tan fuerte como para matarla. —Apoyó sus manos en mis hombros y sonrió con timidez—. ¡Por fin ha terminado toda esta locura! Voy a atar a la perturbada mental para que no escape, tú mientras tanto llama a la policía y le contamos todo lo que ha pasado —ordenó.

Me apoyé sobre la encimera y suspiré. El corazón me iba a cien por hora, no podía creer lo que había sucedido y me temblaba todo el cuerpo. Sin embargo, Diana parecía tener todo bajo control. No estaba nerviosa ni alterada. Me abrumó su entereza. Siempre la había considerado una mujer fría y serena, pero yo en su lugar hubiese hiperventilado como mínimo.

—¿José se acostaba con Tania?

—Sí, hija. También con Jimena y Dafne —puso los ojos en blanco—. Lo de Tania lo ignoraba hasta que ella me lo ha contado hace unos segundos, antes de que tú aparecieras. Me ha asaltado en la cocina, amenazando con descuartizarme porque está enamorada de mi marido. Ha asegurado que había liquidado a las otras dos y que ahora venía a por mí.

—Ha tenido que ser horrible... —sollocé.

—Imagínate. Yo estaba tan ricamente esperando en la cocina a que todo el mundo viniera y, de repente, aparece con un arma. Casi me da un infarto.

—¿Has estado todo el rato aquí? —pregunté confusa.

—Exacto. No me he movido de donde estamos. Te he visto afuera y he implorado que vinieras a ayudarme. —La noté sobreactuada.

¡Mentía! No había estado allí todo el tiempo. Cuando bajé del dormitorio fui a buscarla a la cocina, pero no la encontré. ¿Por qué había dicho eso? Saqué el teléfono para llamar a la policía. En el registro de llamadas, vi la que me había realizado Hugo hacía unos minutos y recordé sus palabras. Una de mis amigas era la responsable de la muerte de Jimena. Para ser más concretos, la que había entrado al baño de mujeres justo detrás de la psicóloga y antes de que bloquearan la puerta. ¡Tania estuvo conmigo en el pasillo del restaurante intentado entrar a los servicios de señoras! No pudimos acceder porque la puerta estaba cerrada. Así que las dos estábamos fuera cuando la mataron. Por lo tanto, ¡no pudo ser ella! Un escalofrío recorrió mi cuerpo y tragué saliva al ser consciente de la verdadera identidad de la asesina. Diana mintió al asegurar que Tania había confesado los crímenes y solo podía ser por un motivo. Ella era la asesina. ¿Qué podía hacer? Tenía que disimular. Llamar a la policía y esperar a que llegaran para delatar a Diana como la autora de los asesinatos. Me arrepentí al no haber creído a Tania.

—Siéntate en la banqueta y no hagas nada raro, ¿entendido? —exigió.

—¿Perdona? —Casi me atraganto.

—No te hagas la tonta conmigo. —Me apuntó con la hoja de un cuchillo—. Sabes que he sido yo. De lo contrario, ahora estarías hablando con la policía y ni siquiera has marcado el número.

Le hice caso y me senté. Si salía con vida de allí, me apuntaría a clases de teatro para saber actuar y no ser tan transparente. Por esa misma razón nunca ganaba al *poker*. Me había calado. Era ridículo negar la evidencia. Así que quise saber la verdad.

—¿Por qué las has matado?

—Por amor —aseguró—. ¿Sabías que la golfa de la psicóloga era una de las jefas de José? Pues resulta que se lo folló varias veces y después lo despidió. Utilizó a su antojo a mi pobre marido. Tuve un encontronazo con ella en el baño del restaurante. Fue muy grosera conmigo, así que digamos que yo simplemente me defendí. —Se encogió de hombros y sonrió—. La golpeé contra el espejo, ella no paraba de insultarme y amenazarme en plan «estás loca» o «te voy a demandar». No me dio otra opción. Cogí un cristal y la maté.

No reconocía a la mujer que tenía delante. Me faltaba el aire, respiraba de forma entrecortada y el miedo invadió todo mi cuerpo. Contaba su crimen como si fuese un chiste.

—¿Y las tres chicas del restaurante?

—Dafne es otra de las tiparracas que engatusó a José. Una joven guapa y descarada que no dudó en usar todos sus encantos para seducir a mi marido. Yo sabía quién era desde hace tiempo y, gracias a que Tania la reconoció, supe que *nuestra amiguita* era la tercera amante de mi esposo. Al igual que tú con tu hijo, sospechaba que una de vosotras se acostaba con un ser muy querido para mí. Primero pensé en ti. Siempre te ha gustado sentirte deseada y ya le fuiste infiel a tu ex. Supuse que no te costaría mucho engañar a una amiga. Pero en cuanto la barrendera reconoció que

conocía a Dafne, ella solita se descubrió. La muy idiota ignoraba que yo estaba al día de las conquistas de mi marido. —Acercó su cara a la mía—. Me sé todas sus contraseñas y leo todos sus mensajes. Así que, cuando estuvimos Carlota y yo en la cocina intentado tranquilizar a Nadia, machaqué unos comprimidos de *trankimazin* sin que nadie me viera y los eché a las copas de Dafne y sus amigas. Me aseguré de que el tonto del camarero les sirviera las bebidas con las pastillas disueltas. Fue muy sencillo, al salir de la cocina acompañamos a Richi hasta la mesa de las tres golfas, observé cómo se las obsequiaba ignorando su contenido y después regresamos a nuestra mesa. Siempre llevo esas pastillas conmigo, me ayudan a relajarme cuando estoy angustiada. Pensé que al mezclarlas con alcohol crearía una combinación mortal. Pero lo que provoqué fue más entretenido. Aunque fue más divertido cuando clavé el cuchillo en la mesa, casi os da algo. Me he sorprendido de lo buena actriz que soy al gritar y parecer igual de asustadas que vosotras —rio.

Miré a Tania tendida en el suelo y derramé un par de lágrimas.

—Esa zorra es la peor de todas. No sé cómo lo ha conseguido, pero José se ha enamorado de la puta *barresuelos*. Si leyeras los mensajes de amor que se envían, ¡tú también querías matarla! —Le propinó una patada en el estómago. Después, clavó sus ojos en los míos y se acercó—. Quizás Nancy y ella compartían trucos para no ser pilladas, porque Tania también escribía a mi marido desde otro número. Sé que tú me entiendes. Sabes lo mucho que duele que te traicionen con la persona que amamos, ¿verdad?

—Diana, ¿no hubiese sido mejor que le cortarás la polla a tu marido por ser un golfo en lugar de ir asesinando a sus amantes?

—Él no tiene la culpa de nada. —Levantó los brazos, convencida de su argumento—. Ellas son las que lo provocan y José no es de piedra. Sé que me quiere, pero la realidad es que hay mucha guarra suelta por ahí. Yo solo he defendido mi territorio.

—No has medido las consecuencias de tus actos, Diana. ¿Cuánto tiempo llevas ideando esta locura?

—Eso es lo mejor. —Volvió a encogerse de hombros—. He improvisado todo el tiempo. Al igual que haces tú en tus novelas. Cuando he asistido a tu cumpleaños, te juro que no iba con la intención de matar a nadie. —Levantó la palma de una mano—. Pero cuando ha pasado el incidente con Jimena, me he dejado llevar. Aprovechando que el destino había juntado a esas tres arpías en el mismo lugar, he decidido darles su merecido. Nada estaba planeado. Una cosa me ha llevado a la otra. Reconozco que ha sido más fácil de lo que pensaba. He improvisado sobre la marcha. Y ahora, también lo haré. Acusaré a Tania de ser la amante neurótica que quiere a José para ella sola. La mataré, argumentando que ha sido en defensa propia y contaré mi historia. Además, mi marido ya no tendrá a nadie que lo corrompa, ¡otra ventaja más! Creo que si lo llevo a planear, no me hubiese salido tan redonda la jugada.

Negué con la cabeza y solté una carcajada.

—Lo has hecho fatal. Un crimen no se puede improvisar y, aún menos, tres. Porque vas dejando fallos sin darte cuenta.

—No he cometido ningún error. Usé papel higiénico para no cortarme ni dejar huellas al matar a Jimena. Nada me une a Dafne ni a sus colegas, ¿quién iba a sospechar de mí? Y Nancy era mi mejor amiga o eso haré creer a los demás. Tania está conectada con las víctimas al ser la actual amante de mi esposo y aseguraré que odiaba a nuestra querida pija *follahijos*. Como ves, mi versión en la que Tania es la asesina es bastante verosímil —argumentó orgullosa—. Yo asumiré el papel de mujer cornuda que desconocía la vida oculta de mi marido. Siempre es mejor que ser

juzgada por asesinato. Y, no te voy a engañar, he descubierto una nueva y oscura faceta en mí que me ha sorprendido para bien.

—Eres una hija de puta muy ignorante. Tu ridículo argumento no tiene cómo sostenerse porque te han grabado entrar y salir del baño de señoras en el momento que murió Jimena, ¡estás jodida! —grité rabiosa.

Justo, en ese instante, noté como me ardía el costado al ser atravesado por el cuchillo que Diana sujetaba en su mano. Lo sacó con rapidez y caí al suelo. La herida me quemaba. No era dolor, sino puro fuego que me abrasaba.

—A Nancy no me ha importado matarla porque es insoportable, pero acabar contigo me va a doler más. Lo siento, Tina, pero ya veo que tú tampoco me comprendes —levantó el brazo dispuesta a rematarme.

Un grito nos sobresaltó. Hugo apareció en la cocina y se abalanzó sobre Diana. El arma cayó al suelo, forcejearon para intentar cogerla. «Si abris cualquier cajón o armario de la cocina, seguramente encontraréis un cubierto afilado, unas tijeras o cualquier utensilio apropiado para defenderse y los dos os estáis peleando como gilipollas por el mismo cuchillo» pensé, pero me guardé la información. No quise dar más ideas a la loca homicida. Intenté moverme, pero el dolor me bloqueó. Pude incorporarme para ver qué sucedía. Hugo se quitó a Diana de encima, cogió el chuchillo y se levantó. ¡Sí! Mi caballero andante había venido para rescatarme y salvarme de las garras de la malvada bruja. Había conseguido el control de la situación. ¡Él era el héroe que arrojaría la luz en la oscuridad! Diana se puso de pie con rapidez, apoyó sus brazos sobre la encimera y la espalda contra la base del mueble, se incorporó para coger fuerza y golpeó a Hugo fuertemente con sus pies. Lo lanzó al jardín exterior a través de la cristalera. O, dicho de otra forma, mandó a mi caballero andante a tomar por saco. Hugo cayó inconsciente sobre el césped, rodeado de cristales. Lo había dejado fuera de juego y mis esperanzas de escapar de una muerte inminente se habían dinamitado. Diana se recuperó jadeando de la patada que acababa de dar. A esa mujer le sentaban de fábula las clases de yoga, ¡madre mía, qué flexibilidad! Cogió papel de cocina y se lo enrolló en la mano. Después, tomó un trozo de cristal de la vidriera, soltó una carcajada que me resultó aterradora y vino a por mí.

—Al final te he construido la dichosa salida a la calle desde la cocina... —bromeó—. ¿Ves como siempre consigo lo que quiero? Y ahora, tú vas a acabar como la psicóloga. Con un cristal atravesándote el cuello por no haber sabido mantener el pico cerrado.

El claxon del coche, que estaba aparcado en el jardín, sonó con fuerza y llamó nuestra atención. A los pocos segundos, dejó de tocar. Diana miró hacia el vehículo con los ojos entrecerrados, comprobando que la conductora se movía muy despacio.

—¿Nancy sigue viva? —preguntó en voz alta—. En cuanto acabe contigo, la remato.

Mis ojos se iluminaron llenos de esperanza. Sonreí feliz al adivinar lo que iba a suceder a continuación. Seguramente debido al ruido del claxon, Diana no se percató de que alguien estaba detrás de ella y recibió un fuerte impacto en la cabeza. Tania se había despertado y le devolvió el sartenazo en el momento preciso. Respiré aliviada cuando la asesina se desplomó a mi lado. Me aparté por instinto, no quería estar cerca de aquella perturbada. Tania me ayudó a incorporarme. La abracé con las pocas fuerzas que me quedaban, rompí a llorar y me lamenté por haber dudado de ella. Sabía que no me guardaba rencor. ¡Me había salvado la vida!

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí... Me ha apuñalado, pero creo que es una herida limpia —contesté apoyando mi mano en el corte—. Aunque duele mucho. ¿Y tú?

—La cabeza me va a estallar. La muy cabrona me ha dado una buena leche...

Observamos a la asesina inmóvil en el suelo. Parecía increíble que ella fuese la responsable de aquellos actos tan crueles y despiadados. Pero una vez más la realidad superaba a la ficción.

—¿La has matado?

—No lo sé... Eso espero —confesó—. Nunca se sabe. En las películas de terror siempre reviven, así que lo que mejor podemos hacer es rematarla.

Diana abrió los ojos y se quejó aturdida. Estaba desorientada y le costó ubicarse.

—Seréis hijas de puta —nos increpó en voz baja.

Intentó incorporarse, pero aún no se había repuesto del golpe.

—Valen, ahora no me vengas con que está indefensa en el suelo y que me olvide de darle otro sartenazo —me pidió Tania—. O la remato o es capaz de liquidarnos.

—Ya lo creo —aseguró Diana, ganando fuerza y seguridad en su tono de voz. Se estaba recuperando—. Os voy a rajar a las dos por guarras.

Le quité la sartén de la mano a Tania y, con todas mis fuerzas, sacudí a Diana en la cara. La dejé sin sentido y con el rostro cubierto de sangre. Pensaba que el corazón se me salía del pecho de lo acelerado que me latía.

—¡Joder! Si no te la has cargado, poco le ha faltado. ¡Eso sí que ha sido coger la sartén por el mango! —exclamó Tania.

Reímos nerviosas. El chiste había sido malísimo, pero la risa fue nuestra válvula de escape para liberar la tensión acumulada. Nos abrazamos de nuevo, mientras escuchábamos el sonido de la ambulancia que cada vez estaba más cerca. Hugo se incorporó sobresaltado, sin saber qué había sucedido. Tania pegó un grito al percatarse de su presencia.

—¿Este qué hace aquí?

—Ha venido a rescatarnos y casi lo matan —bromeé.

—Menos guasa, señoritas, que por poco no lo cuento. —Hugo se sentó sobre el césped—. Me duele todo el cuerpo.

Salimos a la calle a través del enorme hueco que había en la cristalera de la cocina y le ayudamos a incorporarse.

—Parece que todos hemos recibido de lo lindo —resopló mi amiga—. Esa arpía tenía arsenal para todos.

—¿Qué se le habrá pasado por la mente para actuar así? Se creía sus propias mentiras... —lamenté con tristeza.

—No quiero ni imaginarlo —Hugo negó con la cabeza.

—Valen, tienes que buscarte un círculo nuevo para hacer amistades —ironizó Tania.

—Sigo en shock, chicos —pronuncié hipnotizada por las luces de la ambulancia—. ¡Qué poco conocemos a la gente que nos rodea! ¿Quién podía imaginar que Diana iba a ser capaz de hacer algo tan horrible?

La ambulancia se detuvo delante de la fachada de mi casa. El sonido de la sirena era ensordecedor. Por suerte, cesó en cuanto aparcó el vehículo. Respiré aliviada, sentí que toda aquella locura estaba a punto de finalizar.

—¿Quién ha llamado a la ambulancia? —preguntó Tania.

—Yo. Cuando he visto a Nancy en el coche...

¡Joder, Nancy! Había hecho sonar el claxon hacía unos minutos. Quizás, no era demasiado tarde...

DOS

Tumbaron a Nancy sobre una camilla y la metieron en la ambulancia. ¡Estaba viva! Aunque muy débil y su estado era grave. Tania decidió que la acompañaba al hospital mientras Hugo y yo esperábamos a la policía y a otra ambulancia que habían solicitado para que nos vinieran a recoger. Uno de los sanitarios valoró mi herida y por suerte afirmó que era bastante escandalosa, pero superficial. La desinfectó y nos aconsejó que esperáramos a sus compañeros. Hugo llevaba varios cortes en los brazos y las piernas que curarían en el hospital. Tania me abrazó antes de montarse en el vehículo sanitario.

—Sabes que te quiero mucho —me susurró.

—Yo también. Te pido disculpas por haber dudado de ti —me sinceré.

—Ya me lo pagarás invitándome a cenar... ¡No! A cenar no —exclamó—. Mejor a desayunar o a algo más tranquilo.

Nos miramos con complicidad y reímos. Me sentí afortunada al tenerla en mi vida. Siempre nos habíamos apoyado. En lo bueno y en lo malo. Por ese motivo, me disgustó haber desconfiado de ella. Aunque me había ocultado muchas cosas y eso dio lugar a que mis dudas afloraran.

—Claro. Pero tienes mucho que explicarme. No creas que te vas a ir de rositas —le advertí—. Ahora, ve con Nancy. Nosotros os acompañaremos en cuanto nos recoja la siguiente ambulancia y la policía saque a Diana de mi cocina. Espero que no se desate...

Habíamos inmovilizado a la asesina con una cuerda mientras estaba inconsciente. Aún seguía así.

—No puede casi ni respirar después del sartenazo que le has dado, así que dudo mucho que se libere. —Miró al escritor con picardía—. Intenta protegerla mejor que antes. Por lo menos, hasta que lleguen los agentes.

—Oye, yo sé defenderme sola. No necesito a ningún guardaespaldas —repliqué.

—Ya lo he visto. Anda que si no llega a ser por mí... —Nos lanzó un beso.

Se subió a la parte trasera de la ambulancia y se sentó al lado de nuestra amiga, mirándola con preocupación. La sirena comenzó a sonar, siendo el reclamo perfecto para que muchos vecinos se interesaran por lo que estaba sucediendo. Se asomaron a sus ventanas y algunos salieron a las entradas de sus casas. El vehículo aceleró y desaparecieron por la carretera. Ignoré las miradas ajenas. Suspiré intranquila por el estado de Nancy, implorando al cielo para que se recuperara. Hugo me cogió de la mano y sonrió.

—¿Quieres que entremos? —preguntó.

—Prefiero esperar, si no te importa —respondí agotada—. Con todo lo que ha pasado dentro, se me han quitado las ganas de volver.

—Si te vas a sentir más segura, puedes dormir en mi casa —propuso.

—¿No pierdes la ocasión para llevarme a tu cama? —Mi broma fue totalmente inoportuna.

Nos sentamos sobre el césped a la espera de que llegara la policía y la segunda ambulancia. Apoyé mi cabeza sobre su hombro.

—No seas mal pensada... Me gustas mucho, pero lo que menos me apetece ahora mismo es acostarme contigo. Estoy destrozado.

—Muy bonito, Hugo. Gracias por hacerme sentir tan especial —seguí con el juego.

—No pretendía que sonara tan mal... —Entrecerró los ojos.

—Lo sé, cariño. Solo te estaba tomando el pelo. Ya te he dicho que cuando estoy nerviosa suelto muchas estupideces y me vuelvo insoportable... —reí despreocupada. Estar a su lado me sentaba bien—. Pensaba que lo habías anotado en tu libreta de espía.

—Me lo vas a recordar durante mucho tiempo, ¿verdad? —frunció el ceño.

—No lo sé. Aunque tienes la suerte de que tu afición de seguir a la gente por la calle no ha sido lo más sorprendente de la noche.

—¿Y qué ha sido lo más sorprendente? —Se humedeció los labios con la lengua.

—Las dos veces que nos hemos besado —aseguré sin dudar.

Sabía que todo había sido impactante; las muertes, las traiciones, las mentiras, los golpes... Nada de eso sería sencillo de olvidar, pero prefería optar por quedarme con lo bueno. Hugo provocaba ese efecto en mí; conseguía potenciar mis virtudes y que fuera consciente de ellas. Me hacía sentir increíblemente especial y poderosa. Jamás, ningún hombre había sido capaz de tal proeza. No es que necesitara a nadie para ser fuerte y tenaz, pero esa sensación de apoyo incondicional era increíble. Eso fue lo que me sedujo de él. ¡Además de su desorbitada pasión! Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos y nos fundimos en un beso. Me llenó de vida en aquel momento tan sombrío. Después, me acarició la mejilla con su mano.

—Te agradezco que hayas venido a rescatarme —susurré.

—No es que haya sido de gran ayuda. —Puso los ojos en blanco.

—Has arriesgado tu vida por mí. ¿Te parece poco?

—Es que estoy loco por ti, Valentina. Me gustas desde el primer instante en que te vi. Siempre quise decírtelo, pero el temor a que te asustaras me echaba para atrás.

—Pues has escogido el peor el día para declararte —reí por inercia—, pero aún así sé que somos muy afines y, lo más importante, estoy deseando averiguar cuánto.

Sin poder remediarlo, volvimos a besarnos. Comenzaba a hacerme adicta a él. A sus fogosos besos, a las miradas que lo decían todo sin apenas hablar, a su desmesurada fe en mí sin apenas conocernos. Nada tenía que ver con mi ex y sus continuos intentos de sabotear mi autoestima para tenerme bajo control. Todo era nuevo. Y mi corazón bombeaba con fuerza de pura emoción.

—¿Quién es este hombre y por qué parece que por nuestra cocina haya pasado un tornado? —preguntó Miguel, que no lo habíamos oído llegar.

Sonreí al verlo delante de nosotros y le tendí la mano para que la cogiera. Me hizo caso y se sentó a mi lado.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Cuando te lo cuente, vas a alucinar. Todo empezó con la típica cena de amigas...

EPÍLOGO

3 meses después

Era mediados de noviembre, los días comenzaban a acortarse y a ser más fríos. Para variar, llegaba tarde a mi cita. ¡Qué puntualidad la mía! Había quedado con mis amigas y Hugo para cenar en un restaurante que habían abierto hacía unas semanas. La lista de espera para poder ir a probar su succulento menú era kilométrica, pero Tania se había tomado muy en serio su trabajo de representante y supo cómo arreglárselas para conseguir mesa para cinco. En realidad, no era una cena de trabajo, sino de placer. Como os decía, mi amiga estaba muy metida en su papel de agente que conseguía todo lo que se proponía. Su último antojo fue que nos dieran cita en el local de moda de la ciudad. Yo, como siempre, me retrasaba. Hugo me mandó un *WhatsApp*, haciéndome saber que me esperaba en la puerta. Sonreí al leerlo. ¿Podía estar más enamorada de aquel hombre? Nos hacíamos tanto bien que parecía mentira que antes hubiese podido vivir sin él. La vida era mejor a su lado, no lo negaré. Adoraba sus locas ideas cuando fantaseábamos, creando historias que más tarde plasmaríamos en alguna de nuestras novelas. Disfrutaba de nuestros momentos en soledad para después echarnos de menos. Respetábamos nuestros espacios. Estábamos aprendiendo de forma natural a complementarnos y eso era una delicia. Compartíamos gustos, aficiones, amigos... Éramos una pareja bastante armoniosa... de esas personas que cuando se conocen saben que pasaran el resto de sus vidas juntas. Durante esos meses, habíamos discutido pocas veces. Pero, las dos o tres que lo hicimos, fueron de traca. Descubrí en mí a una nueva mujer que sabía hacerse respetar y valer... Además de una voz de soprano que podría reventar los tímpanos de cualquier mortal. Nuestras discusiones eran acaloradas y apasionadas. No llegaría a decir que las disfrutaba, pero me aportaban un plus de adrenalina que era muy adictiva. Después, toda esa energía la quemaba en la reconciliación, invadiendo cada rincón de nuestro cuerpo. Colmándonos de placer. Hugo resultó ser el ardiente amante que sospechaba y sabíamos cómo satisfacernos el uno al otro. Como veréis, estaba pletórica y feliz con mi relación sentimental... o completamente gilipollas gracias al amor y a idealizar a mi chico. Las dos opciones eran válidas y ciertas. Los primeros meses de una pareja son los más locos y pasionales. Aunque Hugo era diferente. «No seas idiota y evita ser dependiente de él» me regañaba Carlota preocupándose por mí. En realidad, ella también estaba enamoradísima de Noelia, su novia. Y los consejos que me regalaba eran avisos que se lanzaba a ella misma camuflados en recomendaciones para las demás. «Aplicate el cuento, bonita» le decía Tania en cuanto la escuchaba con sus repliques. Ella había decidido apostar por su nueva oportunidad laboral, siendo mi representante y dejó el romance fuera de su camino. Abandonó la relación que mantenía con José, el marido de Diana. Ya le había traído suficientes problemas y no estaba dispuesta a continuar con él. Lo tachó de cerdo, promiscuo, egoísta... entre otras cosas. Todo eso ya lo sabía cuando se veían a escondidas, pero repito lo que he dicho antes; idealizar a la persona que te gusta te vuelve imbécil. Y Tania estaba harta de hacer el imbécil por amor, así que se dio una tregua. Nancy, después de salir de la UCI, se recuperó estupendamente de las heridas causadas por nuestra amiga la homicida. Bueno, estuvo ingresada mes y medio en el hospital, pero su evolución

fue bastante positiva y sin apenas secuelas. Dos cicatrices que le recordarán que estuvo a punto de perder la vida y varios meses de rehabilitación por delante. Lo que no llevó tan bien fue que mi hijo la dejara por una joven que conoció en la universidad. Miguel olvidó el amor eterno que le había prometido y decidió explorar su sexualidad con otras chicas de su misma edad. Mentiría si dijera que no celebré su decisión. Nancy se sintió utilizada por mi hijo, aunque nunca llegó a decirme nada ni hablamos del tema. Pero gracias a su fugaz aventura con Miguel, estaba valorando la opción de separarse de su marido. Ya no era feliz con él, sino nunca lo hubiera engañado. Le hice saber que, si tomaba la decisión de divorciarse, podría contar conmigo. Las cuatro amigas estábamos más unidas que nunca. Creo que lo que había pasado la noche que celebramos mi cumpleaños fortaleció nuestra relación. Creer que puedes perder todo lo que tienes te hace valorarlo aún más. Mi vida cambió desde aquella fatídica noche. Podía haberme quedado en el trauma y en el lamento por lo dramático y cruel que había sido todo. Pero decidí disfrutar cada día de estar viva y saborear todo que hacía. Quise más a mis familiares, a mis amigas y a mí misma. Nosotras quedábamos todas las semanas y nos llamábamos a diario. Nuestras citas eran divertidas, terapéuticas y vitales. Lo único que las agriaba de vez en cuando, era el recuerdo de Diana y la incomprensión por sus terribles actos. Intentábamos no darle vueltas a ese tema. Ella estaba en la cárcel y allí pasaría muchos años. El juicio no se había celebrado aún, pero todo apuntaba a que le caerían más de veinte años. Me sorprendí inmóvil a pocos metros del restaurante donde habíamos quedado, el recuerdo de Diana siempre me paralizaba. Por ese motivo, no me permitía pensar en ella. Para seguir adelante. Hugo me saludó e hizo un gesto con la mano indicándome que avanzara. Sonreí y, aunque suene muy hortera, afortunadamente la gente que te quiere siempre te ayuda a seguir, dejar el pasado atrás y construir nuevos y hermosos recuerdos.

—¡Estás preciosa! —exclamó orgulloso cuando me planté delante de él—. Tengo la novia más guapa de la ciudad.

—¿Solo de la ciudad? —protesté, jugando.

Hugo se encogió de hombros, me rodeó con sus brazos y soltó una carcajada.

—No hay nadie mejor que tú...

—Ya te has pasado. Eso no suena creíble. —Me encantaba bromear con él. Él me demostró que el amor podía ser placentero, alegre y divertido.

—¿Quién lo dice? —Arqueó la ceja.

—Creo que somos muy cursis, ¿no?

—A mí me gusta lo cursi, ¿y a ti? —Juntó sus labios a los míos.

—A mí me chifla.

Nos besamos, provocando que nuestros latidos se acompasaran.

—¿Cómo ha ido la reunión? —se interesó.

—El libro sale en Navidades, tal y como habían pensado. Están organizando las firmas en distintas ciudades... En realidad, me han hecho ir para nada porque lo que me han contado ya lo sabía. —Me encogí de hombros—. Con una llamada informativa hubiese bastado. ¿Tú has escrito mucho? —pregunté.

—Ya está casi listo, cuando lleguemos a casa le echas un vistazo. —Pasó su brazo por mi hombro—. Creo que las chicas han llegado ya.

—¡Genial! Vamos a entrar, tengo ganas de verlas.

—Te abroncaran por ser tan impuntual.

—Podré soportarlo, siempre que haya un postre con mucho chocolate.

No hubo broncas ni reproches. Ellas sabían que lo mío no era llegar a tiempo. Mis amigas me conocían a la perfección y habían aceptado mis defectos y mis virtudes. En eso consistía el amor, ¿no? En saber cómo es la persona que queremos y aceptarla. Pero, ¿conocemos a nuestros seres queridos? Probablemente, en muchas de sus facetas sí. En otras no tanto. Si no me crees, piensa en los secretos que guardas y solo conoces tú. Esos que no te atreves a desvelar y que jamás dejarás que vean la luz. Siempre hay una parte de nosotros que no mostramos a los demás. Aunque el amor, el desamor, los celos o el miedo a la soledad... puede hacer que actuemos de formas insospechadas. Podemos sacar lo mejor de nosotros o al animal cruel y despiadado que llevamos dentro. Nosotras pensábamos que conocíamos a Diana. Sin embargo, mostró una nueva cara al sentirse atacada. Una faceta que solo conocía ella y que cuando la liberó no pudo contenerla. Aseguré actuar en nombre del amor, pero el amor no daña. No es cruel ni castiga. El amor eleva, engrandece, sana y, sobretodo, da vida. El amor para mí eran Hugo, Miguel, Tania, Carlota y Nancy. El amor es lo que te hace conocer a los demás y mirarlos sin velos ni prejuicios. Aquella noche tan surrealista que vivimos el pasado quince de agosto, aprendí a querer de verdad y a entregarme sin miedos. Es curioso cómo el ser humano puede salir fortalecido de una experiencia tan trágica. Eso sí, solo si es un poco inteligente. Desde entonces, no había día que no celebrara quedar con mis amigas, abrazar a mi hijo o estar locamente enamorada del hombre más increíble sobre la faz de la Tierra. No porque fuese el más guapo, atractivo o el que mejor follaba. Sino porque era el que me hacía sentir más poderosa que *Supergirl*, provocaba mi risa en los momentos más oportunos y conocía todos mis secretos sin juicios ni reproches. Y, joder, qué bien sentaba.

SOBRE EL AUTOR

Daniel de la Peña nació en Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de Triunfadoras, Un regalo prodigioso y Triunfadoras 2.0. Ha firmado entrevistas de portada para la revista Mujer del periódico El Mundo Cantabria y para Divinity. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influencers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.

Puedes encontrar sus libros en todas las plataformas digitales:

Esta noche mando yo

Karma, ¿por qué me odias?

La locura de rimar contigo

